
3 1761 05251774 5





Por el Mundo arriba...

(VIAJES)

OBRAS DEL AUTOR

Ultramarinos.

Mosquetazos de Aramis.

Literatura de Bonafoux.

Coba.

Yo y el plagiario Clarín.

El Avispero (Novela Corta).

Esbozos novelescos.

Huellas literarias.

Risas y lágrimas.

Emilio Zola (en colaboración de Paul Adam y Blasco Ibânez).

París al dia (Tomo I).

Betances.

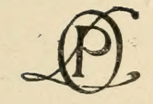
Bombos y Palos (Librería Ollendorff).

Bilis (Librería Ollendorff).

LUIS BONAFOUX

Por el Mundo arriba...

(VIAJES)



PARIS
SOCIEDAD DE EDICIONES LITERARIAS Y ARTISTICAS
Libreria Paul Ollendorff
50, CHAUSSÉE D'ANTIN, 50

1909

POR EL MUNDO ARRIBA...

ANDE EL JUBILEO

Esta carta, querido Figueroa, es fe de vida.

Es así que estoy en Londres, *luego* estoy vivo. *Es así* que estoy vivo, *luego* no me mató el ciclón de Bois-Colombes.

¿Le gustan á usted las rubias, amigo Figueroa? Supongo que sí. ¡Buenas rubias las de este pueblo, amigo Figueroa!

¿Le gustan á usted las morenas, amigo Figueroa? Supongo que sí. ¡Buenas morenas las de este pueblo, amigo Figueroa!

Rubias y morenas, morenas y rubias, destacan sus encantos entre cintas tricolores, rojas, blancas y azules. ¡Me siento tricolor, amigo Figueroa!

Como las mujeres, las casas están engalanadas caprichosamente. Nada de uniformidad. Cada casa tiene un tocado *sui géneris*. Pero en ninguna falta la bandera inglesa.

Y todas tienen retratos de la Reina Victoria,

desde chiquirritina hasta nuestros días, desde cuando tenía carita de cielo hasta cuando tiene cara de lenguado.

Londres sin jubileo es un país. Londres con jubileo es un planeta. Y vapores y trenes siguen *vomitando* viajeros de todos países. En cada esquina hay un botiquín y varios médicos, y como no se usan columnas mingitorias, se han establecido retretes ambulantes. La ciudad está preparada para todo. Falta hace. Calcule usted el número de expectadores que habrá en el trayecto del cortejo regio, por lo que representa hasta ahora el alquiler de ventanas y balcones : cincuenta millones. Trescientos costarán las fiestas de pasado mañana. Y muy cerca le andará lo que se ha gastado en decoraciones é iluminaciones.

Está entusiasmado todo el mundo, sin exceptuar á los Irlandeses, que tiraron tronchos de coles á la cabeza de la Reina Victoria cuando fué á Dublín en 1849. La lengua inglesa se ha reducido á una palabra sola : *¡hurra!*

Como ya conoce usted el programa de las fiestas del Jubileo, y como acabo de llegar y estoy *hiciendo de Isidro* en esta nueva Torre de Babel, dejo para mañana el empezar la narracion de mis impresiones. Un ciclón es cosa fuerte. Un ciclón, y un Londres encima, es un abuso. Y un ciclón, un Londres y un jubileo, es demasiado

No me dejan vivir, además. Sabedor de que cada quisque vendría con el traje del país, resolví llegar de chambergo y capa parda. Al llegar á la estación de Charing Cross, el jefe me suplicó que le permitiese tomarme una instantánea. Y desde entonces vengo sometiéndome al régimen de la instantánea. No saben qué hacer por verme, y se proyecta trasladarme al museo. Todo el mundo anda loco conmigo, y las rubias me miran con curiosidad. ¿Le gustan á usted las rubias amigo Figueroa? ¡Buenas rubias las de este pueblo, amigo Figueroa!

* * *

Á los que, como Brunetière, niegan los descubrimientos de la ciencia, puede argüírseles con el hecho de que á fines de este siglo ha venido á descubrirse que todo el mundo siente la necesidad de comer. Ignoro si este mismo fenómeno digestivo se ha experimentado en todas las épocas de la historia; pero no cabe duda de que en nuestros tiempos no es posible vivir sin comer.

Entendiéndolo así los altos poderes del Estado, con la perspicacia que les caracteriza, no dan fiesta pública sin merienda para el pobre; y como en Londres hay más mendigos, por lo mismo de haber más ricos, que en cualquiera

de las capitales de Europa, no podía prescindirse de ellos en fiesta tan suntuosa como el jubileo de la reina Victoría.

¿La pobreza es una deformidad? Ó, de otro modo, ¿no es posible ser pobre sin ser deforme? Creo que nó y fundo mi creencia en que de los trecientos mil pobres que comieron bien ayer — quizás por primera y única vez en su vida — eran muy pocos los que no estaban lisiados. Claro que los había *naturalmente* cojos, tuertos, mancos, etc.; por ejemplo, tuertos de nacimiento, ó porque se sacaron uno de los dos ojos; pero en los respectivos banquetes, que fueron muchos, había lisiados sin razón ni motivo para estarlo.

— ¿De qué está usted tan jorobado? pregunté á uno que tenía una chepa monumental.

— ¡*De no comer!* me respondió sencillamente.

— Y usted, pregunté á otro, ¿de qué se ha puesto tan feo?

— De pasar hambre, me contestó con amargura.

No he visto, y no creo que veré en lo que me resta de vida, espectáculo tan espantoso como el acto de dar de comer á trescientos mil hambrientos deformados por la naturaleza y los sufrimientos de la vida, ingrata y dura; y creo que la princesa de Gales al asistir á esos lonches del hambre, que en algunos pobres es hambre *here-*

dada, ha dado pruebas de tener un estómago más fuerte que el del hombre que reparte la comida á las fieras de un museo... ¡Nada tan trágico ni tan humillante para la especie humana como esas trescientas mil bocazas, desmesuradamente abiertas, tragando con verdadera bestialidad carneros de la India, que habían sido vistos con asombro y á los que se había acariciado con el mismo fervor con que se acaricia á la primera novia!... ¡Y nada más triste que el cantar de los pobres niños deformes reunidos en coro para elevar el *God save the Queen* á las gradas del trono de Su Majestal imperial!...

Por fortuna, la borrachera, que disipa todas las penas del corazón, se impuso á los pobres. ¡También ellos, mendigos, tenían derecho á embriagarse de champagne! Dieron ejemplo las viejas, como mayores en edad, saber y gobierno, y en el banquete del *Central Hall S' Holborne* una venerable anciana se acercó á la princesa, y, dándole unas palmaditas en la espalda, le dijo:

— ¡Que Dios te bendiga, *mi querida*!

Y, efecto quizá de la *jumera* que tenía, cayó muerta.

Había comido bien. Se había emborrachado. Había tuteado á la princesa de Gales. ¿Para qué vivir más?...

INFERIORIDAD DE HOTENTOTE.

Desde que leí que una dama de la aristocracia londinense pagó cinco libras por dar un beso á Mr. Morton, de ochenta y dos años de edad, en la fiesta que *Palace-Theatre* dió á beneficio de los soldados del Transvaal, formé inquebrantable resolución de venir á Londres.

Mi lógica es contundente. Si al vejete Morton le han dado cinco libras por eso, á mí, que soy una criatura, comparado con ese mister, me darán quince libras.

Con ánimo, pues, de vender mis encantos al oro inglés, llegué á Dieppe y entré en un barquito con rumbo á Newhaven.

Puesto que Mr. Krüger, según ha dicho Stanley, dió mico en el hotel que habitó en Londres, si no me sale bien la *combina* á lo Morton no pagaré el hotel—seguía yo pensando, con mi contundente lógica, al desembarcar en Newhaven, casi moribundo de susto.

Yo había leído, en el cablegrama que diaria-

mente transmite *The Times* á la Prensa de París :

« Previsiones para hoy. Sur de Inglaterra y la Mancha : ligeros vientos de suroeste. Tiempo hermoso y más caliente. Mar tranquilo. Las travesías serán muy buenas. »

Y por poco no cuento la mía. Cielo á lo Menelick, nieblas de cacao, gritos de sirenas de barcos que no querían darse un topetazo á obscuras, nada de eso me cogió de susto ; pero sí me indignó mucho que el mar echara humo.

Más que indignado, indignadísimo, no pude menos de decir al capitán que ni el cablegrama del *Times* tenía vergüenza, ni eso era formalidad para navegar ; pero el capitán, muy digno, me contestó con lógica británica :

« Todo ha estado en orden. Cuando se telegrafía « las travesías serán muy buenas », quiere decir que hay noventa y nueve probabilidades contra una de llegar á puerto. Cuando se telegrafía « las travesías serán buenas », quiere decir que hay noventa y nueve probabilidades contra una de no poder llegar á puerto ; y cuando se telegrafía « las travesías serán malas », es que los pasajeros se ahogarán irremisiblemente. »

Dicho esto, el capitán, con mucha dignidad, se desvaneció en una espiral de espantosa niebla que caía sobre Newhaven obscureciendo por completo los mecheros de gas y obligándonos,

á cada pasajero, á desembarcar con una linterna, como si lleváramos un viático.

Al llegar á *Victoria-Station*, gran decepción: ¡no me esperaba Chamberlain en el andén!... Y al entrar en Londres, nueva decepción: el gigantesco mundo del comercio inglés sigue á zancadas por la *City*, como si no pasara nada en el Transvaal.

Debo decir, sin embargo, que mi aspecto *boulevardier* (¡!) impresionó cruelmente á una multitud de *ladies* que no tienen el honor de conocerme. En efecto; las inglesas están indignadas contra Francia por las caricaturas irrespetuosas para la reina Victoria que ha publicado la Prensa satírica de París, y se recuerda con franco enojo que miles de damas inglesas trabajaron hilas para los heridos franceses de la guerra del 70, y que la «pérfida Albión» regaló muchos miles de libras esterlinas á los franceses heridos y famélicos después de las catástrofes de Sedán y Metz. No obstante, algo han templado la cólera británica estas apreciaciones de Cornely:

«Nuestros maestros de odio se esfuerzan en enseñarnos á odiar á Inglaterra, porque Inglaterra hace en el sur de África lo que hacen todas las naciones que tienen Imperio colonial y lo que hemos hecho nosotros mismos.»

Con Henri des Houx están muy contentos los

ingleses, porque, según dicen, ha interpretado fielmente la doctrina inglesa al decir :

« Los ingleses creen que combaten por la felicidad y la libertad de los boers. Los boers se creen libres : ¡ qué ilusión ! No hay libertad sino bajo el pabellón británico. Sólo se llega á la plenitud de la dignidad humana cuando se tiene el título de ciudadano inglés, dicen ellos. Ningún inglés cree en la injusticia de una guerra de conquista contra los boers, que son cristianos, que son blancos, que son iguales á los ingleses. Porque los ingleses no admiten que puedan tener semejantes en el mundo. Todas las razas son inferiores á la anglosajona, y entre el hotentote y el boer no hay más que un grado inapreciable en la inmensa distancia que les separa del hombre inglés. »

Después de haberme reconocido yo mismo, no hotentote precisamente, pero sí inferior— porque no he venido aquí á tener disgustos con nadie— asistí á una sesión de Frenología, en la que un señor frenólogo demostró como dos y dos son cuatro, y con un cráneo de un boer en las manos, que dicho cráneo « indica que los boers están predestinados á ser conquistados y asimilados por los ingleses ».

Luego se empeñaron amigos míos en que había de ver los regalos que varias Casas de Londres dedican á los soldados del Transvaal :

diez toneladas de *plum-puddings*, ocho toneladas de tartas, catorce toneladas de mermelada...

Excitado mi apetivo, volví á mi *boarding*, con mi correspondiente farol, para no espachurrarme las narices en alguno de los espantosos postes que sirven de columnas para dejar cartas, y pedí de comer. Me trajeron una carne misteriosa, ó sea tapada con un casco guerrero, y nada más. Frente á mi plato había dos no sé qué, embutidos en unos *crochets* encarnados, que *resultaron* ser dos huevos pasados por agua —¡huevos en escarpines de rorro!

—¿Se constipan en este país?—pregunté.

Y la patrona, muy digna:

—Se sirven así para evitar que los traspase la humedad.

Y en seguida tuvo la bondad de explicarme que la epidemia más grave de Londres, en esta época, es la *traga-niebla*.

—Si no tiene usted la precaución de echar de su cuarto toda la niebla que se haya colado por los intersticios de las puertas, puede usted tragarse un pedazo, lo que será mortal para usted.

Y armado de unos zorros estuve anoche más de media hora echando á la niebla de mi cuarto. ¡Qué trabajos pasa uno, cuando es inferior, en este pícaro mundo!...

VÍSPERA SICILIANA

Por fin vamos á enterrar á la Reina Victoria. Por fin hoy es la víspera de este gran acontecimiento que, según dice la Prensa, «formará época en la historia de los más solemnes funerales». Escribo en Paddington, momentos antes de tomar el tren para Windsor, donde pasaré una noche toledana.

El público asalta los trenes. Generalmente se cree que en Windsor podrá verse la ceremonia sin tanto riesgo como en Londres y sin gastar tanto. El más infecto ventanuco de Londres cuesta 5o duros.

Como hay gentes para todos los gustos, los hay dispuestos á morir mañana mismo por ver el paso del entierro. Oigo hablar tranquilamente de que se preparan angarillas para muertos y heridos... Todo el mundo está resuelto á que le apabullen y aplasten.

Aunque hace un frío inusitado, son muchos los vecinos de Londres que pasarán la noche á

la intemperie de Hyde Park. Á las nueve de la mañana no se podrá dar un paso en el parque más vasto de Europa. Y todo el mundo contento y orgulloso. La actitud del pueblo, decidido á morir por ver un ataúd, se presta á una triste psicología, que no debo analizar en el instante de salir para Windsor. Estamos en el siglo XX. Hay que recordarlo. Estamos en el siglo XX, y el pueblo inglés, que se juzga á sí mismo el más civilizado del mundo, va á que le despampanen por ver el nuevo uniforme del Emperador de Alemania, algunas testas coronadas, una caja mortuoria arrastrada en una cureña de cañón, y muchos soldados, muchas espadas, muchas bayonetas y muchas grupas de caballos que contendrán la infantil curiosidad de las masas suicidas.

Pocos ingleses se preguntan qué hará y cómo será el nuevo Rey. El nuevo Rey ha dicho que «será como su madre». De modo que no sólo reinará, sino que también gobernará, como gobernó, á la chita callando, su Graciosa Majestad. Ahora se cae en la cuenta de que la Reina Victoria era maestra consumada en dar bromas inglesas. Antes de enterrarla á ella se desentierran historias de su reinado. Su Graciosa Majestad conocía, como pocas, el arte de la perfidia y el disimulo para imponerse. Así impuso á Palmerston, dando *coba* á sus rivales, cuando

le hacía falta Palmerston para terminar la guerra de Rusia. El Rey Eduardo va á ser como su mamá... Y cuando muera, el pueblo volverá á dejarse atropellar por ver el entierro.

El tren va á salir. Un periodista portugués, el Sr. Carvallo, se me acerca muy contento; muy contento, porque ha conseguido por una peseta una hermosísima corbata negra, y porque el Rey de Portugal se ha dignado recibirle.

Le suplico que le dé memorias de mi parte. Y subo al tren, come si subiera al patíbulo...

PERSPECTIVA

Esto no es entierro. Es una monstruosidad, como el « tubo » del Támesis y como casi todas las manifestaciones del poderío inglés. Diríase que el cadáver de la Reina va á dar la vuelta al mundo. Se habla del entierro como de un viaje al Polo. Se le prepara como una excursión guerrera de Kitchener. Se le estudia con cristal de aumento en el intrincado laberinto del mapa de Londres. El imperial cadáver saldrá de Cowes para Portsmouth, de Portsmouth para Victoria Station, de Victoria Station, atravesando la inmensidad de Londres, á Paddington, de Paddington á Windsor : viaje por mar, viaje por tierra, viaje en cubierta, viaje en vagón, viaje á través de escuadras, viaje á través de ejércitos, viaje á través de inmensas muchedumbres, viaje en ataúd, viaje en cureña... ¡Y qué *travesia* por Londres!

Claro que en Cowes, como en Portsmouth, Londres y Windsor la figura más llamativa es

el Emperador Guillermo. Á su lado palidecerán todos los personajes que va á alojar Buckingam-Palace. Es una figura fantástica en el monstruoso entierro. Su sombra llena todo Londres, y si el funeral se aplazase un mes, el mundo sospecharía que el muerto no es Victoria, sino Guillermo... Todo lo trajo provisto. Momentos después de ser nombrado field-marshal del ejército inglés, se presentó en público con uniforme de field-marshal. Cuando supo que había más de doce mil personas orando por la Reina en el templo de San Pablo, quiso subir al púlpito... Los ingleses le contemplan con ligera sonrisa en los ojos...

La nota del día, como escandalosa, es un artículo del periódico republicano *Reynolds*, artículo contra la Reina Victoria. Públicamente se le califica de profanación. Luego, en privado, se murmura que... á *Reynolds* no le falta razón; pero que hay cosas « que no se deben decir. »

— ¡*Oh, schocking!*... — exclaman las pudibundas *ladies*. Y á hurtadillas vuelven á leer el artículo del *Reynolds*.

Como se ve, la raza humana es igual en todas partes, Inglaterra inclusive. Yo, para que no digan, he hecho lo que todo el mundo: he comprado una corbata negra, aunque no la gasté cuando murió mi abuela. ¡Todo por la Reina! ¡*Gode save the queen!*...

In consequence of the lamentable death of Her Majesty the Queen, the Orchestral Performance is temporarily dispensed with.

Prohibida la música que amenizaba las digestiones británicas. Pero esta mañana, á las ocho, cinco murguistas tocaban sus instrumentos de viento en *Torrington square*.

— ¿No está prohibida la música en estos días de luto por la Graciosa *Queen?*

— La música festiva, sí. Esos *gentlemen* (los murguistas) están tocando una marcha fúnebre en honor de la *Queen*. Además, el público no los oye.

En efecto, *Torrington square* estaba desierto. Una espesa niebla envolvía el *square*, en cuyo centro se destacaban á ratos los cinco murguistas, solos como hongos, soplando tranquilamente... en honor de la atmósfera.

Todo es terriblemente tétrico. Y esta broma fúnebre será rigurosa hasta el 6 de marzo y *de alivio* hasta el 17 de abril. La Prensa londinense, no pudiendo sacudirse la lata funeraria, ha tomado el partido de contribuir á dar la lata. Cada periódico hace catorce ediciones diarias, tamañas como sábanas, contando lo que ya contó catorce veces. Como la letra es microscópica, los ingleses leen á través de vidrios de aumento los detalles del entierro. Son los de ayer y los de anteayer; pero no importa. Los ingleses los

leen con la misma atención que les dedicaron el primer día. Algunos se los saben de memoria Si es cierto que el genio es la paciencia, en Inglaterra todo el mundo es genio...

Crea usted, amigo Figueroa, que si yo hubiera sospechado que había de estar á punto de ahogarme en el Canal, cuya más fuerte borrasca de este invierno me sorprendió en alta mar el domingo último, para venir á meterme en un cementerio de seis millones de vivos, en una necrópolis de 28 kilómetros de largo por 18 de ancho, yo habría suplicado á usted me dispensase del disparatado honor de ver á la Graciosa *Queen* en una cureña de cañón.

Anoche, vagando al azar por calles desiertas y de riguroso luto, fuí á parar á un *Public House*, especie de taberna, de *Endell street*, en el cual *Public House* se anunciaba que tendría lugar una conferencia sobre la filosofía tolstoiana. En humilde sala, un centenar de personas, entre obreras y obreros, muy circunspectas, oían un discurso de un capitán que se retiró del ejército para practicar el tolstoísmo, y que vive de comer apio, rábanos y nueces. (Naturalmente, está en los huesos.) Fríamente, monótonamente, iba recitando su plática, enderezada á probar que debemos ser buenos sobre todo, que debemos sufrir con mansedumbre evangélica todas las injusticias terrenales, que jamás debemos rebe-

larnos, y que con paciencia — y no sé si también con saliva — conseguiremos la revolución... sin violencia.

Salí patidifuso. Un criado, con un crespón de luto en el brazo izquierdo, me entregó, al abrirme la puerta de casa, una palmatoria con un crespón de luto en la bujía; subí la escalera rumorando entre dientes una marcha de Chopin; me sumergí, como en una fosa, en una cama cuya enlutada colgadura semeja un catafalco, y esta mañana, al correr el cortinaje de mi ventana para ver el día, vislumbré, á través de la bruma de *Torrington square*, los consabidos murguistas soplando una marcha fúnebre en honor de la Graciosa *Queen*.

Y lo peor es que el Canal sigue furioso, sin duda porque se ha muerto la *Queen* Graciosa. Ó vivir enterrado en Londres, ó morir de un chapuzón en el Canal. *That is the question*

Continuaré, pues, en Londres, mirando el mapa de la procesión con lente.

LA CUREÑA

« En Portsmouth, la escuadra; en Windsor, el ejército. Son funerales dignos de la Reina-emperatriz. » Lo dice el nacionalismo francés.

Y llevan razón. En los comienzos de un nuevo siglo, sucesor de un siglo que rindió el más entusiástico homenaje á la Fuerza, no cabe otra cosa : acorazados, soldados, una repetición de la formidable revista náutica de Spithead y una parada militar. No cabe más. Ese marco, no sólo es digno de la Reina emperatriz, sino también de los personajes europeos que formarán el cortejo : el Emperador de Alemania, ése ante todo, que en dicho acto vestirá, según se dice, el uniforme de *field-marshal* del ejército inglés; el Archiduque Francisco Fernando de Austria ; el Príncipe Enrique de Prusia ; el Príncipe heredero de Suecia ; el Príncipe heredero de Dinamarca; el Rey Leopoldo ; el Rey Carlos ; el Rey Jorge; otros personajes, quizás el Zar de Rusia... Toda Europa medioeval, toda la representación de la Fuerza.

No creo que la Reina-Emperatriz pidiera antes de morir que la llevasen procesionalmente en una cureña de color de kaki. No. Yo no puedo creer semejante cosa. Ninguna dama, aunque sea Emperatriz, puede tener el antojo de que paseen su cadáver en una cureña de cañón; porque, por belicosa que sea la Emperatriz, le parecerá poco femenina y estética una cureña como angarilla para ir al sepulcro. En vano se la proveerá, según se dice, de una plataforma para recibir el cadáver y de unos resortes que impedirán que el cadáver se bambolee al ser arrastrado. Por mucho que se afine una cureña, es cureña, y nunca será buen nicho de la imagen reverenciada en Osborne.

Creo, bien al contrario, que el militarismo británico aprovecha la muerte de la Reina-Emperatriz para hacer un alarde de fuerza. El pueblo inglés cree que en el Transwaal no lucha solamente con los boers, sino también con toda Europa; que su inmenso poderío le ha ganado la hostilidad sorda, pero efectiva, del mundo, y que, como en 1897, debe presentar sus acorazados en batalla para que Europa vuelva á temblar...

En este aparejo de guerra, la cureña es la consecuencia. Y el kaki es un horror, porque recuerda la guerra no acabada, los muertos recientes, los heridos que lloran en los hospitales de Inglaterra; porque recuerda los soldados

ingleses ó boers, que estáran acuchillándose cuando el cadáver de la Reina-Emperatriz salga en busca del olvido eterno... Y parecerá que la cureña va rodando silenciosamente, porque rueda sobre desperdicios humanos, sobre tripas sueltas, sobre cráneos apabullados por la cólera...

Yo querría ver esta Reina, que tanto paseó en modesto cochecito tirado por el animal que simboliza la paz; yo querría verla ir de otro modo á la tumba : con los atributos de las libertades que distinguen y honran al pueblo inglés; con el símbolo del Derecho, de la Igualdad, de la Justicia; con todo eso tan hermoso, que hace recordar al hombre perseguido que á través de las brumas de un canal hay una tierra hospitalaria, un asilo para todo el mundo...

WINDSOR

¿Windsor existe?... El mapa de Inglaterra dice que sí. Yo estoy en Windsor y no lo veo. Un tren me dejó en la estación. Una muchedumbre indescriptible, de mujeres que parecen atletas y de hombres que semejan monstruos, multitud que salió, puño en ristre, del mismo tren en que vine, me dió un empujón, echándome á volar como una arista. He entrado en Windsor como cuña á mano, empujado, atropellado, casi aplastado por una multitud que galopaba desenfrenadamente con la cabeza baja y los puños al aire... La multitud se introdujo en otra multitud, que, á su vez, se había metido en otra, y así sucesivamente, un verdadero mar de multitudes en prensa, que se aprietan y extrangulan; y por cima de las cabezas una inmensa hilera de enormes puños en actitud de boxear. ¡Oh, fuerza británica, árbitra del mundo, yo te he saludado desde el árbol donde trepé como un mico, para evitar que me enterraras juntamente con tu Graciosa Majestad!

Desde allí pude *descubrir* Windsor, con su majestuoso castillo, dominador de las severas casas que albergan 12.000 habitantes. Desde allí pude *descubrir* la célebre capilla de San Jorge, Escorial de tus Reyes. Y vi tus casas con colgaduras violetas, y tus calles enlutadas, y tu aspecto taciturno y sombrío, á través de tu bruma amarillenta...

*
* *

No soy todavía Emperador, ni Rey, ni representante de ninguna de las naciones extranjeras, ni diplomático, ni siquiera miembro de la Corporación de Windsor. No he podido, pues, codearme con el Rey Eduardo, ni con el Emperador de Alemania, ni con el Rey de Grecia, ni siquiera con el Rey de Portugal. Si dijera lo contrario, me expondría á que el público sonriera, como sonrió cuando el malogrado Paso, narrando en un periódico la ceremonia que hubo en el Vaticano con ocasión de la llegada de miles de peregrinos españoles, dijo :

— Léon XIII, que iba en la silla gestatoria, me miró y me bendijo...

Mucho me temo que el Emperador de Alemania, aunque es un Argos y un Merlín, no se haya enterado de que yo le he visto...

Pero yo he tenido ese honor. Le he visto (¡y no me ha mirado!), y no *lo reconocí*. No es, en

verdad, el Emperador de los retratos : fiera la mirada, altivo el continente, amenazadoras las guías del copioso bigote... Es un buen burgés... un poco encorvado... Las inglesas han sufrido una decepción; lo que no les impidió atracarse al aire libre de *sandwishs* y bizcochos que llevaban á prevención.

— Le faltaba el casco prusiano — me ha dicho un periodista berlinés.

Puede. El hábito distingue al monje y al militar. Lo cierto es que de los reunidos en la procesion, sólo lord Roberts parecía guerrero.

Como no pertenezeo al regimiento de Guardias de honor, cuyos más pequeños soldados tienen seis pies de alto, sin contar los dos que tiene el peludo morrión que gastan, no puedo decir si ponían caras muy tristes los personajes de la comitiva. Ni antes en el árbol, ni después en el santo suelo, alcancé á escudriñar las fisonomías de SS. MM. El Rey Eduardo, visto á honesta distancia, me pareció más gordo que preocupado. El pueblo, la masa, sí estaba triste, aunque comiendo emparedados. También estaba indignado contra el Gobierno, por las precauciones de Policía que tomó. Cierto que el Gobierno, á instancia de los periódicos, desplegó tal lujo con el buen deseo de evitar desgracias como las de marras; pero el pueblo arguye que no es lo mismo ir á recibir en triunfo unos voluntarios,

que ir á enterrar una Reina. Á juicio del pueblo, el Gobierno se ha permitido dudar de sus sentimientos. ¡Y sigue comiendo emparedados!

Detrás del muro de la capilla de San Jorge parece que ha habido una escena muy triste, al mismo tiempo que exquisita, porque lloraron ojos imperiales, se inclinaron testas coronadas y hubo frou-frou de faldas principescas al esponjarse sobre rodillas hincadas. Parece que el Rey Eduardo detuvo su mirada sobre las rosas con que el presidente de la República del Brasil ha recordado la boda de la Reina muerta; sobre las camelias, que simbolizan su infancia; sobre las orquídeas, suavemente malvas, que representan toda la existencia de la gran soberana, y que el Rey, visiblemente emocionado, cogió y prendióse en el ojal una camelia de la corona, como si quisiera aspirar toda la primavera de Victoria cuando tenía cuerpo de mimbre y carita de cielo...

Tampoco lo he visto. Yo no he visto más que las cabezas bajas y los puños al aire de la fuerte Inglaterra

---

LA IMAGEN

Quien haya estado en Inglaterra y vuelva en estos días de sincero luto nacional, se explicará que los ingleses se asombren de que el viajero halle triste la vida inglesa. Mi copa es pequeña; pero yo bebo en mi copa— decía el poeta—. La alegría inglesa, sin sol, risas, ni ruido; esa alegría, comprimida por la Naturaleza y la educación en algo así como máquina neumática, es una alegría incomprehensible para nosotros, meridionales, que nos divertimos de puertas afueras del espíritu, con mucho sol, muchas carcajadas, muchas expansiones de todas clases.

Pero es indudable para el observador que los ingleses suelen estar alegres, puesto que se les conoce ahora que están profundamente tristes. Esta tristeza no se deja ver solamente en Londres y en lo que puede llamarse el decorado del luto oficial, sino que también se ve en los ojos claros, en las cabelleras rubias, en la fisonomía de todo este pueblo. Un sol paliducho y tímido

—aunque no se pone en los dominios británicos —dispersó, hace un rato, la niebla amontonada y suspendida en *Russell Square*, frente á mi casa, y muchos niños salieron repentinamente de los portales de las vecinas casas, como otras tantas cabecitas de cajas de sorpresa. Rubios, gordos, sonrosados, salían en carritos á tomar el sol paliducho y tímido, y salían muy tristes; no se les conocía la tristeza en el diminuto crespón que todos llevaban, sino en sus caritas severas y pensativas de viejos precoces.

De Newhaven á Londres he visto coronas y crespones en todas las desiertas estaciones; de Newhaven á Londres he visto lo que no creía yo que podía *verse:* el silencio. Pierre Louys, que tanto abomina de la indumentaria negra, cegaría contemplando la negrura de todos los trajes y de todas las cosas, y las marchas fúnebres, que llenan de notas graves el ambiente de Londres, despertarían un instante el dormido espíritu del gran Verdi.

Inglaterra llora su Reina, porque su Reina merecía ser llorada; porque bajo los auspicios del reinado de Victoria, el pueblo inglés conquistó una libertad tan grande y verdadera, que, como ha dicho *The Standard*, la palabra República ya no tiene significación en el Diccionario inglés. Inglaterra llora su Reina, porque bajo el reinado de Victoria el pueblo inglés se hizo

grande, fuerte y temido con la incorporación y colonización de inmensos Imperios.

No fué Victoria, como pudiera alguien creer, pantalla de un régimen. No era su corona una boya bamboleada por el oleaje de la política; y porque no lo era, pudo Victoria, rechazando el concurso de la ralea política, que al fin hubiera perdido al imperio británico y derrocado su propio Imperio de Reina, asesorarse de la magna labor pública de hombres de tanto valer intelectual y moral, y de patriotismo tan acendrado, como los Gladstone, Palmerston, Macaulay, Disraeli y otros.

Salisbury lo ha dicho :

« La Reina tenía una extraordinaria percepción de lo que su pueblo pensaba y quería ; á tal punto, que cuando yo sabía lo que pensaba la Reina sabía lo que pensaban sus súbditos, *sobre todo, el pueblo*. »

Y para el pueblo inglés la Reina Victoria había pasado á ser una imagen adorada, cuyo santuario era Osborne. Ahora la ve allí, con los ojos del pensamiento, en solemne capilla ardiente, bajo el blanco raso que cubre su ataúd, entre coronas diamantinas y coronas de blancas flores, entre un indio, un escocés y cuatro gigantescos granaderos, guardia que se renueva cada hora, para que pueda conservar su inmovilidad de estatua... Antes tampoco podía verla con los ojos

de la carne. ¡La Reina vivía siempre en capilla ardiente! Recordando la entrevista que tuvo con ella el finado Félix Faure, ha dicho Gaston Leroux:

« M. Félix Faure entró en el vagón. M. Félix Faure estaba allí como estaría en misa un gran personaje muy piadoso. Hacía sus devociones delante de la imagen, se curvaba, se bajaba, cogía suavemente la inmóvil mano de la Reina y posaba en ella sus labios. Después, los labios del presidente de la República se removieron como se remueven los labios al orar, y la mano y la imagen seguían inmóviles. Las Princesas de Schlewing-Holstein y de Battenberg entraron en la capilla, y aun hubo genuflexiones como las que se hacen delante de los altares. Después salió M. Félix Faure, dejando la imagen de la Reina en su nicho de cristal. »

Al morir la Reina, no ha hecho más que cambiar de nicho. La imagen queda en la retina británica. Y así como Antonio, según cantó Heredia, vió la desbandada de su escuadra en los ojos de Cleopatra, el pueblo inglés sigue viendo á su Reina bien amada en la formidable escuadra que la acompañará, á guisa de cortejo náutico, á Portsmouth...

¡AH, QUÉ FIESTA!...

Al acercarse las comilonas de Nochebuena, los bailes de Carnaval, las bulliciosas fiestas de Año nuevo, la *soirée* que se ha verificado en Covent Garden es buen excitante de la gastada alegría parisiense.

¡Covent Garden, templo londinense levantado al culto de Venus, templo *chic*, suntuoso y coruscante, con espléndidos salones de ricos artesonados, con guirnaldas de flores exóticas, con miles de luces mates que parpadean en el fondo de alados corazones!

Covent Garden, paraíso de preciosísimas inglesas, nacaradas de cútis, celestes de ojos, doradas de cabellera, vaporosas y aprisionadas en telas ligeras, ténues, casi impalpables; de inglesas melancólicas sin que se sepa por qué, hastiadas sin haber vivido, con ceño de disgusto en la frente, con mohín de desprecio en la boca, con gesto de asco en la nariz, de la que, por lo mal que parece que le huele todo, diríase que cuelga

imperceptiblemente una frutilla de algarrobo, que las obliga á decirse con el pensamiento :

— *¡ Shoking!*

Covent Garden, paraíso de ingleses apuestos y peripuestos, encorbatados y floreados y perfumados; de ingleses que hacen imperturbablemente cuantiosas ofrendas de libras esterlinas en el altar de las Venus del templo mundano.

Y mientras los violines vibraban la última alegoría de un vals vertiginoso, y la exquisita concurencia, bien envuelta en pieles de armiño, salía del templo exhalando el acre vaho de perfumes violentos venidos de la India, en las vecinas calles gruñían la miseria de vivir cincuenta mil hombres sin techo ni pan.

Al través de amarillenta bruma, sobre el sucio barro de la ciudad monstruosa, rodaban en las calles montones de infecta carne viva, envuelta en míseros andrajos empapados en vomitonas de amílico, único alimento barato del mendigo inglés; y de aquellos horribles y nauseabundos estercoleros de humanas bestias surgían rictus de hombres furibundos, imprecaciones de madres desvalidas, llantos de niños rubios que en la obscuridad disputaban á perros vagabundos las piltrafas caídas al arroyo, rumor de flatulencias, de miseria que ronca, y el olor, el olor terriblemente rencoroso y vengativo del pobre, subiendo como incienso en acción de gracias.

Las aletillas de la nariz de las inglesas pareció que acentuaban el tradicional *shoking ;* las orquídeas de los ingleses envenenaron su perfume al salir á la calle. Pero inglesas é ingleses iban diciendose, felices :

— ¡ Qué fiesta!... ¡ Ah, qué fiesta!...

OTRA COSA

De regreso á París, recordando los varios mitines que con la mayor libertad se han verificado en Londres, y que se hubiesen impedido, por « subversivos », en la villa luminosa... hallo unas observaciones de Henri des Houx en el « Figaro », que, aunque condenado á « bronca » diaria entre accionistas y redactores, tiene tranquilidad de espíritu para dar cursos de psicología.

« Los parques de Londres — dice el citado escritor — están llenos de mitines políticos ó religiosos, en los que se pronuncian discursos á veces violentos y se pasean emblemas á veces sediciosos. La multitud aprueba ó censura. Pero nadie sueña en tener por criminal la simple exposición de una opinión ó de un símbolo. Si nosotros, franceses, « no somos todavía dignos de la libertad á la inglesa, » al menos que se tribute á las manifestaciones autorizadas por la ley, la seguridad que la ley prescribe. »

Francis de Pressensé publicó hace pocos días una requisitoria contra el modo de juzgar que hoy se tiene en Francia.

Pasaron ya los tiempos, venía á decir Pressensé, en que los hombres, despojándose del estrecho espíritu de bandería politíca, juzgaban serena y justamente las cuestiones, dando á cada cual lo suyo, haciendo justicia al adversario, aunque de hacerla resultase perjudicado el partido á que pertenecía el juez.

En otros tiempos, los monárquicos de Francia, argüía el distinguido redactor de « Le Temps, » hubieran fallado que un Bresci, matador de un Rey, merecía morir en el patíbulo; pero de ningún modo hubieran aplaudido el misterioso y siniestro desenlace de la vida de Bresci en la prisión de Santo Stefano... Porque sobre los intereses y las conveniencias de los partidos políticos estaba muy alto el concepto de la justicia universal.

No diré que la raza anglo-sajona sea ó deje de ser superior á la nuestra. Quédense para los Demoulins tales disquisiciones. Lo que digo es que la raza sajona es « otra cosa. » y resulta prácticamente más líberal que la nuestra.

Esta diferencia esencial se observa hasta en los más insignificantes detalles.

Inglaterra, que guarda escrupulosamente sus prácticas religiosas, no recibe al viajero con un

Lutero en la costa de Newhaven. Francia, que se burla lindamente de su misma religión, recibe al viajero con un tremendo crucifijo en la costa de Dieppe. Es como una imposición á la entrada.

Los latinos somos, en todo y por todo, los más grandes tiranos del mundo. Por eso no podemos tolerar pacíficamente que en un mitin público se defiendan ideas que no compartimos.

En Madrid se detiene á dos caminantes que van tranquilamente por una carretera. Se les califica de « criminales », aunque no han cometido ningún crímen. La autoridad les interroga; los caminantes contestan que van á pié porque no tienen otro medio de locomoción, é inmediatamente ingresan en los calabozos. Luego se averigua que los « criminales » son pobres diablos. La autoridad se excusa...

En los alrededores de las fortificaciones de París se instala una caravana de trescientos cíngaros, con acompañamiento de caballos, osos y perros.

Los guardias de Orden público comienzan á inquietarse.

Una cíngara, mientras aliña el puchero al aire libre, da á luz un niño. Inmediatamente después sigue aliñando el puchero. Los guardias de Orden público se inquietan terriblemente.

¡Una parisiense no podría alumbrar el puchero á seguida de alumbrar una criatura...! Es un caso sospechoso para la autoridad, que no tiene idea de cómo dan á luz las indias del Orinoco. Puede que la cíngara sea una criminal con tendencia á matar á Loubet, ó, por lo menos, con propósito de tirar un tomate á Waldeck Rousseau.

Un chusco pregunta á un cíngaro cuánto quiere por un hermoso caballo que tiene de la brida.

— Cuarenta francos...

— ¡Cuarenta francos! ¡Dos luises! — exclaman para sus capotes los guardias de Orden público —. Estos tipos, no sólo son asesinos « in mente », sino que de hecho son ladrones; porque es claro que para vender un caballo en cuarenta francos, menester es que lo hayan robado.

Los guardias detienen á las 300 personas de la tribu, incluyendo al recién nacido, juntamente con los caballos, osos y perros, y detrás de esta tropa marchan « cinco mil parisienses » amenazándola con meterla los puños en la nariz. « El comisario M. Raynaud interroga á los cíngaros. Éstos prueban que los caballos no han sido robados.

« Presentan, además, sus documentos personales. El comisario se excusa y se limita á hacerles escoltar por guardias, para que no les moleste el público. »

Estas « ocurrencias, » que celebramos los latinos, son absolutamente imposibles en Inglaterra.

El asesino Gilmour, inglés, se niega á hacer revelaciones al juez instructor de su causa. Pero al juez le advierte que se sospecha que él, Gilmour, tiene relaciones íntimas con la víctima, la « cocotte » Kolb, y Gilmour se apresura á hablar porque no puede consentir que por su causa se calumnie y mancille el honor de una dama.

El asesino Martínez, hidalgo, pretende atenuar el cobarde crímen que cometió contra una compatriota anciana alegando que « honraba con sus favores » á la respetable señora, y que ésta le daba dinero á cambio de los mismos.

No discutamos la superioridad de tal ó cual raza. Pero hagamos constar que la anglosajona es « otra cosa... »

ALEGRÍA POR ORDEN

Querido señor : me declaré en huelga... Verá usted por qué. Es costumbre admitida en todos oficios que Semana Santa y Pascuas se consagren al reposo. Esta regla general tiene, naturalmente, una excepción, y esa excepción ¡ ay ! somos los periodistas.

Pues bien : hace dos años que, á la chita callando, y sin tomarme la molestia de buscar compañero — que en ésta, como en tantas otras cosas, no había de encontrarlo, — vengo declarándome en huelga singular por Semana Santa y Pascua, porque es hacérsela al más pacífico el trabajar cuando todo el mundo descansa.

Note usted, señor director, que hasta los acontecimientos reposan en esta época del año cristiano. Si descartamos la intentona Jaurés, quien tuvo el poco tino de querer resucitar á Dreyfus al mismo tiempo que la Iglesia resucitó á Cristo, nada importante ha ocurrido en París según cuentan sus periódicos, siendo

así que no puede calificarse de importante el hecho de que París trasnochase por ver un eclipse de luna y que los parisienses dijesen á las parisienses:

— *As-tu vu la lune, ma brune?* Cuanto á Londres, no hay que decir que todas sus manifestaciones de boa constrictor, que se engulle el Continente, han reposado hasta hoy, tercer día de Pascua.

La mayoría de los londinenses pudientes salió de Londres, á principios de Semana Santa. Muchos no salieron de Inglaterra; pero no pocos pasaron el Canal: 4.000, si no miente una estadística, entre Jueves y Viernes Santos; y yo pensé que, puesto que los ingleses iban á París, la ocasión era de perlas para venir á Londres.

Es muy divertido Londres por Semana Santa y Pascuas, que habrán sido floridas en otros siglos, y que en el nuestro se contentan con exhibir helados brotes de plantas yermas y mustias.

Los ingleses, siempre prácticos, aprovechan estas vacaciones para pintar sus establecimientos. Cada inglés se improvisa pintor, y los ve usted, sesudos y tranquilos, pintando flemáticamente sus puertas y ventanas.

Cerrado todo, desierto todo, mudo todo, y nevando y nieblando, hay que consagrarse á los

placeres del hogar en el comedor de un *boarding* ó casa de huéspedes; y como los ingleses se nutren principalmente de pan y manteca, no hay más sino dedicarse á untar de manteca sendas rebanadas y cortarlas, con muchísima finura y distinción, en lonjas que se mete usted en la boca con la misma distinción y finura. Es un grato, y hasta cierto punto, substancioso esparcimiento para ir pasando los días santos y los días pascuales.

Pero, en fin, ayer, rompiendo la niebla y el *spleen*, Londres se entregó á desenfrenadas gigas y orangutanescos *cake-walks* en parques y calles.

— Es un día oficial para alegrarse, — me dijo gravemente un inglés.

Y estoy haciendo la maleta para volver á París; porque la alegría general, y por orden, me revienta, aunque sea británica.

ENTRE DOS BORRASCAS

Por el eterno irónico contraste de la dicha y la desgracia, París ha amanecido nevado cuando la sociedad *very select* arde en fiestas...

Carnavalescos bailes, brillantes funciones teatrales, concurridos *matches* de los Vignaux, Fournil y Cure, jugando al billar; de los Pini, Ray y Breittmayer, luciendo sus mortíferas habilidades en asaltos de armas, y en la tibia atmósfera del Grand Hotel y de la sala de fiestas de *Le Journal* un mundo *chic* y perfumado, el consabido *tout-Paris*, ostenta la dicha de vivir al suave resplandor de luces lánguidas y mimosas...

La borrasca revienta su cólera en las costas, destrozando pobres navíos, sepultando míseros tripulantes, y la nieve, que tiene de mujer histérica la blancura del rostro y la negrura de la entraña, acosa al desvalido en la calle, le amorata y paraliza la mendicante mano, le per-

sigue, azotándolo, de portal en portal y de calle en calle, le obliga á huir, como el Juan, de la *Tèrre*, abandonado de todos y de todos *reído*, llamando á las cerradas puertas de la Humanidad en busca de un rinconcito para pasar la noche y la borrasca, y oyendo en todas partes un ¡*revienta fuera!...*

En las Redacciones, bien alumbradas y bien caldeadas, escritores psicólogos, que fuman en pipa, preparan, después de la cena que siguió al teatro, y antes de llegar á la *cocotte*, las eternas jeremiadas, repletas de sensiblerías huecas y cursilonas, sobre la injusticia y el horror de la desigualdad social, sesudos artículos que ayudan al lector y al autor á pasar la crudeza y la monotonía del invierno, mientras llega una vez más la primaveral florescencia de todas las cosas y vuelven los pobres de la tierra, con sus parásitos á cuestas, á mendigar por la calle arriba, por la calle abajo...

Es el buen tiempo de ir á Londres, predilecto refugio de revolucionarios ex presidiarios y de ideales echados del mundo. Es el buen tiempo de « bajar á los antros », de donde surge, de vez en cuando, como zig-zag revolucionario, la borrasca, que hiere y mata, del corazón dolorido y sangriento.

Y al despedirme de ti, lector amigo, no me arredra la dificultad de describir la borrasca

que revienta en las costas de la Manchä, tanto como me arredra la dificultad de describir para nuestro públíco la borrasca de las fisonomías pálidas y de los gestos vengadores...

EL REPOSO DOMINICAL

Á pesar de lo mucho que suele comentarse el descanso dominical en Inglaterra, yo no le había dedicado ninguna atención, como no fuese considerándolo artísticamente; calles desiertas de transeúntes, silenciosas, difícilmente entrevistas al través de una neblina blancuzca en verano, achocolatada en invierno; la imponente silueta de un policía que semeja un poste en mitad de la calle, y la rastreante silueta de un perro mojado, que bosteza de ver tan sólo al policía.

Como nosotros también, aunque somos gentes de todo reposo, hemos acordado reposar rigurosamente los domingos, esta vez me he fijado en lo que significa en Inglaterra, de puertas adentro de las casas londinenses, el descanso dominical.

Ya he dicho, con no poca sorpresa de algunos lectores, que no hay pueblo más parecido al inglés que el pueblo español. Si el Imperio bri-

tánico de la Reina Victoria es un calco, según Tarde, del Imperio español de la Reina Isabel, las actuales costumbres inglesas parecen calcadas en las costumbres que tuvo antaño el pueblo español. El mismo carácter, encastillado en la tradición, aferrado al *non possumus*, que tanto en España como en Inglaterra se expresa por un « aquí no se puede », tiene en uno y otro pueblo grandes analogías.

Toda la diferencia en el destino de entrambas naciones consiste en que el español fué á hacer *política* mandona en las colonias y el inglés va á hacer *administración* lucrativa en las suyas. Por lo demás, Inglaterra es ahora, como España lo fué antes, una boa enroscada á países de todo el mundo.

Así como la mayoría de las inglesas se parecen á la mayoría de las españolas en lo madrazas y caseras, en rendir á la cabeza un tributo de *toilette* que mal se acuerda con el abandono de otras partes del cuerpo — destacándose en la española la ventaja de tener inmensamente más limpia la casa — y en hacer aspavientos y sacar rubores por las cosas más naturales del mundo, sacrificándolo todo á la forma, á la tradición y al qué dirán, la mayoría de los ingleses se parecen á la mayoría de los españoles en lo graves, orgullosos, peripuestos, tercos y holgazanes.

Si, señor, sí ; los ingleses, vistos despacio,

resultan más holgazanes que los perros. Trabajan lo estrictamentes indispensable, de diez de la mañana á cinco de la tarde, dentro de un mecanismo que les da muy buen resultado, y en cuanto pueden se echan á la bartola ó se pasan las horas sosteniendo una puerta. Afeitados como vascos, con gorras que parecen boinas, sin abrigo y fumando tamañas pipas mientras ven llover, hay que verles tomar el sol en las raras apariciones de este astro, que en Inglaterra es un queso de bola que sacan por broma algunas veces al año. Cuando oyen decir que en España hay gentes que se acuestan al alborear y se levantan al anochecer, las censuran, sí ; pero admirándolas y dejando traslucir este pensamiento oculto :

— ¡ Quién pudiera hacer otro tanto !...

Ya ellos hacen lo que pueden, en un clima donde el que no trabaja revienta, acostándose entre doce y una de la noche y levantándose entre ocho y nueve, aunque los más de los almacenes de Londres están cerrados á las diez de la mañana. El reposo dominical lo guardan escrupulosomente, que no *religiosamente*, siendo así que, juntamente con la leyenda inglesa de que allí todo bicho viviente se baña á diario (los hay que en su vida han visto el agua ni siquiera para beberla) y de que todo viajero lleva consigo un « tubo » para remojarse al revolver del camino,

existe la leyenda, entre otras, de que hay mucha religiosidad en Inglaterra. No hay sino hipocresía, y varios periódicos de Londres tienen muy demostrado que la mayor parte de los ingleses *no practican* ; de modo que el andar con la Biblia debajo del brazo es verdaderamente una « coba inglesa ».

La Biblia les sirve los domingos de almohada para echar la siesta en el comedor de la casa, ó de bandeja para poner el brandy con soda. El reposo dominical inglés dura desde las tres de la tarde del *sábado* hasta las diez de la mañana del *lunes* , y los descansistas piensan en descansar, pero maldito si se acuerdan de Lutero, que sin cuidado les tiene toda la semana y todo el año.

De modo que si lo que se ha pretendido con el reposo dominical español es que imitemos la religiosidad inglesa, no se va á reir poco Mr. Chamberlain, que no cree ni en su abuela.

... Y VAMOS ANDANDO

Sr. Director.

Ya sabemos que no por mucho madrugar amanece más temprano; de modo que estaba muy en su punto la indicación de usted referente á que me hallase en Londres allá para el 22 ó 24, ó sea en vísperas de la coronación del Rey Eduardo VII; pero ni tiene arreglo el hormiguillo en los temperamentos inquietos, ni me era dable resistir más tiempo la tentación que diariamente, á las diez y cinco minutos de la mañana, me asaltaba al pasar cerca de casa la alegre pajarera del expreso de Dieppe-Newhaven, con sus revuelos de llamativas *toilettes*, vistas en vertiginoso torbellino á través de las grandes vidrieras del tren, y, arrastrado por sugestiva fuerza, aquí me tiene usted para lo que guste mandar.

Sin la satisfacción, verdaderamente excepcional, de los viajeros que en estos regocijados días cruzan el Canal, la travesía que acabo de

hacer sería una más en el insoportable aburrimiento que precede á la llegada á este país «monstruoso, gris y fastidioso, que exhala alrededor suyo un aire sofocante, un hastío de muerte, y que seguramente acabará por ahorcarse de algún cable colosal», como dijo Heine.

El Canal, que, según el mismo poeta, «no se ha tragado á Inglaterra temiendo que le produzca náuseas», se las produjo muy grandes, por no variar, á casi todos mis compañeros de viaje. Poco antes de llegar al embarcadero de Dieppe, un señor, perteneciente á la tan famosa como ridícula *Liga contra el mareo*, nos dió la broma de leernos la última Panacea para atajar el desarrollo de aquella misteriosa enfermedad.

Purgarse antes de salir. Comer bien antes de embarcarse. Pasearse en el puente. Acostarse, en caso de imperiosa necesidad, con la maleta en el estómago. Beber ron. Tomar antipirina. Beber agua de mar. Llevar un cinturón de franela. No mirar el mar. Llevar adherido al vientre un saquillo de sal marina. Beber una copa de Cognac. Beber una copa de Kirsch. Seguir el balanceo del buque, ora marchando, ora permaneciendo sentado. Sostenerse en el centro del barco. Meterse una piedra en la boca. Estar alegre. No leer ni escribir. Fumar. Frotarse la tripa con colodión. Llevar en la mano, mientras dure la travesía, un limón. *Etc., etc.*

Con este programita, y un poco de marejada, en seguida echa usted hasta la primera papilla que le dieron.

De sobra lo saben las mises. Sin miedo de arrugar sus efebianas *toilettes*, se acurrucan en los más abrigados rinconcitos del barco; y allí, sin chistar, con caras de vírgenes muertas, esperan la aparición de la rocosa costa británica.

Ellos, los viajeros ingleses, entretienen la travesía con sendos vasos de brandy soda, cumpliendo religiosamente la parte referente á la bebida en dicho programa de la *Liga contra el mareo*. Con calculada circunspección, no exenta de ditirambos, hablan de la paz transvaaliana, de la necesidad británica de acaparar el sur de África « para conservar el equilibrio europeo» y de que la guerra no tuvo carácter sanguinario. Hasta las balas fueron humanitarias. Algunas sirvieron de salud á los heridos.

—Ha habido casos verdaderamente milagrosos —observó gravemente un pasajero—. El doctor Tréves, de cuya competencia y buena fe nadie puede dudar, ha referido que una bala le entró por la coronilla á un boer, le atravesó el cerebro, el paladar, la boca, y fué á salirle por la base del cuello del lado opuesto.

¿Creen ustedes que murió el herido? Pues no sólo no murió de tamaño balazo, sino que no

tuvo más que un dolorcillo de cabeza y un poco de estrabismo.

—Sí—me permití alegar—: una bala así es para dejar bizco á cualquiera.

He venido, por no hacerme sospechoso, en traje de *Mafekingier*, ó sea en el que adoptó el jingoísmo inglés á raíz de la victoria de Mafeking, cuyos sitiados comían cucarachas y otros bichos de menor alcurnia zoológica. Como *Mafekingier*, gasto unas cuantas banderas inglesas en el sombrero, otras cuantas en las solapas de la americana, una en la mano derecha, otra en la izquierda, otra más en semejante sitio—y usted dispense el modo de señalar— y vengo voceando el *Rule Britannia*.

Quiero estar bien con todo el mundo en este país; lo primero, porque no sé si moriré de *beriberi*, epidemia traída por el apestoso visir del Ouganda; y lo segundo, porque no quiero que me sirvan *roast beef* canceroso. El *roast* de chino que me sirvieron en la anterior excursión que hice, aún no he podido digerirlo. Y el *roast* de cáncer es cosa corriente desde que el Tribunal civil de Leicester no halló reparo en que se expendiese al público una res cancerosa, después de recortarla y tirar la llaga.

—Yo autoricé la venta—dijo el inspector— porque los libros técnicos no se oponen.

—Sin embargo—advirtió gravemente el pre-

sidente del Tribunal—, declaro en Dios y en mi ánima que yo no hubiese comido de semciante carne.

—Es que la vendí muy barata; á 30 centimos la libra.

—Siendo así—repuso el magistrado—la cosa merecía pensarse.

Con razón se dice que todo es típico en este país.

HUESPEDES DE FUSTE

Como no aduje ningún título de parentesco con la familia Real inglesa, mal podía aspirar á que me alojasen en su residencia de *Buckingham-Palace*; y como no soy Príncipe ni dignatario extranjero, tampoco podía pretender que me diesen hospedaje en *Marlborough-House* ó en *Buckingham-Palace-Hotel*, residencias ambas de aquella casta de pájaros privilegiados en la nueva arca de Noé en que se ha transformado Londres.

En estos deleitosos sitios están, entre otros personajes, el Rey negro Lewanika, en compañía de una docenita de mujeres que ha traído para andar por casa; negrazo muy importante en las regiones situadas al Este de Zambesa; el Príncipe indio Gaypur, seguido de 122 personas, que no sé si están dedicadas á cuidar del celebérrimo diamante el Koh-i-nur, que si cae entre las manos de estos *pickpockets* desaparece más pronto que la vista; el famoso Maharajá, con su no menos famoso traje de esmeraldas, que le da

apariencias de lagarto, turbante de diamantes constelado, elegantes ánforas llenas de agua « sagrada » del Ganjes, única en que puede remojarse el cuerpo ; séquito de indios en extraños y pintorescos trajes de llameantes colorines, y una caja conteniendo 19 millones oro « para gastos de viaje » ; otro Príncipe indio, el Maharajá de Gvvalior, con séquito no menos brillante ; el Rajá de Kohlpum, y Sir Jamsetjee Geejeebhoy, supremo jefe de la religión y de la casta de los Parsis.

Á fines de marzo, el Shah de Persia, creyendo que no podría asistir á la coronación de Eduardo VII, dirigió al pueblo ingles el siguiente mensaje :

« Siento mucho el tener que causar una decepción al pueblo inglés. Yo hubiera querido que se me viese en la recepción que se prepara. Pero no hubiera podido hallarme en Inglaterra á tiempo para asistir á la coronación, y, por otra parte, no querría yo que S. M. retardase la ceremonia por esperarme. »

La Prensa inglesa sonrió... *The Globe* dijo :

« El Shah de Persia puede estar tranquilo. La coronación no será aplazada por esperar á S. M. »

Y S. M. el Shah asistirá *en berlina*.

Otros personajes de marca son los yanquis millonarios.

«El Rey ha decidido que no se admita en la fiesta de la recepción á los americanos, sin excluir siquiera á los que tienen la pretensión de venir con trajes suntuosos y collares de perlas y diamantes. Es reducido el espacio en la abadía de Westminster. El contribuyente inglés pagará los gastos de la ceremonia de la coronación, y mientras haya un contribuyente inglés sin puesto en la fiesta no debe darse entrada á los representantes, machos ó hembras (*sic*), de la *cameloteria* extranjera. El acuerdo del Rey en este asunto es tanto más plausible cuanto que los americanos que, á causa de ciertos parentescos, se creían con derechos á asistir á la coronación, no se ocultaban para sacar anticipadamente á pública subasta y proponer á los mejores postores sus hipotéticas entradas á la abadía de Westminster.»

Este tendencioso suelto del *trust* produjo en Nueva York un efecto más terrible que el que hubiese producido nuestro *Carlos V* yendo, con «aire marcial y gallardo,» á bombardear aquel puerto. Consternáronse los yanquis y pusieron en juego sus acreditados cheques. El resultado fué sorprendente y no pocos archimillonarios de la República de la Unión asistirán al acto de coronarse Eduardo VII. En primer lugar, el asistir á tal acto se calcula que costará unos diez mil dollards (y no digo duros porque el cambio

los parte por el eje) entre trajes, hotel, carruajes de gala, sitio para ver la procesión, etc., y es claro que aun en este país, con ser tan rico, no abundan los personajes que tienen gusto en derrochar diez mil dollars en unas cuantas horas.

Además, los ingleses han terminado por compadecerse de los yanquis. ¡ Han pedido, y suplicado, y pordioseado tanto el honor de asistir al acto de la coronación ! Para ver tal situación, en verdad que no valía la pena de que naciese Washington.

Hasta los *pickpockets* se han reído de los yanquis. Unos cuantos de estos caballeros de industria sacaron instantáneas de las mejores casas de la carrera que seguirá el cortejo Real, y con las vistas fotográficas se fueron á Nueva York á alquilar puestos en miradores y balcones.

El timo resultó admirable, porque no pocos *primos* de Eduardito *pour les dames de Paris* dieron respetables sumas por balcones... fotográficos, que ahora les han convencido de que va mucho trecho de lo vivo á lo pintado.

De 100 á 300 chelines se paga corrientemente por cualquier sitio de la carrera procesional. Al clero, privilegiado en todas partes, se le descuenta el 10 por 100 « para sostener á la Iglesia ». Cerca de 1.500 dollars se ha pagado por el

alquiler, durante dos días, el de la coronación y el siguiente, del piso que habitó Byron en Saint-James Street.

Y cuenta que quien subarrendó el piso no tenía la menor noticia de que en él vivió el autor de *Childe Harold*. Si lo sabe, rebaja el precio...

DE CALZÓN CORTO

La lectura del HERALDO llegado hoy á París con nuevos incidentes relativos á una ya antigua discordia de dos amigos míos muy queridos, me confirma una vez más en las bellas dotes de carácter que me adornan, así como también en la necesidad de apreciar todos los sucesos de la vida con amplio espíritu de filosofía.

— Jóvenes incautos — nos decía nuestro profesor de Seminario, el reverendo padre jesuíta Abad — : no os acostumbréis á ver el mundo por un agujero...

Llevaba razón el reberrendo. Así, en cuantas cuestiones me buscaron, contra toda mi voluntad, que es transigente y suave de suyo, las personas que he tenido el disgusto de ir conociendo, siempre me interesó saber qué opinaban de mí y de la cuestión los vecinos de un pueblo que no fuese el pueblo donde yo residía á la sazón. Si la cuestión es en Asnieres, no me preocupa lo que digan de mí las personas que conozco y

trato, bien á mi pesar, por cierto, sino lo que digan de mí, por ejemplo, en Varsovia ; resultando, ¡ ay !, que en Varsovia no saben palabra de la cuestión ni de mi existencia en el globo terráqueo. Acto continuo deduzco que la cuestión no tiene importancia para los polacos ; por lo que no vale la pena de pasar malos ratos por ella.

— Jóvenes incautos : no os acostumbréis á ver el mundo por un agujero...

La única vez que me arranqué yo mandando padrinos, á un señor que me quiso atizar un garrotazo que dió en un escaparate del fotógrafo Otero, resultando que este señor pagó los vidrios rotos, tenía yo la más completa convicción de que todo Madrid estaba enterado de este incidente, tanto más cuanto que lo publicó *El Progreso*, de Solis ; iba yo contoneándome fieramente por la calle de Alcalá, y me parecía notar en todos y cada uno de los transeúntes miradas de inteligencia, como si quisieran decirme :

— Ya, ya sabemos que mañana mata usted á ese caballero.

Al dia siguiente, cuando el caballero me hizo el gran favor, que nunca olvidaré, de no aceptar mis padrinos, librándome así de pasar otra noche en vela y otra mañana descerrajando tiros con unos horrorosos pistolones que había en Recoletos, volví muy ufano á recorrer la calle

de Alcalá esperando recoger felicitaciones de todos. ¡Qué decepción la mía al descubrir que nadie estaba enterado del asunto y que les importaba un comino á las personas á quienes lo contaba yo mismo, dándoles lata!

Lecciones así, de experiencia amarga, son muy saludables. Por eso, mientras mis citados amigos rompen nuevas lanzas por una cuestión que hubiera yo zanjado á pocos centímetros de distancia de monumental carabina rellena de paella — y esto no tanto porque mi temperamento sea una malva, sin rosa, sino porque no gusto de darlo á pelafustanes — ; yo, no ocupándome de las mil y una cuestiones que tengo pendientes, me hallo enfrascado en el estudio del calzón corto que luciré en el *State Ball* que tendrá lugar en Buckingham-Palace. Claro que tampoco sabrán en Varsovia del calzón corto que luzca yo en dicho *State Ball*; pero como representaré allí al HERALDO quiero dejar bien puesto el pabellón ó el calzón. Ya me envió modelos nuestro activo corresponsal en Londres; pero mucho me temo que esté poco fuerte en materia de calzones. Los indicados, que tienen en revolucion al Gobierno y los personajes de París, son de raso negro, calzón bombacho y sujeto al nacimiento del muslo — tomando el nacimiento de abajo arriba — por una hebilla de plata.

No; yo no me decido á dar golpe con esos calzones. La prueba de que son más femeninos que masculinos, es que, según dicen de Londres, una chistosísima equivocación, muy reída por el Rey Eduardo — que es un *vieux marcheur*, como le llama *Le Cri de Paris* — dió lugar á que se enviase á dos duquesas y una condesa una invitación para que vayan al *State Ball* « con calzón corto ».

Viens, Mimile, viens Mimile, viens;
en chœur t'acclameront
les habitans d'London !

le cantan á Loubet en los bulevares.

Y á mí también me aclamarán los habitantes de Londón, porque yo. con calzón corto, seré lo que habrá que ver en Buckingham-Palace.

EL ALMA INGLESA

La coronación de Eduardo VII viene precedida de una serie de festejos capaces de descoyuntar á un Hércules. Las fiestas francesas de caridad, bajo el patronato de SS. MM. británicas, han sido un acontecimiento aristocrático, y, las fiestas que tuvieron lugar en Earls Court, batalla de flores en carrozas, en automóviles, en velocípedos, en el lago de Queen's Court, función dramática y cortejo histórico y mascarada carnavalesca, dejaron tronzadas á no pocas *misses*.

Calcúlase en un millón el número de provincianos que vendrán á la coronación, y en 300.000 el número de ambulantes que pernoctarán en el arroyo la víspera de la celebración de aquella ceremonia, que, arqueológica y heráldicamente considerada, ha de ser maravilla medioeval, con hombres y mujeres ataviados á la antigua usanza, con mantos de oro y púrpura en coruscantes carrozas de gala.

La histórica abadía de Westminster es el foco

de luz donde convergen las miradas de la población flotante, que en torrentes viene de día en día á acrecer los seis millones y medio de almas que normalmente tiene Londres ; la abadía de Westminster, fundada por Eduardo el *Confesor*, señorial y tétrica por fuera, vestida de púrpura por dentro, en cuyos alrededores se alzan caballetes, galerías de madera y otros tablados para los que van á palmear al Rey allí mismo donde se exhibieron terroríficas y exangües las cabezas de Carlos I y el gran Cromwell...

La plebe dominguera, ganosa de lucir trapitos de cristianar, ha encontrado facilidades para hacerse ropa en los clubs llamados de la coronación ; y mediante el pago de seis peniques por semana los socios y las socias de dichos clubs vestirán de nuevo el día de la gran ceremonia.

De Londres si que cabe decir que arde en fiestas. Las deportivas, naturalmente, no habían de relegarse al olvido en el país clásico del *sport*, y *The National Sporting Club* ha combinado *matches* sensacionales entre ingleses como Tommy West y americanos como Fetzsimmons y Corbett.

Después de la coronación, los ingleses podrán preguntarse, con lord Palmerston, si la vida no sería soportable sin los placeres...

Hermoso espectáculo de un pueblo que, sin hacer gran caso de la forma de gobierno, se

agrupa alrededor de su Rey, porque el Rey encarna todas las aspiraciones y todo el poderío de ese mismo pueblo, y que, sin rendir fervoroso culto á la poesía, transforma un poeta, *su* poeta, en institución, porque el ritmo personal de Ruddyart Kypling entraña el victorioso canto del imperialismo británico.

¡Cuánta delicadeza en el homenaje de esas *misses* que se peinan para el Rey las áureas cabelleras, deseando parecer más bonitas el día de la coronación! ¡Cuánta delicadeza en el homenaje de esas aldeanas que han dejado de seguir «el brillante río que perezosamente se arrastra á través de las espesas viñas entrelazadas, y de oir el rodar de las aguas por entre trenzadas guirnaldas del divino acanto», para ver los purpurinos paños de la basílica de la abadía de Wetsminster y oir los cañonazos que dispare la Torre de Londres en honor del Rey!

Taine dijo de Tennyson que al leer sus versos se podía oir la voz del patriarca de la familia rezar la oración de la tarde ante los suyos arrodillados.

En el mundanal bullicio de Londres por la coronación de Eduardo VII hay también algo de vespertina plegaria del alma inglesa...

LA PIEDRA DEL DESTINO

Kypling vive en las tradiciónes de este gran pueblo berroqueño. Su lira tiene rudezas como la de la tradicional *piedra del destino* que forma la silla de la coronación.

Cuentan añejas crónicas inglesas que la piedra del destino sirvió de cabecera de la cama del patriarca Jacob, quien, por lo visto, tenía la cabeza á prueba de dolores y contusiones, y que el griego Gatelo la llevó á España cuando fundó la villa de Compostela, para administrar justicia sentado en dicha piedra, que también sirvió á los Celtas para proclamar sus reyes, dice un historiógrafo, cuando el mundo estaba cubierto de bosques y los hombres andaban en cueros.

Como se ve, es una piedra historiada y de mucha historia. España hizo mal en desprenderse de este talismán « que hace gran conquistador de tierras á quien la posee. » y que « suena armonosiamente cuando un príncipe de la sangre, heredero legítimo, se sienta en ella,

permaneciendo muda cuando quien se sienta es un usurpador del trono. »

Pero España la soltó, y de allí fué á Irlanda, y luego á Escocia, cuyos reyes la adoptaron para la coronación, porque la tal piedra tiene verdadera vocación á las posaderas reales. Por ùltimo, Eduardo I, que, como buen inglés, arrambla con todo, cargó con el susodicho adoquín y lo encerró en Westminster.

Otras muchas cosas notables se cuentan de esta piedra, que yo no he visto y no pienso tener el honor de ver, porque para mí una piedra por muy planchada que esté por un trasero regio, es una piedra.

La corona es una maravilla, con un grueso rubí, un grueso zafiro, sesenta zafiros de menos tamaño, once esmeraldas, otros cuatro rubíes, mil trescientos setentitrés diamantes-brillantes, mil doscientos sesentitrés diamantes-rosas, mil cuarentisiete diamantes de otras clases, cuatro perlas gordas, doscientas sesentitrés perlas de menor categoría. Dicen que la corona, que pesaba una barbaridad, ha sido modificada ó aligerada. Yo no doy fe de ello, porque me pasa con esta corona lo mismo que con la consabida piedra del destino.

De regreso á casa, de noche, con el corazón henchido, no sé si de tristeza por el espectáculo de tanto poderío, voy leyendo las artísticas

páginas que Ricardo Burguete ha dedicado á Cuba y Filipinas.... últimos restos del imperio colonial de España.

Si, Burguete amigo, también España tuvo la piedra del destino, la silla de la coronación y una corona muy pesada. ¿Recuerdas el paralelo de Tarde?

« El descubrimiento de Cristóbal Colón, que hizo océanico, de mediteráneo que era, el comercio internacional, favoreció, en primer término, á España, surgiendo entonces el maravilloso imperio español, al que no se acerca en poderío el imperio británico, que no existiría sin aquel, con cuyos despojos y ejemplos se hizo. La marina de Isabel es imitación de la *Armada* de Felipe II. Nada más deslumbrador en la historia que la dominación universal que ejerció la gran Península y nada más propio á destacar la vanidad de las explicaciones sacadas de la raza, el clima, las fatalidades psicológicas. ¿El pueblo marino y colonizador por excelencia, en el siglo XVI, el pueblo emprendedor é iniciador era Inglaterra? No. Inglaterra era el último pueblo de Europa en la carrera colonial. Distinguíase entonces, como en la Edad Media, por su rutina y la timidez de su cabotage. Léase lo que Thoroed Rogers escribió á este propósito. Tan poco industriosos eran los ingleses, que no sabiendo tejer las lanas expedíanlas á Irlanda

para la fabricación de los trajes que usaban. El pueblo inglés era el más atrasado que se ha visto, más cerrado y *murado* en sí mismo que la pobre España de ahora, y la España de entonces era la raza innovadora y civilizadora *entre todas*. Los filósofos hacían honor á la energía constitucional del pueblo español, á la gravedad de sus costumbres, de su adoración, de su fe religiosa, de su *carácter*, en oposición de la frivolidad turbulenta de la ingobernable nación inglesa. En dos siglos, y hasta puede decirse que en un solo siglo, los papeles de estos dos pueblos similares se han trocado del todo en todo.»

Si. Mientras un indio decía á Hugues Le Roux: «¿Qué vas á hacer de tus hijos?; yo, en tu lugar, los haría ingleses,» las escuelas de Londres están llenas de niños españoles, de Bilbao, Barcelona, *etc*, que han venido á *inglesarse*.

¡Ah, esa piedra del destino! ¿Por qué permitió España que la sacasen de su suelo?...

UN GLOBO PESADO

Para quien conozca las costumbres y el carácter de Eduardo VII, no puede caberle duda que está pasando una temporadita en Montjuich. Por de pronto, hace meses que vive en maniquí. El duque de Norfolk, á quien también hay que compadecer, le viste y desviste varias veces al día — en maniquí de cera, por supuesto — para adiestrarse en hacerle lo mismo — ¡ cuánto honor !... el día de la coronación. Otro maniquí, aunque de carne, es un guardia de Orden público, que hace tiempo viene obligado á hacer de rey en la abadía de Westminster. Le izan hasta un trono de cartón, le sientan en una silla que semeja la de la coronación, y le corona un sacerdote, que, á pesar de su mansedumbre evangélica, también está bastante cargado.

No sólo tiene Eduardo VII que enterarse de cómo va el maniquí del de Norfolk, y de qué tal pinta la cigüeña el consabido guardia, sino que también se entera de cómo andan los ensayos

de sus caballos *cream*, que tirarán — ¡ cuánto honor!... — de la carroza Real.

« Dichos caballos *cream* — ha dicho *The Globe* — están condenados á hacer diariamente ensayos que los habitúen á las manifestaciones populares, al ensordecedor ruido de las músicas en general, y de los grandes tambores en particular. Enganchados á un pesado coche que representa la carroza de gala, se les pasea todas las tardes entre doble hilera de empleados y criados de la Corte, todos los cuales soplan trompetas, tocan furiosamente tambores, lanzan formidables hurras y agitan pañuelos. »

¡Pobre Eduardito! Una caricatura parisiense le representa tripudísimo, con la corona embutida, el cetro en la mano derecha, el globo en la izquierda, tamaño habano en la boca, mientras un negrito, de rojo vestido, le sostiene la cola del regio manto. ¡ Pobre Eduardito!..

En vano ha pretendido desarrugar la cejijunta ceremonia. Se ha negado á que lord Roberts, compitiendo con Wellington, en ausencia de lord Kitchener, « escolte gravemente la sopa y la carne Reales » en el gran banquete de Westminster; á que sean grandes señores del reino quienes le sirvan en platos de oro, y á que otro duque de Argyll, de rodillas ante su Real Majestad, le escancie añejos vinos en argentadas copas, todo lo cual se hizo con el beneplácito de Jorge IV.

No le ha parecido bien que se renueve la humillante escena á que dió lugar, cuando se coronó Victoria, el tesorero de la Real Casa, lanzando al higuí conmemorativas medallas de oro y plata que los *aldermen* recogieron poniéndose en cuatro patas, mientras algunas *misses*, olvidando el pudor británico, se alzaron las faldas para recibirlas. Ha rechazado, en fin, la quijotesca ceremonia del campeón del rey, campeón que, saludado á son de trompetas, por tres veces arrojaba su guantelete á tierra, declarándose presto á combatir sin merced á quienquiera, grande ó pequeño, que pretendiese negar la legitimidad del título al rey coronado »; y ha rechazado Eduardo VII esta ceremonia, no sólo porque en 1820 hizo reir el campeón, aunque armado de todas armas, y de pies á cabeza, sino también porque el Rey, que en el fondo de su alma es un *parisien parisiennant*, sería el primero en reir de ella. « Hay que modernizar estos actos », ha dicho.

Exquisito dicen que será el banquete en Buckingham, después y á seguida de la coronación; pero¡ con qué mejor gana no volvería el ex Príncipe de Gales á inaugurar el Anfitrión-Club de Londres, comiendo á la buena de Dios con once amigotes, cuyo gasto no pasó de la modesta suma de *doscientas quince libras esterlinas!* Muy majo dicen que está Eduardo VII con

jubón de paño de oro y purpurino manto; pero no me atreveré á jurar que, imitando á Jorge IV, no se despoje de tan ricas prendas, después de la coronación, para pasearse desnudo en sus habitaciones, con el habano en la boca y la corona en la testa; ó que, imitando á la Reina Victoria, no deje de prisa los chirimbolos de majestad para bañar un perrito.

— ¿Qué debo hacer con *esto?* — preguntó la Reina Victoria á lord John Thynne, señalando el globo.

— Vuestra Majestad debe llevarlo en la mano.

— Bien está. Pero... ¡es tan pesado!

Más pesado ha de parecerle á su hijo Eduardo.

Ruego al lector que no crea que yo también estoy vendido al oro inglés, con el cual pasa lo propio que con el jesuitismo, que está en todas partes y en ninguna se le ve. Yo tengo que decir que Eduardo VII es un gran tipo, porque lo es

—¿Sabe usted, milor, lo que acaba de decirme el distraído marqués de Salisbury á propósito de usted? — preguntó Eduardo VII al anciano obispo de Londres — Pues, señalándole á usted, me preguntó: «¿Quién es ese *joven* eclesiástico?...» Pero no se asombre usted, milor, de las distraciones del marqués. Recientemente le envié el último retrato que me he hecho, y, después de mirarlo despacio, exclamó compasivamente: «*¡Pobre viejo Buller!...*»

En una *soirée* burguesa, un sastre enriquecido y advenedizo dijo á Eduardo VII :

— En la concurrencia hay de todo esta noche, sire.

— ¿Qué le hemos de hacer? — le contestó afablemente el Rey. — Todos no podemos ser sastres.

« Eduardo VII tiene la particularidad de ser, en el fondo de su alma, el más escéptico de todos los anglosajones. Si se prepara á ir á Westmins-con gran cortejo, pares y *paresas*, heraldos de armas y capellanes y funcionarios y soldados, no da grande importancia á la solemnidad. Á duras penas mantendrá su gravedad ante ciertas formalidades que chocan demasiado con el modernismo, muy avanzado, de su espíritu y con las familiares prácticas que saboreó antaño. Con mucho cuidado ha suprimido todos los detalles que podrían retardar su cena el día de la coronación; pero, como es persona de gusto, ha examinado personalmente el orden de la fiesta y el bello espectáculo de la misma. »

Lleva razón Paul Louis, de quien son las precedentes consideraciones de la *Revue Blanche*. Así, como un Loubet... muy *chic*, es el actual Rey de la nación más fuerte y rica del mundo.

Cuentan que la Reina Victoria, terminada la ceremonia de su coronación, se fijó con deleite en un rayo de sol que se detuvo, jugueteando,

en las piedras preciosas de la Real corona. ¡Quién sabe si Eduardo VII, después del ceremonial, se detendrá con deleite en alguno de los palmitos que han venido de París á recordarle mejores tiempos, aquellos en que el Príncipe de Gales, huyendo de la morriña dominical de Londres, cruzaba el Canal con una maletilla de estudiante y un sombrero de paja, que solía quedarse bajo la mesa de algún restaurant nocturno!...

COLOSAL

Esta carta de nuestro compañero Bonafoux fué escrita y depositada en el correo antes de que hubiera el menor indicio de suspender las fiestas. Nota del HERALDO.

Y á todo esto, me dirá el lector, ¿cómo está Londres?

Le diré á usted. Londres, que normalmente es una boa, que se engulle cuanto se le pone por delante, cementerios inclusive, se va transformando, con ocasión de estas fiestas, en monstruosa Babel de ocho millones de habitantes. No es ciudad; es infierno, gigantesca caldera donde se cuecen todas las razas del planeta.

¿Y la perspectiva? Por sabido se calla que Londres, exceptuando algún que otro trecho moderno ó modernizado, á pesar del respeto que Inglaterra tiene á la tradición, no es bonito como ciudad, sino más bien monumental y grandioso. Como feo, en la mayoría de sus barrios, sucio, y grisáceo, y tristón, y *desabrío*... Ciudad única, *aparte*, en su género, como

Venecia en el suyo; ciudad de casas con fosos y verjas que las dan aspecto de prisiones, y en la que todo cuanto se construye, aunque haya de vivir pocos días, como las tarimas para los espectadores de la procesión regia, parece que entraña el propósito de hacerse perdurable. Á las escaleras de hierro ó de goma; á los pasamanos de cobre embutido en madera; á los monumentos y edificios públicos con argollas, cadenas y cerrojos descomunales; á los globos de luz eléctrica sujetos de macizas pilastras con enormes y férreos dientes, hay que añadir en esta ocasión una barbaridad — no hay palabra que exprese mejor la idea — de potentes y desgarbadas tarimas destacándose en el fondo de plazas y calles, en cuyas negruzcas casas, olientes á brea, dejó la tempestad de nieblas, en los tres días que duró el año pasado, una corteza de seis toneladas por kilómetro cuadrado, compuesta de 40 por 100 de materia mineral, 36 por 100 de carbono y 24 por 100 de ácido sulfúrico.

Pero el movimiento es vida, aun á través de negruras; y como movimiento nada igualará á estas fiestas, con motivo de las que almorzarán bien, acaso por la primera y única vez en su vida, diez mil criadas, invitadas por la Reina Alejandra, y comerán, en los parques de esta ciudad, quinientos mil pobres, invitados por el Rey Eduardo.

Estas manifestaciones son sencillamente colosales, y tendrán inusitada brillantez con el paso de doscientos cincuenta mil jinetes con blancos albornoces y llamativos turbantes; ochocientos cincuenta soldados indios; y soldados de Australia, del Canadá, del Natal, de Hong-Kong, de Wei-Hai-Wei, de la Rodesia, de las Indias Occidentales, de todo el mundo, en fin, siendo así que Europa ha mandado Delegaciones militares de los regimientos en que figura Eduardo VII como coronel honorario; y el conjunto de europeos, americanos, africanos, asiáticos y australianos será, sin duda, lo más abigarrado y majestuoso que hayan visto los tiempos.

Colosal en tierra. Colosal en mar, en Spithead, en cuyas aguas el Almirantazgo británico va á reunir en naval revista 21 acorazados, 26 cruceros, 17 cañoneros torpederos, 10 navíos escuelas y bricks, 28 contratorpederos, 7 torpederos, 13 navíos entre yates y otras embarcaciones : ¡ 122 navíos de guerra !, ¡ 200 mercantes !

¡ Colosal ! Y más colosal é inverosímil que todo este prodigioso alarde de fuerza, será el espectáculo que den los revolucionarios del mundo, los expulsados de todas partes y asilados en Londres, discurriendo tranquilamente por calles repletas de Príncipes y altos dignatarios, por Ludgate Circus, donde una inmensa corona imperial se halla suspendida en el aire,

sin protestar ninguno de ellos contra el Monarca, porque el Monarca es menos autoritario que el presidente de una República, siendo, en suma, un intendente moderado en su propia casa y un amigo para los que vienen de fuera en busca de refugio...

PERITIFLITIS

Después del nocturno *God save the King*, briosa y religiosamente salido de todos los pechos de Londres, la ciudad empezó á desperezar sus anillos de sierpe á través de amarillenta neblina saturada de polvo removido por dieciséis millones de pies y bajo avinado sol, del que podría decirse que pasó la noche de bar en bar, bebiendo á la salud del Rey y á la gloria de *Greater Britain*, de la « más grande Inglaterra », cuyas tropas iban á ser saludadas por inmenso hurra salido de dieciséis millones de gargantas

El espectáculo prometía ser único en el mundo. Cortejo de Reyes, Príncipes, personajes mitológicos como el rajá de Kolhapur, descendiente directo de la luna, y como el representante del emperador Menelik, el príncipe Makonnen, destacando gigantesca estatura, atlética complexión y fiero continente bajo las enormes alas de un sombrero de gaucho. Una trepidación tremenda, como la del volcán Pelée, sacudía la ciudad de

extremo á extremo. Una avalancha de gentes de todas clases y de todos países corría hacia los triunfales arcos, hacia la estatua de la Reina Victoria en Blackfriars, hacia los alegóricos motivos de la *Paz* y la *Victoria*, hacia los leones de Ludgate Circus, hacia la corona recordatoria de la majestad del Imperio, hacia los emblemas que ondean en el Strand, Fleet street y Saint-James street.

Al lado de la nota grave, solemne, majestuosa, había notas infantiles que resultaban cómicas. Obreros que levantaban en vilo á sus hijos para que alcanzasen á besar los trofeos de Albión, las enormes y desgarbadas banderas que cuelgan desairadamente, como paños rojos de sangre que estuviese oreándose al sol; gentes que vitoreaban, palmeaban, reían, aullaban, que imitaban clownescos gestos, que se empapaban de alcohol por todos los poros de sus hidrópicos cuerpos; y, á última hora, lo de siempre, lo eterno, miles y miles de parejas perdiéndose amorosamente al clarear el alba...

¡Todo acabó! Una enfermedad física, una porquería de la piltrafa humana, una peritiflitis — que en este caso es la enfermedad de lo que no puede decirse — ha atajado la coronación del Monarca más fuerte del mundo, el más lucido cortejo de príncipes y dignatarios, el sol, que no se pone en los dominios británicos, todas las

alegrías, todas las risas, todas las satisfacciones de un corazón nacional pletórico de orgullo, y al caer esta tarde memorablemente triste para el pueblo inglés, en nublosas calles fatídicamente salpicadas de amarillento polvo, que semeja polen de una gran flor deshecha, de raro en raro aparece lamentable la silueta de un soldado procedente del Transvaal, cojeando majestuosamente la victoria, y con una lágrima de ira y decepción brillando, como relámpago fugaz, en los ojos de bruñido acero...

En la noche que siguió á la catástrofe, hordas humanas treparon por los mástiles, arrancando y repartiéndose los emblemas que los mismos ostentaban, y que especuladores callejeros cargaban en carretillas tiradas por asnos, para vender dichos despojos como recuerdos dolorosos de la malograda fiesta de la coronación ; y resultaba siniestro y trágico el desfile de gentes con coronas y flores de trapo y porcelana, á la luz de tétricos mecheros y pisoteando hojas secas, como á la salida del cementerio un día de difuntos.

EL CULTO AL REY

Una cosa es escribir de memoria y otra cosa es escribir documentado. Cronistas parisienses, como Ludovic Naudeau, el mismo escritor que refirió en *Le Journal* que ya no quedaba una rata con vida en Barcelona cuando lo de la huelga general, escribe, ó da á entender, que lo que importa principalmente al pueblo inglés es la coronación, por la juerga y borrachera que trae consigo una fiesta de tanta magnitud, y de ningún modo por *the King* (el Rey).

El pueblo inglés no necesita de coronaciones ni de otro pretexto para emborracharse. Aquí todo el mundo tiene el valor de su *pítima* correspondiente; y si en alguna parte es excusable el exceso en la bebida, es en este país, cuyo clima sólo es tolerable cuando se le ve á través de una botella de brandy.

No. El pueblo inglés ama á su *King* porque sí, porque le quiere muy de veras, considerándole de su familia, el gran papá de todo el mundo.

Puede que responda esto á las consideraciones psicológicas de Paul Louis—que por cierto resultó en una de mis anteriores crónicas Paul *Socias*, muy señor mío, que no sé quién es—; pero el hecho, sea cual fuere su origen, es innegable. Como tiene que haber de todo en un Londres con seis millones y medio de habitantes, también hay antimonárquicos; pero pueden contarse los devotos del republicano *Reynolds*.

Al hablar del amor de Londres á su *King*, no me refiero á los personajes, lo que llamamos clases directoras y esferas oficiales, puesto que las tales esferas, aunque sólo sea por la cuenta que les tiene, son monárquicas donde quiera que hay Monarquía.

Me refiero, sí, á la Prensa, en general, que con sincero afecto sigue la enfermedad del Rey minuto por minuto, pudiendo seguirla así porque en Londres no pasa lo que en París, cuyos periódicos se eclipsan á las ocho de la mañana, y después, aunque reviente el Pelée, no vuelve á salir ninguno hasta que aparece *La Patrie*, de tres y media á cuatro, con algún infundio horroroso, y de cinco á cinco y media el grave *Le Temps*... con las noticias que *The New-York Herald* publicó por la mañana. Cosa sabida es que en Londres, aun en tiempos normales, no pasa una hora sin una nueva edición de algún

periódico, las cuales, con motivo de la enfermedad del Rey, se tiran cada diez minutos.

Y hay que ver el amor, verdadero amor, con que el pueblo las espera y el recogimiento que demuestra al leerlas. Los dueños de los kioscos de periódicos salen de sus mostradores con tamañas brochas y pucheros llenos de engrudo, y pegan á las puertas de los kioscos papelitos con las noticias que van llegando referentes al Rey.

Anuncios y avisos de esta clase los hay en todos los muros de todas las calles, y empleados y obreros, al salir de sus tiendas y talleres, los leen cuidadosamente y en voz baja los comentan con el más profundo respeto. La propietaria del hotel donde vivo, señora que parece un monstruo marino pescado con arpón, desarruga su monumental entrecejo y se le alegra la rocosa cara para darme diariamente, con los buenos días, la noticia de que el *King* está mejor. Y como si obedeciesen á una consigna, ponen cara de pascua todos los huéspedes, que estaban tristes y hablaban en voz baja, como si hubiesen obedecido á otra consigna, cuando murió la Reina Victoria.

Si esto es así; si esto es la pura verdad, ¿por qué no decirla? Cada pueblo monárquico tiene su modo de rendir culto al Rey. Un madrileño, alfonsino, me dijo anoche:

—Ya estoy de *King* y de coronación hasta la coronilla.

Á lo cual no pude menos de contestarle :

—Pero si no es el *King* de usted, sino el de los ingleses, ¿qué le importa á usted que le amen y respeten? ¿Le va usted á mantener?...

LA JUERGA INGLESA

Nunca he podido explicarme que descendiendo yo de americanos latinos, me halle absolutamente desprovisto de la solemnidad erudita, y á veces asnal, tan propia de americanos, para discurrir, ó cosa así, sobre las graves cuestiones que interesan á este planeta, que maldito lo que me interesa á mí, aunque soy vecino y contribuyente. Cuando llegue el momento histórico, todavía lejano, de que me juzgue y sentencie la posteridad, que me interesa bastante menos que el planeta, es indudable que los Reclus de entonces tendrán que declarar, por lo que á mí toca, que el Garona suele poder más que el Amazonas.

Imagine usted, amigo Sr. Abascal, por cuyas pecadoras manos pasaron tantos artículos míos sobre la cuestión angloboer, artículos que usted publicó—y que fueron traidoramente « fusilados » por gentes que no se contentan con pellizcarme el cútis y también me pellizcan los artí-

culos— y tantos otros no publicados por usted, que dediqué á la misma cuestión; imagine usted, amigo Sr. Abascal, qué pisto no podría yo darme en este momento transvaaliano si tuviese la consabida solemnidad asnal que adornó á varios de mis ilustres ascendientes.

Gracias á usted, hasta cierto punto, y... á *El Pueblo*, que me permitió el alto honor de declararme cafre honorario en la susodicha cuestión, pude entonces, á los comienzos de la guerra, cuando el vulgo de los periódicos hablaba de la ruina del poderío británico y decía otros disparates de tanto calibre, hablar como un libro; sí, señores, no sólo en lo que atañe á la finalidad y el fin de la guerra, sino también en lo relativo á señalar de qué lado, en la contienda angloboer, debíamos ponernos los « exaltados », habiendo tenido yo el honor de que más tarde coincidiese conmigo un espíritu tan revolucionario como Urbain Gohier

Por cierto, y va de inciso, que *El Motín*, en reciente artículo, increpó á Malatesta por defensor de los ingleses contra los boers; y no hay tal, amigo Nakens. Malatesta siempre defendió á los boers contra los ingleses en folletos y periódicos, como en discursos, entre otros, el último que pronunció en el mitin de los tradeunionistas, y más de una vez hemos disentido en apreciar esta cuestión, lo cual prueba que Mala-

testa piensa como le da la gana, y que yo también pienso como me da la gana.

¿Qué duda cabe de que si algún periodista puede presumir de *Zaragozano* internacional, y ahuecar la voz, y toser, y esperar la Orden que se da á los sabios españoles en recuerdo de Alfonso XII, ese periodista soy yo? Pero mi escasa seriedad lo echa todo á perder. (Fíjese el lector en que este modo de decir es una figura retórica, en cuya virtud va uno dándose el correspondiente bombito, pero haciendo ver que no se lo da.)

¡Ah, señores! ¿Qué creerán ustedes que ha llamado mi atención en los numerosos cablegramas que describen la impresión producida en Londres por la terminación de la guerra del Transvaal?

¿La solemnidad parlamentaria, que, según dicen, es la más grande que se recuerda en un siglo?

¡Ca!... Lo que llama mi atención de hombre superficial son estos dos cablegramas que publica *L'Éclair:*

« *Londres, 2 junio.* — Las calles rebosan de manifestantes. Las casas ostentan colgaduras é iluminaciones. El servicio de coches está desorganizado. La borrachera empieza á dejarse sentir. La Policía es impotente para mantener el orden. Mujeres casi ébrias bailan desen-

frenadamente en las calles y se echan en los brazos de los hombres. »

« *Londres, 3 junio.* — La animación ha continuado en las calles hasta hora muy avanzada de la noche, transformándose en vasta orgía. Las mujeres son detenidas al paso, cogidas y besadas por jóvenes chulapines. Parejas de hombres y mujeres organizan en las calles gigas frenéticas. »

De modo que también en la grave y púdica Albión todas las manifestaciones de la vida, hasta el recuerdo de cien mil hombres muertos en los campos de batalla, se reducen á una juerga monumental y vienen á parar en... lo que contestó cierto penitente al cura que le confesaba.

Decididamente hay que cambiar este estado de cosas. Cada vez me siento más llamado á formar el gran partido cafre, y no dudo que cuando vuelva á España conseguiré fácilmente numerosos adeptos entre mis amigos y conocidos.

LO LLORABLE

Alguien ha dicho de los poderosos del planeta, que atraen como el rayo. En estos funerales de una coronación regia, todo el mundo, así el británico como el extranjero, mira con lágrimas en los ojos el misterioso palacio de Buckingham, detrás de cuyos muros está pasando algo terrible, agigantado por enigmático silencio ; se conduele por el Rey, llora por él y por él reza...

Otras almas lamentan la decepción que han sufrido el Zarevich, los duques de Aosta, el archiduque Francisco Fernando de Austria, el Príncipe y la Princessa Enrique de Prusia, el Príncipe heredero de Siam, el Príncipe heredero de Grecia y la Princesa de Grecia, el Príncipe de Asturias, el Príncipe Alberto de Bélgica, el Príncipe de Mónaco, el Príncipe Komatsu del Japón, los Príncipes Jorge, Nicolás y Andrés de Grecia, el Príncipe Danilo de Montenegro, el Príncipe Makonnen, el Príncipe Mohamed-Alí de Egipto, el Príncipe Chau de China y más Prín-

cipes, muchos más Príncipes, en honor de los cuales iban á celebrarse tantas y tantas fiestas, que al fin se redujeron á una comida en el palacio de Buckingham; triste y taciturno banquete de un palacio, en cuyo comedor aparecieron de pronto las tres fatídicas palabras del banquete faraónico...

Y como cada hombre mira con sus ojos, yo miro hacia las desarrapadas familias que fueron expulsadas de sus tugurios por implacables caseros, ganosos de alquilarlos á buen precio; miro hacia las infelices obreras que, con sus chiquillos á cuestas, han tenido que andar millas y millas, del taller al hogar, porque la escandalosa subida en el precio de los ómnibus las obligó cruelmente á volver á pie, extenuadas por el cansancio de muchas horas de asidua labor en la asfixiante atmósfera de un verano bochornoso; miro también hacia los immensos parques vacíos de los quinientos mil pobres que iban á comer bien una vez en su vida, y á quienes se les ha dicho, cuando bostezaban de hambre atrasada: « vuestra comida se aplaza », como si el comer, después de ayunar desde la infancia, y de suspirar tanto por el gran día de comer una vez, pudiese tener espera. ¡ Miro, sí, la horrible mueca del destino reflejada en las vacías escudillas, y no lloro por ellos — como lloran otros por el Rey y los Príncipes — porque hace

tiempo que una lengua de odio, surgida de la hoguera de las injusticias sociales, secó y sorbióse la última lágrima de mi corazón!...

En buen hora compadezcan otros al señor duque de Norfolk, que, sin estar obligado á ejercer de camarero, tiene que pasar otra larga temporada vistiendo y desvistiendo un maniquí, que hace de Rey, aunque el maniquí no tiene peritiflitis. Yo miro hacia los caballitos *cream* que, sin voluntad ninguna — porque el caballo es un animal mucho más altivo que el hombre — casi estrangulados por arneses con discos de plomo, volverán uno y otro día á arrastrar « hasta que no puedan más » un pesado camión cargado de hierro y arena, entre los sobresaltos que les produzcan la implacable fusta de los *grooms*, los hurras hombrunos, los chillidos infantiles, el redoblar de inmensos tambores y el campanear de monstruosos badajos.

Lloren, lloren otros al señor duque de Norfolk. ¡ Yo, si llorar pudiera, lloraría á los caballitos !...

MI REGRESO

La noticia de mi muerte en Bois-Colombes. — Inesperada vuelta. — Entrada triunfal. — La multitud me aclama. — Salgo al balcón. — ¡ Que hable !... — Inevitable discurso. — Influencia del ciclón en los pueblos cultos. — Alocución del Alcalde. — El orden ante todo. — Disloque general.

¡ Quién me lo hubiera dicho !... Por una de esas casualidades que forman época en la vida de un hombre, salí de Bois-Colombes para el Havre y Londres minutos después de pasar el ciclón por esta grata comarca. Al día siguiente, naturalmente, se echó de menos mi presencia en el pueblo, donde gozo de generales simpatías y de otras cosas además.

Puesto que en Lyon hay un vecino de más, y en París hay un vecino de menos, observó Goron cuando se descubrió en aquella ciudad el cadáver de Gouffet, ese vecino que sobra es el asesinado en París por Eyraud y Gabriela Bompart.

Puesto que el ciclón ha hecho víctimas, y no se ha vuelto á ver al Sr. Bonafoux en el pueblo, el Sr. Bonafoux es uno de los muertos, observaron las autoridades.

Esta desagradable noticia impresionó profundamente al pueblo, en donde, como dejo dicho, gozo de generales simpatías.

Un detalle imprevisto vino á sacar á la población del error en que se hallaba respecto de mi muerte, que yo hubiera sido el primero en lamentar. Necesitando telegrafiar mi vuelta á mis lares para que me preparasen el *pot-au-feu*, las telegrafistas de Bois-Colombes hicieron circular, con « la velocidad del rayo, » y con « el terrible laconismo del telégrafo, » la nueva de que yo coleaba todavía.

No hizo falta más para que el pueblo en masa se trasladase al andén, queriendo hacerme una demostración parecida á la del Jubileo de la Reina Victoria, *God save the Queen*. Señoras y señoritas con ramos me esperaban en la estación para echármelos en cuanto asomase yo por la ventanilla del coche, y un orfeón me acompañó musicalmente hasta la puerta de casa. Al principio me inmuté, porque creí que había habido otro ciclón, dada mi teoría de que ningún ciclon viene solo; pero luego lo comprendí todo y caí en brazos de la multitud.

— ¡ Que hable !... ¡ Que hable !... — gritaba el pueblo soberano.

No pude evitar el asomarme al balcón. Di las gracias. De todo corazón felicité al pueblo por no haberme perdido. Luego añadí : — Ya sé

que en mi breve estancia en Bois-Colombes me he granjeado las simpatías de todos vosotros por mis condiciones de carácter. (*Asentimiento*). Vecinos como yo — dije en grandilocuente período — son de aquellos que no se repiten en la historia de una población.

En seguida, saliendo al encuentro del ciclón, cuyos fenómenos preocupan tanto á los sabios de ambos hemisferios, hice notar con cuán poco fundamento no se creía antes en la existencia de los ciclones, dando como bromas las noticias de los extragos que causaban en los Estados Unidos. Hoy — añadí con grande erudición — las cosas han variado, y empezamos á creer en los ciclones, de cuyas salidas nos avisan periódicamente los Estados Unidos, diciéndonos : « va un ciclón », como quien dice : « agua va. »

Remontándome un poco, dije que los ciclones, que á primera vista parecen un desastre, son, si bien se miran, una verdadera delicia. Cierto que mueren doscientas ó trescientas personas; pero está probado que el ciclón barre los miasmas mefíticos de la atmósfera, evitando así epidemias como la peste bubónica y el muermo. (*Estupefacción*). Y si la salud gana, la industria gana también. ¿Qué ha pasado aquí, señores? Que por haberse llevado el ciclón árboles, empalizadas, postes telegráficos, techos de casas, *etc.*, *etc.*, tienen trabajo muchísimos obreros que sin la

ayuda del ciclón no tendrían qué comer en esta estación muerta. Del mismo modo que el Padre Ollivier bendijo la catástrofe del Bazar de la Caridad, bendigamos nosotros el ciclón de Bois-Colombes.

El entusiasmo era indescriptible. Al ruido de los aplausos acudían vecinos de Asnieres, Clichy-Levallois, Becón y otros pueblos comarcanos y famélicos.

Para aplacar los ánimos tuvo que intervenir el Alcalde, pronunciando, con la elocuencia que le caracteriza, una sentida alocución.

¡Ciudadanos! — dijo en un arranque improvisado. — ¡Ciudadanos! Soy el primero en congratularme de que haya vuelto á nuestros penates un vecino tan ilustrado, tan inteligente, tan cortés, tan probo, tan hidalgo, tan joven, tan simpático (*Bien, muy bien*), tan digno, en fin, de vivir entre nosotros; un español excepcional que paga puntualmente sus cuentas, contribuyendo á la riqueza pública. (*Bravo, bravo.*) Pero habiendo tomado esta manifestación, que ya interrumpe la vía pública, un carácter alarmante, ruego á mis dignos subordinados se retiren á sus respectivos domicilios.

— Sí, sí, — grité desde el balcón. — El orden ante todo. ¡Viva el señor alcalde!

— ¡Vivaaa!

Y la multitud se dislocó.

MIDI QUERIDO

¡Cuántos años sin verte, Midi querido!... ¡Y cuánto mejor sería para ti, y aun para mí mismo, que no hubiéramos vuelto á vernos en la vida!... Por mi parte, iba recogiendo desilusiones á medida que iba entrando en tus faldas, en tus monótonas Landas, con sus eternos pinares de ramas inmóviles y sus eternos grillos chillando entre los pinos. Burdeos, muy hermoso; Burdeos bajo su opalino cielo es el lindero de lo *mío*, de lo que yo he vivido tantos años. ¡Adiós, luz vaga y mimosa; matices suaves, delicados; brumas melancólicas, pupilas perlinas, gestos sobrios, exquisitos aires señoriales en la Naturaleza y las personas!

Ya en La Mothe salistes, Midi, á verme por los ojos de tu solazo, ordinariote y matón, que engendra todas tus holganzas y todos tus atrasos. El tren se arrastra como carreta desvencijada y los viajeros se quedan en mangas de camisa, zampando salchichón. El interventor del

tren, convertido en acróbata, va de un estribo á otro asomándose á las ventanillas y picando billetes con un instrumento inquisitorial. Al verle una parisiense da un grito de terror, creyendo que es un loco escapado de una celda ambulante, y una americana saca el lápiz y la cartera para anotar el primer encuentro con salteadores de camino.

En los coches, caldeados al rojo, todo el mundo habla, gesticula, va de aquí para allá por los corredores del tren, preguntándose entre sí los viajeros de dónde vienen, adónde van, quiénes son, si tienen familia y si van á pasar el verano en estos parajes deleitosos y vecinos del cielo. Los ojos, al moverse, parecen girasoles. El habla redobla como tambor y retumba como trueno.

—¿Hay tormenta?—pregunta uno.

—No; es el señor de al lado, que habla.

Francés midinesco, especial, cuya pronunciación es así:

—*Mariété: votre chambre né pa bien féte*—la dice el ama á su criada.

Y la criada, respondona

—*Madame: féte la vu méme si vu néte pa contante.*

Y el tren continúa chirriando en competencia con los grillos. En Caudos suben á él cinco frailes. Ya nos acercamos. En Dax suben nueve

frailes. Ya estamos más cerca. Pero el tren va echando fuego, no sólo por la máquina, sino también por todos sus poros. Pasan estaciones y más estaciones, y no se ve dónde se pueda bajar á tomar un refrigerio. En todas lo mismo: una cruda mancha de sol ardiente sobre las baldosas de la estación. En una de ellas, no recuerdo cuál, una moza, bajo un árbol, se lava los pies en una cazuela. Tiene una pata en vilo y la entrepierna enarcada... Me calo los lentes. Y allá en el fondo, en el monte de pinos, un grillo ameniza el lavatorio.

En otra estación veo un tablado con trazas de botiquín. Ahí, me digo, venderán algo potable. Bajo y pido una botella de cerveza. Una moza, en jarras, y que no tiene cara de haberse lavado nunca los pies, saca un frasco y lo planta en una mesa, salpicada de esperma y otras macas.

—¿Cuánto, señora?

—*Lo que usted quiera dar.*

—Lo que sea, señora. ¿Cuánto

—*Lo que usted quiera.*

Y de ahí ni Dios la apea

—¡Señora, que se va el tren!

Ni por esas. Ella sabe, por lo demás, que el tren no se va, que probablemente se estará allí todo el día, que yo he venido á pasarme la vida en esa estación, aunque á cada paso el cantor, golpeando terriblemente las portezuelas y revol-

viendo en las órbitas unas pupilas feroces, grita iracundo:

—*¡Au vuature!*

Entran catorce frailes. Debemos estar llegando, y, en efecto, el cantor grita:

—*¡Bayoné!*

—Una carga á la bayoneta, ¡qué gusto!—exclama la yanqui.

Pero no es eso. Es Bayonne. Salgo mantecoso como churro y echando humo. Un mozo de la estación, que quiere cargar con mi equipaje, viene á mí con modales tan descompuestos que me figuro que me va á dar un palo. Primero se limpia el sudor con la mano, y lo sacude. Luego se exprime la nariz con la mano, y lo sacude Voy retrocediendo con mi maleta.

—*¡Bayoné!*

Me meten á empujones en un ómibus, y al colocar la maleta á mi vera veo en el cojín una cosa horrible: veo una espantosa chinche, que viene hacia mí. ¿Cuántos siglos tendrá ya para haberse puesto tan grande? ¿Cuánto tiempo la habrán dejado vivir tranquila, en la paz de su conciencia, chupando, chupando...? ¿Es realmente una chinche? ¿No será, mejor, un símbolo?

Y acosado por tantos bichos, no puedo menos, al llegar á casa, que exclamar, mientras me espanto una turba de moscas:

— ¡ Ah, mi Dieppe, mi Dieppe querido, con su playa glacial, sus brumas melancólicas, su ventarrón del canal de la Mancha, su colonia silenciosamente *chic!*... Yo te he venido á ver, Midi; yo he hecho ese sacrificio atroz, por un impulso de curiosidad, perfectamente natural y humano. Yo te he venido á ver como se quiere ver una antigua amante que se quiso mucho y á la que se recuerda, con no extinguida ternura, á ciertas horas de ciertos días, cuando las perfecciones de ella se agigantan por la fuerza de la distancia y el olvido del tiempo, y se dice *¡ Era* tan buena!... *¡ Tenía* tantas cositas ricas!... ¡ Qué ojos tan lindos!... ¡ Qué boca tan primorosa!... ¡ Y aquel su modo de reir!... Y... Y...

Y todo es mentira, porque al volver á encontrarla, después de mil afanes en perseguirla, se cae de los brazos, hechos á otra cosa en la eterna mudanza de la vida.

Me ha pasado, en fin, Midineta querida; me ha pasado lo contrario que á *Don Quijote* en la venta del Amor, y es que, á pesar de las gratas reminiscencias y de los rosados sueños que me inspirabas, á pesar de lo que te he querido, veo, rindiéndome á la realidad, que tu camisa no es batista, y noto que tu lecho no es jazmín.

Pero tienes muchas cosas ricas que yo te iré diciendo, morena mía.

LAS ATRACCIONES DE BIARRITZ

Mi amigo el inglés Wilson, que ya conocen ustedes, me escribió á París que estaba en Biarritz y quería verme al llegar yo á esta villa, no sé si heroica é invicta, como casi todas las villas.

En Anglet entré en un tranvía de vapor que, por la ruidosa algazara de los viajeros, semejaba olla de grillos. Precisamente yo estaba algo incomodado con éstos, porque la noche anterior un grillo me dió una horrorosa serenata al pie de mi ventana, con tan perversa intención, que no parece sino que estaba en acecho de que yo pegara los ojos para despabilarme con su *cricrí*.

— Cuando los grillos se acercan cantando á una ventana es que quieren dormir bajo techado — me ha dicho un gascón — y entonces hay que salir á buscarlos. Descubierto el agujero que les sirve de encondrijo, se le escarba con paja, y en seguida sale el grillo, y detrás la grilla dando las buenas noches.

Todo eso será muy cierto; pero como no tengo vocación á coger animales, y no he venido de París á coger grillos, resuelvo quedarme en mi cama, mientras cantan, dedicado á juegos malabares, que me son más gratos como *sport*.

Un viajero del tranvía aprobó mi pensamiento y la algazara redobló. Pero ¡ qué alegría general !

Indudablemente, había ocurrido un acontecimiento grato en *Bayoné*, punto de procedencia de los viajeros, y habiéndome enterado de ello resultó que no había ocurrido nada grato en *Bayoné* ni en ninguna parte.

Las gentes estaban alegres porque sí, quizás de ir en tranvía, tal vez de haber comido capón de *Bayoné;* porque, como ha dicho un filósofo,

Quand on sait bien remplir sa panse,
à faire mal, point on ne pense.

Mozos decidores, de sombrero ancho y echao *p'alante*, inclinábanse al oído de garridas mozas, escultóricamente proporcionadas en sus cuerpos anillosos y pletóricos de juventud, y en seguida venga reir. Viejos y viejas, de rostros petrificados y anchamente rugosos, por los que resbalaban gotazas de sudor café con leche, reían con todo el grandor de sus barrigas. Á veces, en un grupo de tres ó más personas, el observador veía ladearse las cabezas, converger luego en un punto y quedarse así, en espera, como

gallinas y gallo con las crestas agachadas y los ojos pensativos, en el momento psicológico en que parece que el gallo va á dictar sentencia, y pasado este momento, las personas del grupo rompían á reir locamente.

Yo, no queriendo hacer de caballero de la Triste figura, procuraba encontrar algún motivo, ó siquiera pretexto, para soltar la risa, y entonces, acordándome de la sereneta del grillo y de que había venido de luengas tierras á meterme en semejante grillera, me retozó en el corazón una alegría atroz y empecé á reir como un descosido. El interventor, viéndome reir, rió ; á mi lado se formó un grupo de cabezas ladeadas en espera, y sin decirnos palabra todos reíamos, y riendo como tontos llegamos á Biarritz, dando el maquinista la señal de haberse terminado el viaje de risa con bajar presuroso de la máquina, ponerse en cuclillas detrás de ésta y zamparse á bocados una tajada de carne entre dos rebanadas de pan pringoso.

La entrada en Biarritz, penosa y en cuesta, me hizo siempre la impresión de que lleva al Gólgota. Biarritz es en Europa lo que en América el peñón danés, codiciado por los yanquis, que se llama Saint-Thomas ; pero nadie va de veraneo á Saint-Thomas, subiendo y bajando cuestas bajo un sol como el de Biarritz, para negros carabalís.

Por fortuna mía, en la senegalina jornada de ayer, mister Wilson vive allí cerca, á la vuelta del tranvía, en un hotel de los *más* caros, puesto que todos los son en Biarritz.

Le encontré en traje ecuatorial, sin ropa, exceptuando un ligero vendaje en salva sea la parte. No me oyó al entrar en su cuarto. Sentado frente á una mesa estudiantil se hallaba enfrascado en la contemplación de un mapita, que me pareció de la guerra rusojaponesa; pero luego, al acercarme á mi amigo, dándole una palmadita en el hombro, vi que á la cabeza del mapa, que era gelatinoso, había una inscripción :

The Fly Cementery.

Se levantó, sujetándose el vendaje, y después de cambiar los saludos de cortesía, me dijo así :

— He leído los artículos que viene usted dedicando á estos parajes y su veraneo, y, dicho sea con franqueza, los encuentro injustos. Ha llegado usted demasiado pronto para poder apreciar las atracciones veraniegas de estos sitios, cuyo mes privilegiado es Septiembre; pero debo decirle que, aun hoy mismo, no faltan esparcimientos gratos. Así, aquí donde usted me ve, paso el día entregado á uno de los más encantadores *sports* de Biarritz en Julio y Agosto. Este papel, que á usted se le antojó mapa, es una especie de esparadrapo inglés, que, como lo indica su nombre — *The Fly*

Cementery, ó el cementerio de las moscas — sirve para cazar moscas. Sí, amigo mío ; aquí la costumbre *chic*, mientras llega el *clou* de la estación, es cazar moscas. Los más distinguidos veraneantes nos consagramos á cazar moscas, y usted, mi amigo, no tiene idea del placer que produce el cazar moscas. Vea, vea usted...

En aquel momento, una mosca, golosa, se aventuró á entrar en el papel y quedó sujeta por el hilo de una pata; quiso levantarla, y con el esfuerzo pegó otra pata; golpe de alas; una embestida, y, al retroceder, dejó clavadas las patas traseras. En vilo, balanceándose, como si estuviese en zancos, adelantó el morro, como sorprendida de su inesperada actitud, y entonces empezó un suplicio horrible para ella : aleteaba como un ventilador, zumbaba como una galerna, poco á poco se le iba hinchando la tripa y ¡ zas !, reventó, desplomándose con la cabeza hacia adelante, como si se zambullese en la playa.

Mister Wilson tenía la nariz casi pegada al papel, contemplando con fruición inquisitorial el cadáver de la mosca. Quise despedirme de mi amigo; quise sacarle de su ensimismamiento, dándole una palmadita en el hombro, y nada, nada.

Salí, en fin, sin decirle adiós y en puntillas, no queriendo perturbarle en su delicioso y elegante veraneo de Biarritz.

ENTRE RASTACUEROS

Á primera hora de hoy se me presentó mister Wilson.

— Vengo á sacarle de su casa para que vea usted un espectáculo sorprendente.

— ¿ Otra mosca cazada, mister Wilson ?

— No ; ya lo verá usted.

Y no hubo más remedio que seguirle. Por cierto que me contrarió. En un « París al día » del pasado invierno di al Sr. Maura mi palabra de honor de leer sus discursos, prometiéndole, además, que sería una de mis gratas expansiones este verano, y precisamente esta mañana había empezado yo el primer discurso, y me hallaba en el momento en que el Sr. Maura decía :

— *Señores diputados...*

Suspendiendo una lectura que seguramente me ha de interesar, y que si, por desgracia mía, no pudiera reanudarla este verano, desde luego doy al Sr. Maura mi palabra de honor de que la

reanudaré el verano próximo, seguí á mister Wilson, y metidos en un carricoche tirado por una especie de perro flaco, que aquí llaman caballo, empezamos á subir y bajar cuestas. De pronto, en una revuelta del camino, mister Wilson, extendiendo solemnemente el brazo, me dijo conmovido :

— Mire usted...

Era el mar. Como yo permaneciera silencioso, mister Wilson añadió :

— ¡ Mire usted qué color de mar !... Una esmeralda, amigo mío, una esmeralda.

Era, en efecto, una inmensa esmeralda episcopal, refulgente bajo los rayos de un sol implacable ; y bordando la esmeralda, como blancas perlas en cerco, aparecían Guetaria, San Juan de Luz, Fuenterrabía, una coloreada visión de la patria.

— Espléndido, verdaderamente espléndido.

— Sí, mister Wilson ; pero por darme prisa salí de casa sin desayunarme, y desearía tomar un piscolabis.

Era la hora del baño *popular*, es decir, del baño en la « gran playa », tamaña como una balsa, pues en lo que Biarritz llama « el puerto viejo », y que tiene las dimensiones del estanque del Retiro, solamente se bañan — ¡ oh, afortunadas olas! — princesas, aristócratas y otras hadas, de las que hablaré mas tarde.

Mirando desde la terraza del cafe yo estaba asombrado; asombrado de que pasen los años por Biarritz sin que el progreso deje la huella que se nota *anualmente* en las playas normandas, y también en las bretonas. Casas amontonadas, que parece se sujetan las unas á las otras, como borrachas comadres que se tambalean en la calle; casas destartaladas, descascaradas, desdentadas, al igual de viejas poco cuidadosas de sus personas; tiendas, las más, de pobre aspecto, mal rellenas de objetos vetustos, expuestos sin gusto y sin atracción, y por cima de todo una polvareda atroz, flotando, cerniéndose, que convierte en carreteras las calles mal regadas, ó tal vez sin regar, que mancha las mesas de los cafés y cubre de mugre los toldos de las tiendas y destiñe el verde mate de los muy lindos arbolitos de la villa, coquetamente ataviada por la Naturaleza.

Y las gentes que veranean, la mayoría de ellas, vestiditas dominicalmente, peripuestas, prendidas con mil y un alfileres, y cursis, archicursis, trágicamente cursis! Ellas, las mujeres, como imágenes salidas en zancos, que son las botas Luis XV, á pasear por los *martes de las de Gomez*, y ellos, los hombres, tirados de punta en blanco, con rayita por detrás, partiendo la untuosa cabellera, y con enorme veguero encendido en el preciso momento de salir de casa

¡Gracias sean dadas á las mozas de la tierra á esas gasconas tan eminentes y prominentes sin trampa, tan sugestivas sin artificio, que constituyen un admirable punto de vista, un hermoso panorama de colores vivos, de blancas cumbres y de frescas faldas!

En esta pequeña cosa que se llama Biarritz, el forastero viene á darse tono con la *toilette* propia y á envidiar la *toilette* ajena. Media colonia veraniega vive pendiente de los armarios de la otra media; y una docena de personajes, unos en automóvil y otros en carretela, pasan el día de aquí para allá, sacando las cabezas para que se les vea y se les tenga envidia. Como se les encuentra, entre nubes de polvo, catorce veces cada día, ya me los sé de memoria; no necesito volver la vista para conocerlos, y al oir un galope detrás de mí, me digo: « ahí viene el duque » y al oir un *¡tef! ¡tef!*, me digo: « ese es el marqués », sin equivocarme nunca en señalarlos, y en seguida les dejo la carretera, porque *à tout seigneur tout honneur*.

Tales rastacueriles modos de veranear hace tiempo que no se usan en ninguna playa europea.

VILLAVERDE EN BIARRITZ

Hay en esta región una cosa que está sobre todo, sobre el azul del cielo, sobre la esmeralda del mar, sobre el *chic* de los veraneantes, una cosa admirable sobre todo encomio, y muy digna de atención y estudio. ¡Esa cosa, señores, son los rábanos!

Finísimos, irisados, picantitos y sabrosos, mucho más que cuantos gusté en todas las tierras que recorrí. Por lo que á mí toca — y ya me han tocado varios manojos — estos rábanos me reconcilian con el veraneo en esta playa imperial. Como se venden de preferencia en Bayona, no pierdo día de mercado, y voy á buscarlos con más puntualidad que si esperase al Zar de todas las Rusias. Ayer mismo pasé por el dolor de cortarle la palabra á un grande de España, grande de primera clase, porque me esperaban los rábanos.

— Duque — le dije — : es muy interesante cuanto me cuenta usted; pero... tengo una cita...

— ¡Ah, pillo! — exclamó el duque, contoneándose ligeramente. — Apostaría que la cita es con la rubita de la chocolatería de...

— Mis aspiraciones son más modestas. Tengo una cita con los rábanos del mercado de Bayona. Y los rábanos ante todo.

Lleva razón este caballero — observó el Sr. Villaverde, terciando en el debate. — Yo me cuento entre los más *devotos* de los rábanos de Bayona.

Quedé encantado del sentido práctico del Sr. Villaverde. Decididamente, es un *financier*.

Ahora me explico que su popularidad sea tan grande en Bayona.

Como tantas otras celebridades nuestras, el Sr. Villaverde vegeta en este paraíso terrenal. Aqui hay cerebros de nuestra política que se reposan á todo pasto y van recobrando su perdida savia para volver á dar ópimos frutos en nuestros ministerios. Es una maravillosa cura de aires marinos, á cuyo benéfico influjo se ve crecer la salud, como la yerba.

El Sr. Villaverde, según refirieron todos los rotativos de Madrid, vino expresamente de la corte á buscar *villa* á su gusto, y la tomó pintada de verde, tal vez rindiendo merecido culto á su glorioso apellido, acaso también queriendo simbolizar con el color de las persianas la grata esperanza de que bajen los cambios.

He oído decir que á los comienzos de su veraneo salía poco. y un tanto malhumorado, á pasear solitario por los boscajes de Biarritz, como Bismarck por la Selva negra de Berlín, y que de vez en cuando se le oía rugir : « ¡Ese Maura!... ¡Ese Maura!... » Pero la influencia de la temperatura, á lo que parece, le ha ido amansando y ya se digna aparecer en el Casino. Cuentan allí que algunas veces interrumpe una amistosa charla; saca del bolsillo un lápiz y una cartera, y se enfrasca en hacer números. En aquel momento financiero los tertulianos y correligionarios del Sr. Villaverde sepáranse discretamente de él, diciéndose en voz queda :

— ¡Chis!... Don Raimundo trabaja...

Y poco después todo el Casino, andando en puntillas, se dice :

— ¡Chis!... ¡Chis!...

Es lo bueno que tiene Biarritz. En Trouville, en Ostende, en Dinar, en Dieppe, etc., el Sr. Villaverde sería sencillamente un número de un cuarto de un hotel ó un vecino de una *villa*. Pero en Biarritz — ¡qué encanto! — todos nos conocemos y nos guardamos la debida categoría.

Así, si tenemos el honor de encontrarnos á D. Raimundo en la calle, al punto le dejamos la acera. Si D. Raimundo va detrás de nosotros al entrar en el Casino, inmediatamente acortamos el paso y nos echamos á un lado para que pase

primero su excelencia. Si hallándonos sentados en el tranvía, siempre lleno, tenemos la suerte de ver que sube don Raimundo con dirección á Bayona, en busca de rábanos, tiempo nos falta para dejarle cortesmente nuestro asiento, y por satisfechos nos damos con que se digne dirigirnos una mirada, silenciosa, de gracias.

— Así son — se dice D. Raimundo — *mis* españoles, *mis* fieles y abnegados españoles. Los malos aires de esta alborotada República de Combes no lograrán, no, sacarles de su acrisolada sumisión. Por lo demás, harto saben ellos que yo, al fin y al cabo, conseguiré que bajen los cambios.

Cuando la Emperatriz de los franceses resolvió, en sus altos designios, convertir á Biarritz en imperial sitio de veraneo, la augusta señora dijo á su Corte :

— Estoy, ciertamente, satisfecha de los homenajes de *mis* franceses; pero me falta algo, el homenaje de los españoles, homenaje que excederá al de mis propios vasallos cuando los españoles me vean de cerca.

Y como todo Biarritz recuerda la frase de la Emperatriz, al enterarse ahora de la frase del Sr. Villaverde se dice respetuosamente, viéndole pasar :

— Ha coincidido con la Emperatriz...

EL ARCA DE NOÉ

Si « en Nueva York hay un tranvía », también en Biarritz hay uno : un tranvía de vapor, que une á Biarritz con Anglet y Bayona, de cuyas poblaciones surge constantemente un ir y venir de viajeros, paseantes los unos, industriales los otros.

Este tranvía tarda unos quince minutos en recorrer el trayecto de Biarritz á Anglet, y unos veinte minutos en recorrer el trayecto de Anglet á Bayona; total, de treinta á cuarenta minutos en recorrer un trayecto que « el tranvía de Nueva York » recorrería en un cuarto de hora, todo lo más. Pero nuestro tranvía no se contenta con pararse en múltiples estaciones, y anda, á mayor abundamiento, con paso elefantino. Yo le he visto, al arrancar, volver á detenerse para recibir á un señor sacerdote, quien, después de tomar asiento con toda tranquilidad, exclamó :

— *En route!*

No me seducen los paisajes de cromo. Mil

veces prefiero las agrestes montañas de Santander y Asturias á la suave planicie del Mediodía francés, los acantilados de Sorrento y de las costas normanda y bretona al uniforme cerco de la costa vasca en esta región. No vale sin embargo negar belleza á estas deliciosos frondas, entre las cuales se hace sin sentir el viaje de Bayona á Biarritz. Mas, ¡ay! todo cansa. Si el primer día, y el segundo, y también el tercero — si se quiere — no lamenta usted el ir de Bayona á Biarritz sentado en una tortuga, al cuarto día empieza usted á cansarse de tanto cromo y desea llegar cuanto antes.

Harto monótona es la existencia para que nos abonemos á un mismo camino, y nada tan nostálgico como sabérselo de memoria. Esta mata, piensa usted, es la misma que vi ayer y anteayer, y la misma que veré mañana... ¡Ah, qué pena tan grande!...

Á ese arroyuelo le he contado los guijarros que tiene en el fondo... Ya, ya asoma sus ramajes el árbol que precede á tal estación... ¡Qué horrible cosa es la uniformidad en el paisaje, como la uniformidad en el paisanaje!...

El tranvía no se entera, y suavemente, cadenciosamente, tumbonamente, va cargando carne humana. No hay asientos. Nunca hay bastantes asientos. Pero el público, paciente, con provecho de la Compañía, va colocándose donde

y como puede. « Estamos, dice un viajero — como sardinas en lata », y esta ocurrencia, eternamente nueva, es muy reída.

— Ya falta poco — observa el interventor — para poner más tranvías y más coches. Todavía hay poca gente.

Y el público queda perfectamente convencido, no sólo de que todavía hay poca gente, sino también de que no hay razón para que haya un número de asientos igual al número de viajeros.

Tampoco la hay para que el tranvía de la mañana salga tantas veces como el tranvía de la tarde. Por la mañana sale de hora en hora; por la tarde, cada media hora, suprimiéndose el de las siete y media, porque á esa hora supondrá la Compañía que todo el mundo está ocupado en comer. Y á las diez y media de la noche se acabó el carbón... del tranvía, y para ir á Anglet ó á Bayona, la numerosa colonia veraniega que no tiene carruaje propio, ó alquila un simón que le costará un ojo de la cara, ó emprende la caminata en el caballo de San Francisco, exponiéndose á perecer descuartizado, como el tigre de la plaza de toros de San Sebastián, por los perros del camino.

Y la necesidad de las vías de comunicación en este país salta á la vista con mirar el tranvía convertido en otra arca de Noé. Es un *pêle-mêle*

de todas las clases sociales. Es también un carro de mudanza, en el cual aldeanos y obreros meten cestas enormes, algunas con coles podridas; baúles, cajas de carpintero con herramientas, banastas de planchadora, todo un *Rastro* ambulante.

Es también un hospital el tranvía. En todas las playas la higiene tiene establecido un régimen severo, para evitar á la infancia el contagio de las enfermedades infecciosas, singularmente la tos ferina. Ningún niño que padezca esta destructora enfermedad será admitido en ningún hotel de Londres. Y aquí, donde hay bandadas de niños, tan adorables, que, juntamente con los pájaros, constituyen el mayor encanto del país, la tos ferina transita libremente por el tranvía, lleno de criaturas. Tan grandes son el abandono y la ignorancia, que han llegado á hacer creer que dicha enfermedad no tiene importancia cuando va de vencida. Á una señora que, estando con sus niños en el tranvía, oyó toser á una niña y le preguntó á su madre si tenía la tos ferina, la aludida le contestó:

— Sí; *pero ya está acabando...*

Entretanto, el inspector, severo, revisa escrupulosamente los billetes. Primero los pide; después los mira con profundísima atención; luego los confronta con un cuaderno, y al fin los devuelve, no sin echar al viajero una mirada

escrutadora, que envuelve una sospecha injuriosa.

¡Ah, esa mirada!... Yo no puedo recibirla sin sentirme profundamente homicida.

DE LA CANICULA Y OTROS EXCESOS

Si es cierto, como ha dicho el profeta Davie explicando á su manera los calorazos de este verano, que Satán ha enviado à la tierra, con misión de castigar á los pecadores, millones de diablejos, no cabe duda de que la mayoría de éstos veranean en Biarritz. No parecen pecadores, sino todo lo contrario, los que mansamente esperan que se abra el fresquísimo Casino nuevo, y entretanto se cuecen, con las lenguas fuera, en el calurosísimo Casino viejo, y, como nada tienen de empecatadas unas gentes de tan bondadosa y sufrida índole, hay que convenir en que Satán ha sido muy injusto con Biarritz, al menos este verano, porque Biarritz sin aguaceros, que son la forma atenuante del calor en los grandes centros civilizados como París, Londres, etc., se ha convertido en una achicharradera.

Al principio de esta canícula, que si continúa originará necesariamente alguna horrorosa epidemia en esta playa encantadora, el consabido

chic disponía que los verancantes no se quejasen.

— ¡Qué hermosa temperatura! exclamaban en las azoteas de los cafes, tóstandose al sol, gentes que hubiesen estado más frescas en el *Bois de Boulogne* ó en cualquier pueblillo del Guadarrama.

— Lo bueno que tiene este país, es que aquí nunca se suda, se decía, sudando el quilo.

Pero como el calor, en vez de disminuír, aprieta de firme, son ya muchos los fervientes de esta temperatura que empiezan á sentirla inaguantable.

Muy franco, muy bien, un marqués decía esta mañana en un corro de sudorosos:

—¿Á qué negarlo? Hace un calor atroz. Pero en Biarritz hace siempre poco más ó menos, este calor, y si yo vengo á Biarritz es porque me gusta el calor.

Dos amigos míos, observaron tendenciosamente.

— También *hacen* mujeres muy guapas.

El Sr. Villaverde, que estaba distanciado del grupo, no dijo nada; pero dejó comprender, con una caída de ojos, que estaba completamente conforme.

Es que el Sr. Villaverde sabe más que Lepe. Á él que le digan que pasa todo el santo día dedicado á sanear la peseta, estudiando entre

revistas extranjeras. ¡Hum! Él sabe mucho. He observado, y lo refiero haciendo las salvedades del caso, que don Raimundo tiene cierto desdén por don Antonio. No le considera verdadero hombre de Gobierno. El otro día, como alguien elogiase á don Antonio, Don Raimundo asintió á los encomios; pero luego, enterado de que iban dirigidos al Sr. Maura, rectificó diciendo displicentemente.

—¡Ah... Yo creía que hablaban ustedes del Sr. Cánovas del Castillo...¡ Ese sí que era un talento y un hombre de Gobierno!..

Y así vamos pasando la vida y esperando la muerte. Los únicos que están aquí como el pez en el agua son los veraneantes procedentes de la América latina.

— Anoche hizo *hielito puro*, he oído decir á una señora recién venida de Ultramar.

Á lo cual añadió el marido, aforrado en un gabán de entretiempo:

—Aquí por donde quiera sale una brisa. Yo ya le he dicho á Iris que guarde con alcanfor los fluses de dril blanco.

Y un negro, que vino con el bey de Túnez y se quedó, haciendo de *chic*, á pasar el verano, me dijo esta mañana.

—Esto es un paraíso, señor. Aquí los de Túnez no necesitamos aclimatarnos.

SANEANDO LA PESETA

La queja general es:

— Aquí no hay diversiones. Biarritz no cuida de distraer al veraneante.

Y este lamento sube de la playa al Casino, á la Alcaldía, á todas partes:

— Escasean los veraneantes en Biarritz porque no hay diversiones.

Pero ¡ qué diversiones ni qué niño muerto! No hay playas divertidas ni playas no divertidas. Hay colonia veraniega que se divierte y colonia veraniega que no se dívierte, y para que los veraneantes se diviertan tienen que estar dispuestos, lo primero, á gastar.

Nosotros, por lo general, no tenemos la costumbre de gastar. Nadie nace gastador; pero todo el mundo puede hacerse gastador. Nosotros todo nos lo echamos en ropa. Salimos de casa muy peripuestos, pero sin un franco en el bolsillo por no caer en tentación de gastarlo. Veraneante hay con una docena de trajes, tal

vez fiados, que se sienta sin tomar nada en el café, y que en la playa está esperando que no le vea la mujer de las sillas para echar de vez en cuando una sentada. Y luego, decimos á coro:

— ¡ No hay diversiones !

Más lógico sería quejarnos de que no hay diversiones de gorra.

¿ Cuántos parroquianos consumen en el café de la playa ? Pueden contarse. Lo general es gastar 10 céntimos en el alquiler de una silla y sacarle el jugo á la silla. Hay quien una vez sentado no sabe cómo levantarse, y para arrancarlo de allí se necesita engancharle á una pareja de bueyes. Sillas más sufridas no las hay en el planeta.

De gorra se pide la entrada al Casino, la entrada al teatro, la entrada á todas partes. En cuanto se entra, por equivocación, en un sitio de pago se sale á escape y haciendo fu, como un gato. Esto no es economizar. El desiderátum es « divertirse y no gastar » ; es decir, un absurdo y una chulapería. Ponerse los trapitos de cristianar y sentarse en la playa á requebrar á las mujeres que pasan, cuando no á despellejarlas en voz baja. Somos una colonia de conquistadores sin conquistas, porque en el amor como en la guerra, lo primero que se necesita es dinero, y la prueba de que no conquistamos es lo mucho que habla-

mos de cosas que no nos llamarían la atención si las poseyéramos.

Los indianos, para disculpar su economía, hablaban constantemente de la crisis que atravesaban las Antillas. Nosotros vivimos atravesados por los cambios, y las jeremiadas son tantas y tan agudas, que le dan á usted ganas de echarse la mano al bolsillo para socorrer á un pobre de solemnidad.

Esos malditos cambios dan constante actualidad en Biarritz al Sr. Villaverde, á quien han hecho embajador de la peseta. Á juicio de ciertos veraneantes de agua fresca y azucarillos, el Sr. Villaverde pasa el santo día dedicado á sanear la peseta, estudiando combinaciones en revistas extranjeras. No lo creo.

El Sr. Villaverde es hombre de buen gusto. Ayer tarde le vi en la estación del tranvía de Anglet, esperándolo, en adorable compañía de unas cuantas damas, que no tenían nada de peseteras, por lo cual no creo que el Sr. Villaverde, en aquel punto y hora, estuviese enfrascado en sanear la peseta, presidiendo tan hermoso Consejo de ministras.

El Sr. Villaverde no es el tipo del *M'as-tu-vu-politicien*. No ha venido aquí á sanear la peseta sino á sanear sus nervios, y cuando le cuentan que el Sr. Maura ha dicho esto ó lo otro, se sonríe con inolvidable sonrisa, y exclama:

— *¡ Fontaine intarrisable d'elle-même !* — como diría Mallarmé.

Pero aunque el Sr. Villaverde ha venido de moro de paz, á mí me traen loco algunos veraneantes de los que hacen política en las sillas de diez céntimos, preguntándome por D. Raimundo : que si D. Raimundo espera á D. Segismundo, que si D. Segismundo y don Raimundo tendrán una entrevista tendenciosa, que qué piensa y hace D. Raimundo. ¡ Demonio ! Pregúntenlo ustedes al corro de damas con quienes tiene él la ventura de pasear.

— ¿ No ha visto usted á Villaverde ? — se me pregunta al paso.

— Sí, ayer.

— ¿ Y qué le ha dicho á usted ?

— Pues... que se alegra de verme bueno.

— ¡ Hombre, tenga usted una interviú *seria* con Villaverde !

— Pero si el Sr. Villaverde está entregado á vagar por los boscajes, estudiando el problema económico con damas tan guapas como distinguidas, ¿ cómo he de ir yo á hablarle del Sr. Maura ?

Parece que el Sr. Villaverde, convencido ya de que no he venido á echar una bomba en la playa, le dijo á un amigo mío :

— Presénteme usted, sin pérdida de tiempo, ese horroroso libelista, porque me choca su

gran sentido financiero, quiero decir, práctico.

Y he aquí por qué el Sr. Villaverde y yo, con gran sorpresa de Biarritz, saneamos ayer la peseta, tomando el aperitivo en la terraza del Casino.

No comprendo que las Agencias no hayan telegrafiado esta noticia. Tal vez por no gastar una peseta ; por lo cual creo que el Sr. Villaverde pierde lastimosamente el tiempo en sanearla, al menos en Biarritz, porque pocos serán los que estén dispuestos á sacarla á la intemperie...

BAILE DE MARIPOSAS

El baile de niños que el Casino dió fué una preciosidad. Á los de esta comarca, privilegiados en buenas hechuras, habíanse unido niños de las playas vecinas de Biarritz, y todos juntos, riendo, bailando y charlando llenaron de alegría el salón de baile del Casino.

Son admirables de belleza y gracia en miniatura. Son sabios de pocos años, que, al vestirse los trajecillos de los días de fiesta para asistir á una ceremonia mundana, dejaron las turbulencias de la edad en los jardines de sus casas, al lado de caballitos con los ojos sacados y las crines erizadas, de trenes y automóviles hechos trizas, como si hubiesen tenido un espantoso choque, y de muñecas que dejan escapar serrín por las heridas que manecillas crueles les hicieron en el corazón...

Son niños muy discretos que aprendieron una lección de cortesía y la repiten al pie de la letra. Son la mejor poesía de Biarritz y su Casino.

Madrileñas garbosas y excitadoras; parisienses distinguidas y sugestivas; donostiarras y bayonesas de cuerpos derechos, con elegancias de cisnes, rubias melancólicas, morenas regocijadas, y las caras pálidas y finas de las representantes de la raza israelita española.

Y todas estas chiquillucas, que, al levantar los vuelos de sus trajes multicolores, semejan estela de mariposas, van y vienen con no aprendidos gestos deliciosamente felinos, coquetean sin saber lo que hacen, por atavismo, por intuición, por irresistible instinto femenino; coquetean al pasarse las mános por la cabellera, al alisarse el corpiño sobre el nacimiento de las caderas nacientes y de los senos en flor, y bajo el aleteo de sus ojos entornados, adormecidos, cuando los niños van á buscarlas y conquistarlas, arrastrándose sobre cojines hasta llegar á sus faldas altaneras, parece que pasa fugitivo un destello de recóndito placer refinado, perverso y vengador de que allá en el jardín de la casa los muy apaches hiriesen traidoramente á las muñecas de ellas, descubriendo que tenían, en vez de sangre generosa, serrín del corazón...

Y los niños van á ellas como insectos á la luz. Los hay aleccionados por el director de baile, que, como los pajaritos amaestrados que se venden en el arroyo de París al retoñar la primavera, saltan automáticamente y automática-

mente hacen reverencias. Los hay que al bailar se arrinconan con sus parejas, como si temiesen que otros niños les robaran su bien, ó como si tuviesen que decirles á sus parejas muchas cosas en voz bajita. Los hay también plantados en medio del salón, como atormentados por la imposibilidad de escoger la más hermosa de las flores de un huerto donde todas las flores son hermosas.

Y ví en la actitud de un chiquitín de cuatro años todo el drama de la vida. Era, según oí decir, la primera vez que iba á un baile. Pálido en su tez bronceada, demasiado reflexivo, un tanto tristón, había levantado, como si quisiera abarcarlo todo, su cabezota de pensador infantil. El bullicio de las parejas, bajo un palio de bandas de colores, no debió parecerle, á juzgar por el mohín de su boca desdeñosa, cosa digna de niño tan serio... Miró con intensa curiosidad el espectáculo; miró luego, absorto, una niñita, que le hizo una pirueta, y de repente, atraído por un vértigo más fuerte que su cabezota, rodó como una peonza al surco del baile, y le vi pasar, cómicamente grave, en los brazos de la niñita, que le acariciaba el cuello...

CAMINO DEL SUICIDIO

No he visto nada más triste que las mesas de juego del Casino de Biarritz. Los caballitos corren en una pista casi siempre solitaria. Con frecuencia dejan de correr, porque no hay quien los vea. La inmensa mayoría de los jugadores son peseteros. El que juega un duro y acierta sale escapado, como si escondiese un hurto. Sale también gozoso, porque ha hecho el diario. He oído decir :

— *Pa el puchero...*

Y los caballitos, en su silenciosa marcha, se detienen aquí y allá, decepcionados y pensativos, como diciéndose :

— Otro que se va con un duro.

La mesa del *baccará* es casi tan triste como la mesa de los caballitos. La banca rara vez pasa de 50 duros. Generalmente se apuesta un duro ; alguna vez un *louis*. No hay ni animación ni alegría entre los jugadores ; diríase, por lo general, que el que más y el que menos se juega allí toda la

fortuna, quizás la camisa. Casi todos salen del local quejándose de haber perdido 100 francos. Se asoman á la terraza, diciendo :

— He perdido cien francos.

Los contertulios, que pasan el día viéndolas venir, y sin exponer nada, se dicen con recóndita satisfacción :

— Ha perdido cien francos,

Y allá abajo, en los porches del Casino, parece que las bandurrias rasguean la triste canción :

— ¡ Ha perdido cien francos !... Ya no hay quien talle, y los jugadores, en su mayoría cabizbajos, van alejándose con paso atáxico. Semejan una peregrinación de impedidos, con rumbo á la menestra cotidiana. Algunos se asoman un instante á la terraza para respirar, porque les ahoga la pena de haber perdido.

La terraza aparece casi solitaria, en espera de cadáveres arrojados por la tempestad del juego. Es una terraza donde se ven las mismas caras. La silueta de una dama, graciosísima por sus ojos ajaponesados en su fisonomía de europea. La silueta de otra dama, muy fina de hechuras, tristona y como atormentada por algo íntimo ; Ofelia moderna, que cuando se asoma á la baranda produce la impresión de que va á echarse al mar. Varias figuras de caballeros, desabridos y monótonos, que van de aquí para allá, sin rumbo fijo.

Alguna que otra *cocotte*, arrinconada, esperando mejores tiempos, que exclama sin gran convicción :

— *Ce n'est pas encore la saison...*

Y « no va más » ; quiero decir que no hay más figuras de relieve en este cuadro rutinario y desolado, sobre el cual gotean las lágrimas de toda una generación vencida y muerta.

En Monte-Carlo hay gentes que se suicidan arrastradas por la intensidad de la tragedia. En Biarritz ha de haber gentes que se suiciden obligadas por la inanición del sainete. Tomarán, para cobrar ánimo, una copita bajo un paraguas encarnado de los que se exhiben carnavalescamente en la raquítica acera del *Royalty*; darán una vuelta por el Casino para recibir la última despedida de los caballitos parados y en silencio, y luego, dando un adiós al tedio de esta existencia veraniega, se zambullirán para siempre en el mar, cuyo oleaje murmurará á guisa de responso :

— Ha perdido cien francos...

También los habrá, suicidas, que ni siquiera se tomen la molestia de montar á horcajadas en la baranda del Casino para dar una cabezada en el mar, limitándose á quedarse en las salas, recogidos é inmóviles, sin voluntad para salir, como fosilizados por la lava de un *Mont Pelé*, y luego, pasada la estación, los mozos de la casa

que vayan á limpiar los techos y las paredes barrerán á los veraneantes rezagados, como á moscas atontadas por los primeros fríos, con sus plumeros de deshollinar.

EDIPO TOREADO

Cada cual habla según sus simpatías, y á mí me es simpática Bayona, por sus capones suculentos, y por sus mujeres, más suculentas aún que los capones. No obstante, debo reconocer que Bayona, como real sitio, no es de lo más exquisito en ninguna estación del año.

Bayona es un horno. En las calles y plazas de la población apenas se puede respirar. Dentro de las casas el calor puede competir con el de Port-Arthur. Entra usted en el Correo ó en una tienda, y en seguida empieza á sentir que le resbala el sudor á lo largo del cuerpo. Es un sudor especial el que produce Bayona, un sudor apelmazado, gelatinoso, algo como una pelotilla acuosa, que baja y sube y salta como las bolitas movibles que sirven de blanco á los tiradores en las fiestas y ferias populares. Es, además, un sudor que huele á ginebra, porque la ginebra huele á chinche.

La población ya se sabe que es una serie de

callejas sombrías, de porches lúgubres y de tiendas de mal pelaje. Pero como de todos estos sitios salen chicas esculturales, la población resulta muy interesante para los que se dedican á ver salir chicas, aunque el ideal debiera ser verlas entrar. Nada más encantador, por lo inesperado, que la aparición de tantos buenos palmitos en las estrechas y obscuras aberturas de esta ciudad lúgubre, imponente, aunque baja de techo é inquisitorial de aspecto.

Sus alrededores son amenos, frondosos, secularmente robustos. He oído decir que el sitio donde el río se pierde en el mar es muy pintoresco. Pero todo eso está muy lejos de mí, que en este momento me hallo sentado en la playa. También me han dicho que podría yo tener interviús con el señor alcalde, el señor cura mayor y otros personajes sobre la ruptura entre la Iglesia y el Estado francés. Serían, en verdad, muy interesantes interviús.

Pero, en primer lugar, á mí, francamente, el Concordato no me preocupa mucho, y luego los discursos, más ó menos solemnes, de esos señores, me harían sudar demasiado. Prefiero quedarme en la playa, tomando limonada. Es incalculable el número de vasos de limonada que he bebido en estas apartadas regiones, y, como estoy embuchado, creo que la limonada entra por mucho en mi descontento.

Yo no sé si al *Rey Edipo* le atizarán unos vasos de limonada esta tarde cuando Mounet-Sully lo saque á escena. Me temo que Su Majestad lo pase medianamente, tanto más cuanto que lo van á sacar á las *Arenes Bayonnaises*, ó sea á la plaza de toros. Ver á un Rey desde una barrera — pagando 8 francos, nada más, por asiento — ó desde una contrabarrera, es una perspectiva nueva. Aficionado hay que espera ver, desde el tendido, al Rey en lucha con un tigre de Bengala, llamado Sófocles.

¡Pobre Edipo!... ¡Y pobre Sófocles! Es una desdicha el sacarlos á la plaza de toros, y es también una crueldad. ¡Lo que van á sudar los pobrecitos en esas arenas!

¡Pobre Edipo!... ¡Pobre Sófocles!... ¡Y pobre público!... El verano pide cosas amenas, retozonas, voluptuosas, cosas ligeritas por dentro y por fuera: trajes de alpaca, gazpachos, *vaudevilles*, *couplets* cancanescos. Y al público se le sirve una espeluznante tragedia en cinco actos ó un concierto de música wagneriana...

He oído decir que en Biarritz van á « echar » *El loco Dios*. Yo — dispénseme el Sr. Echegaray, cuyos talentos estimo en todo lo que valen — tengo preparada mi maleta para salir del país la noche de la representación.

Porque si tales obras, como ciertas mujeres,

son de invierno, el discutirlas es para el Polo; y lo más terrible no es la representación de la obra, sino los comentaristas, los cuales, ¡ay!, me han llenado de limonada la barriga...

REALEZA ENTRE BARATIJAS

Era domingo el día que llegué á Biarritz. Bajé á la playa; formé parte de la procesión de veraneantes que, achicharrados por el sol, envueltos en nubes de polvo y prensados en un espacio reducido para tanta gente dominguera, daban sosegadamente vueltas á la noria, y, muy satisfecho de mi jornada, pero con el gaznate seco, quise beber algo en un café de la villa, después de subir á ella en la rampa móvil, por no quedarme cojo subiendo una cuesta.

Miré á derecha é izquierda buscando rápidamente un cafetín modesto, y elegí uno de pobre apariencia, con una terraza estrecha y fea; frente á la terraza, unos árboles empolvados, y fijo en el tronco de uno de los árboles un marco violeta, que debió ser rojo en el año de la Nanita, y dentro del marco un papel viejo y polvoriento, donde se lee:

Glaces du jour.
Café.
Orangeade. — Limonade.
Framboise.

Mientras un camarero me servía una cerveza de jengibre, yo inspeccionaba é inventariaba los trastos que había en el interior del local.

Una mesa con raído tapete encarnado y tiesto de flores marchitas.

Otra mesa con un jarrito de flores marchitas.

Una cafetera ambulante.

Un bazar de pastas, naranjas, botellitas de licor, cajas de pastillas, no sé si para la tos; botellas de licores, un gato disecado, bombones, muñecos, una pastora de San Isidro, de las que se venden á 10 céntimos en Madrid; un bandido de cartón pintado y traído de la muñequería española; una tortuga de porcelana, cestas vacías para dulces, de las que generalmente se venden á 50 céntimos; varios platos de los que adornan los comedores de las casas de huéspedes á dos pesetas y con chocolate y principio; un espejo largo y estrecho, como el de un camarote; cuatro ó cinco anuncios, colgantes y balanceándose; unas cajas de puros, un plato con tomates crudos, otro plato con un pollo fósil...

— ¡Qué bien! — me dije á mí mismo. — Esto,

sin duda, es un *débit*, algo así como una tabernita, donde hay de todo, y en la que podré, por poco dinero, echar un trago, comerme un tomate y, tal vez, un pollo, porque todavía no se me ha caído ningún diente.

Al volver la cabeza vi en las vidrieras una serie de baratijas en confuso *pêle-mêle*, una cesta de pelotaris colgada en un ángulo, varios *cakes* y una procesión de cerdos de algodón, uno de los cuales tenía una mosca pegada en un ojo.

Distraído y regocijado con esta perspectiva, apuré mi vaso, y, al ir á pagar los 50 céntimos que cuesta en todas partes una botellita de cerveza de jengibre, el camarero me participó que aquel menjurje costaba un franco.

La peseta no saneada debió subírseme á la cara, ruborizándola, porque un caballero, muy bien vestido, y con *panamá* echado sobre los ojos y apabullado por detrás, tuvo la bondad de decirme en castellano sumamente castizo :

— Se ve que usted es de provincias y no conoce esta playa. ¿Viene usted de San Sebastián?

— No, señor; acabo de llegar de Ataquines.

— Ya lo decía yo. É ignora usted que este establecimiento es lo más distinguido, lo más elegante, lo más *chic*, la crema, en fin, de Biarritz. Este establecimiento, señor mío, es el

famoso *Royalty*, cuyo nombre, como usted sabría, si poseyera el inglés, significa *Realeza.* Fíjese usted en la cabeza de ese cuadro incrustado en un árbol.

Y sobre las *glacés du jour*, sobre el *cafe*, sobre la *orangeade*, la *limonade* y la *framboise*, leí :

Royalty — Biarritz.

Paré asombrado. ¿ Con que yo, mísero cronista, había alternado en *Royalty?...* Inmediatamente telegrafié á Ataquines, participando el suceso á mi familia, y, según carta recibida hoy, ha aumentado mucho la estimación y el aprecio que me tenían en el pueblo...

EL PI Y EL TRANGÜI

Sois charmante et tais-toi, habrá que decir, con Baudelaire, á algunas de nuestras compatriotas, guapísimas, que lo echan todo á rodar hablando francés en una playa donde casi todo el mundo habla español. Así he oído á una dama, que el *peu* lo pronuncia *pi*, decirle á la camarera de una chocolatería, para que la llenase la taza :

— Encore un *pi*.

Y á otra señora, para quien la palabra tranvía debe ser japonesa, le oí decir :

— Vamos á tomar el *trangüi*.

Si lo que se proponen con eso algunos veraneantes es hacer temas, aprovechar el veraneo para practicar el francés, no está mal ; pero lo que se proponen principalmente es darse un *pi* de pisto en el *trangüi*.

El más grave peligro que corre la raza española es la falta de personalidad, el dejarse seducir y subyugar por todo lo extranjero con

perjuicio y menosprecio de lo propio. Y lo más triste de esta manía es que se imita mal, si no ridículamente, lo que se trata de copiar. La parisiense es consumada artista en el difícil arte de levantarse las faldas. Por lo general la española que imita en esto á la parisiense no tiene la medida del espacio, se vuelve un lío, y se da con el trapo restregones que sólo se usan en casa y en sitios reservados. Las cabezas de las españolas son admirables de gallardía y belleza en toda Europa. Los sombreros las sirven de apagaluces. Aquí he visto en carruaje una española, elegantemente trajeada, y sin sombrero ni mantilla, pasear al sol su cabeza andaluza, y así, al desnudo, resultaba una preciosidad. Pero las más de ellas prefieren embutirse un sombrerote, que generalmente aparece de medio lado, como si volviese de una juerga con algún que otro estacazo perdido y con un mosquitero alrededor.

Mentira parece; pero es rigurosamente exacto que uno de los más socorridos temas de esta conversación veraniega, tan vulgar como monótona y cansada, es la difamación de San Sebastián. Gentes hay que van allí los domingos á los toros y vuelven contando á gritos que aquello es una cursilería horrorosa, que el calor allí es senegalino, que el público se apelmaza y se asfixia en la Alameda y en el Casino, por lo cual

tuvieron que volverse corriendo á disfrutar un *pi* en Biarritz.

¡ Biarritz !... ¡ Ah !... ¡ Oh !... ¡ Esto sí que es playa *chic* !... No tienen ustedes más que fijarse en el lugar que la crónica veraniega y mundana de París asigna á esta playa, para comprender que Biarritz es otra de las cosas que quedaron enterradas en Sedán con Napoleón y Eugenia.

Ya era hora de que se dijese la verdad sobre estos andurriales, y alguna más gorda he de decir, cuando regrese á París, en mi periódico... Entretanto, me voy al *trangüi*, del *trangüi* á la *Négresse* — estación tan apestosa como su nombre — y, en marcha envolvente, á lo Kuroki, voy á caer — ¡ oh, calamidad ! — sobre otras playas y sitios veraniegos del litoral.

¡ Adiós, mi querido *pi* !...

¡ Adiós, querido *trangüi* !...

UN BÚCARO DE FLORES

Por una vez, ¿quién lo va á saber?...

Dispénseme, pues, el lector que por una vez siquiera le hable de mí en serio, para participarle que mi salida de Biarritz fué generalmente lamentada. Desde las princesas altivas hasta las pescadoras en la playa entre once y doce de la noche; desde los empingorotados *dandys* y sublimes rastacueros hasta los veraneantes por sorpresa y á préstamo, sin excluir siquiera una porción de animales vestidos de verano, todos á una lloraron mi despedida y dijeron á coro :

— Todo lo que dijo es verdad y... se dejó mucho por decir...

Ante tal expresión de sentimiento y sinceridad yo estaba hondamente conmovido, sin determinarme á arrancarme de los brazos de tantas hermosuras que mal escondían sus lágrimas bajo el mariposeo de los abanicos; pero *Sileno*, que había venido de San Sebastián con orden de capturarme é *ilustrarme* en mis vera-

neos, me recordó, ¡ ay !, que era llegado el doloroso momento de partir.

¡ Adiós, mi querido hechipzo !

¡ Adiós, mi triste embelepso !

Un amigo nuestro, D. Francisco de Espinosa, mitad *sportman*, mitad artistón, que tiene el buen gusto de pasarse el amaneramiento y la etiqueta de Biarritz por el forro de un sombrerote de 25 céntimos, nos aguardaba en un tílburi tirado por brioso caballo, que resultó yegua.

— Este caballo — nos dijo Espinosa — se espanta de los automóviles.

Sileno, pensativo, después de maduro examen con su avizor ojo de caricaturista malévolo, observó :

— Este caballo es yegua.

— Pues si es yegua — me permití rectificarle — no puede ser caballo.

Hubo un ligero debate, y tropezamos con un automóvil, que, según supimos luego, pertenece á un grande de España. Á nosotros, como chicos en grande, es decir, en tílburi, nos tocaba bailar con la más fea, y en viendo venir un automóvil, hacíamos la siguiente combinación : Espinosa, más pronto que la vista, saltaba á tierra y se dedicaba á bombear al caballo para que no se desbocase, pasándole la mano por el lomo y llamándole eminente, ilustre, distinguido, *chic*, etc.; yo, hecho un Maura, empuñaba las riendas del

poder, ó del animal, y *Sileno* me quitaba de las manos una baqueta de fusil alemán que me sirve de bastón para salir á paseo.

Y haciendo estas combinaciones y otros juegos malabares, pasamos un camino pintoresco si jamás los hubo, un valle encantador, bordeado por un lago de cromo, y llegamos al rinconcito. deleitoso sobre toda ponderación, que se llama Guethary, con sus *villas* coquetonas, aunque sencillas, entre verdes enramadas; sus frescas umbrías; su mar, francamente abierto, orillando multicoloros caseríos, y con su apartamiento de todo bullicio y su sugestivo silencio de tumba de vivos que por unos días entierran aquí el vértigo de las pompas mundanales.

Todo aquí es callado, tranquilo, bien oliente á la dulce poesía del campo y bien lavado por las espumas del mar, de cuyo seno surge Guethary como un búcaro de flores.

La playa es admirable de candor y bondad. Algunas inglesas, sencillísimamente vestidas y con los pies desnudos, cosen bajo enormes quitasoles. Veo aquí y allá lo que no he visto en Biarritz durante un largo mes : ¡ veo libros abiertos !... Veo otra cosa nueva en esta región: una partida de chicos, libres de las argollas de los cuellos y de la cárcel de las botas, jugando *sport*. Y entre las blandas olas chapotea un enjambre de niñitas, custodiadas, en la altura

de una roca, por unas monjas, cuyas blancas tocas semejan gaviotas que se aprestan á volar.

Poseído de la poesía de estas perspectivas, *Sileno*, moviendo melancólicamente la cabeza, me dice:

— Aquí no hay nada que hacer. Es demasiado hermoso para tomarlo en broma.

Pero en aquel mismo instante un bañista, en traje de baño, pasa majestuosamente con una carabina al hombro, y aunque la silueta es extremadamente cómica, continúan las inglesas imperturbables, con los ojos en los libros y con los pies desnudos en la arena.

Cae la tarde, y tememos el honor de tropezar con el automóvil de algún grande de España. Vamos á recoger nuestro carricoche, cuyo caballo dejamos al cuidado de un chico, que le espanta las moscas con un manojo de ramas, pasándoselo por debajo de la tripa, y al disponernos á salir descubrimos un letrero, *Café de Madrid*, en la fachada de un destartalado establecimiento. Una sola persona lo llena todo; una parisiense, exquisita en su abandono de recién bañada, que se ata el lazo de un zapato sobre un banco de la terraza del café.

Hicimos alto, y, por hacer algo, nos consagramos á unas rodajas de salchichón, cuyo peregrino cariz nos hizo sospechar que lo hubiesen

hecho con carne de algún gomoso de Biarritz que, habiendo venido equivocadamente á este paraje, muriese de súbito al encontrarse frente á frente con la Naturaleza...

UNA JORNADA SANGRIENTA

Un sol opaco, un cielo opalino y una lluvia copiosa tuvieron la bondad de acompañarnos, con mucho *chic*, en nuestra excursión á Hendaya, amenizándola de Anglet á Bayona un solo de clarinete en una estación del tranvía y un solo de violín en otra estación. El clarinete y el violín tocaban la marcha Real, y aunque eran republicanos todos los viajeros franceses que iban en el tranvía, y entre los españoles no faltaba alguno que hubiera oído con gusto *La Marsellesa* y algún otro que con el mismo gusto hubiera oído *La Carmañola*, casi todas las manos tendiéronse para socorrer al clarinetista y al violinista mendicantes bajo una llovizna otoñal.

Y apareció Hendaya en un relámpago del tren rápido. Un cicerone nos dijo, con sinceridad nunca oída en las andanzas de mi vida :

— Aquí no hay nada que ver...

Pero como vinimos á Hendaya á ver alguna

cosa, no había más remedio que verla. Suspenso en sus altas funciones el tranvía, porque los caballos estaban consagrados á comer desde las doce de la mañana hasta las tres de la tarde, emprendimos un viaje kilométrico por una espantosa cuesta, convertida por la lluvia en lodazal con peligrosos agujeros. Precedía la marcha el cicerone, al que se iban juntando espontáneamente otros cicerones salidos de no sé dónde, y al llegar á la población los cicerones constituían un ejército, á cuyos costados íbamos *Sileno* y yo como animándoles á dar una batalla. Ni por esas salían los vecinos, y ya empezábamos á sospechar que todos hubiesen sido víctimas de un cataclismo geológico, cuando sonó estrepitosamente una trompa de caza y apareció un cajón azul, haciendo un ruido de mil demonios : era el tranvía. Á su paso furibundo se abrió un tragaluz y apareció por un agujero la cara de una anciana venerable, cuya actitud en el agujero semejaba la de una rata saliendo de una alcantarilla. Luego se fueron asomando otras ancianas por otros agujeros, y con verdadero asombro vimos asomado á una tienda, no sé si dispuesto á tomar el tranvía, un maniquí de mujer, muy gorda, que nos miraba al través del azul de sus ojos de vidrio.

— Aquí no hay nada que ver — seguía diciendo el cicerone. Pero mirando á lo lejos,

vimos una gran señora, severa y hermosa, tantas veces cortejada en todos los idiomas, una dama exquisita, que destaca artísticamente sus perendengues en la falda de una cadena de montes y que contesta á sus galanteadores con la pausada y tristona lengua de su altivo companario, como declarándose muerta, aunque tan bella, para el amor de los hombres.

La rondamos en barca, haciéndola unas reverencias, y diciéndola « bendita seas, Fuenterrabía, entre las poblaciones de esta comarca », y bogando por la pintoresca ría, entre paisajes aplastantes por su hermosura solemne, llegamos á la célebre isla de los Faisanes, en la que ni hay faisanes ni los hubo nunca, islilla parecida á la de Robinsón en el Sena, y donde no hay que ver más que un monumento, con trazas de fúnebre, levantado « en memoria de las conferencias entre Felipe IV y Luis XIV que pusieron término á una empeñada guerra ».

Reflexivos y graves, *Sileno* y yo evocábamos recuerdos de aquella guerra empeñada y nos perdíamos en consideraciones respetuosas para Felipe IV y Luis XIV, cuando un perrito del barquero, acercándose al monumento, levantó una pata é hizo una incorrección sin nombre en la historia de los pueblos, y que, la verdad, nos indignó.

Un juramento español, estridente y mons-

truoso, nos hizo volver las cabezas respectivas y vimos à la orilla de un pueblo dos cañas d pescar, sostenidas por una pareja de aduaneros, español el uno, francés el otro, y bajo la inmensidad de un paisaje atlético y sombrío, coronado por un penacho de nieblas, vimos destacarse en una carretera solitaria la silueta de un fraile franciscano con hato y paraguas.

Beobia. Se llama Beobia el pueblecillo aquel, cuyo extraño aspecto nos movió á desembarcar en él á lo Hernán Cortés. En una garita como incrustada en un muro, un carabinero empinaba una bota, mientras que á su vera una mujer, con el seno al aire, amamantaba un crío, malamente sentada en un taburete, de donde pendían, enarcadas, las piernas. Un guardia civil vino á nuestro encuentro, y habiéndole preguntado yo si había qué comer en el país, me contestó con gravedad castellana, y juntando el ademán á la palabra, me indicó con un dedo seco una taberna próxima.

Una taberna que daba gloria el verla por lo limpia y arregladita, con un mapa de la guerra rusojaponesa pegado al blanco muro del salón. Á los pocos minutos de haber entrado en ella estábamos como en familia, yendo y viniendo de aquí para allá, y al meternos en la cocina, cuyas cacerolas resplandecían como las ascuas del fuego, salió la tabernera, admirable de juve-

niles hechuras, con ademanes imperiosamente bruscos; pero asomándosele por los ojos un alma retozona y desmintiendo con ellos la sequedad del gesto.

Arrancarán primero mis entrañas
que tu imagen de aqui,

la dije de despedida, y dejamos el pueblo envuelto en la humareda de su única fábrica, que es francesa, y francés el letrero con que anuncia que se dedica à aserrar maderas.

Un chiquitín, de envejecido aspecto, nos pidió « cinco centimitos por haber ayudado à atracar la barca », y lo complacimos en memoria de las gotas que *Sileno*, la tabernera y yo tomamos allí para poner término á una jornada sangrienta por el valdepeñas que corrió.

MAURA ENTRE CLAVELES

Sin la famosa *maison Louis XIV*, San Juan de Luz sería un poblachón de mala muerte, cruzado por chicas muy guapas que, naturalmente, quieren casarse, y algunas se casan de veras y otras parece que se casan, á juzgar por los resultados.

La casa de Luis XIV, que por sí misma, y como joya artística de inestimable precio, merece considerarse con curiosidad intensa, me guardaba una grata sorpresa de carácter personal é íntimo. ¡ Figúrese usted cuál no sería mi asombro cuando al entrar en dicha casa á pedir permiso para visitarla reconocí en la persona que la habita á un amigo mío y compañero de claustro seminarista, el artista Adolfo Marín Molinas, distinguidísimo discípulo de Sala !

Metíme, pues, de rondón, ó como Pedro por la suya, en la casa en que vivió mi eximio tocayo, y, previa presentación á la afable familia de Marín Molinas, á la que pertenece actualmente

la suntuosa morada de Luis XIV en San Juan de Luz, recorrí, hartándome de arte, el salón, el dormitorio, el comedor y hasta la cocina, donde pueden correr caballos.

— Aquí no tienes más que ver — me dijo Adolfo — pero al lado hay un pueblecito, Ciboure, que es un encanto.

Un encanto, árabe puro, encerrado en tierra francesa; con pedazos de pared que parecen de Granada; con rinconcitos que son una delicia de color y de silencio; con desiertas callejas, donde yacen esparcidas aquí y allá carretillas, jarros y otros trastos viejos; con balcones desvencijados, de los que cuelgan jaulas árabes, y con ventanas guarnecidas de vidrios verdes.

La iglesia, aunque ruinosa, resulta imponente por sus torreones mohosos y su cruz de piedra, de la que se desprende una sensación glacial, y la fuente, en la hondonada de una cuestecilla, que es un primor de arte, por cierto tengo que se la han robado á Argelia. La casa hechizada, *la casa del diablo*, deshabitada, ruinosa y muda al través de largas ventanas rojas, está indicada para *templo de la renovación*, en el que la bruja versallesa madama Christmann se dedique á limpiar á los mortales de esa *leprosina cobriza* que tanta guerra está dando á los *reporters* parisienses.

Sudando el arte de Ciboure por los poros de

la fantasía, un tanto acalorada, me hallaba en un coche del tren de San Juan de Luz á Bayona, cuando me volvió á la realidad la conversación de dos caballeros que hablaban del Sr. Maura.

Uno de ellos, que debía de venir de luengas tierras, hablaba de que « lo malo era que el Sr. Maura tenía fama en Cuba y en los Estados Unidos de ser un furibundo clerical ».

— Pues es un error — advirtió el otro caballero —. Maura es católico fervoroso y sincero; pero sin llevar al Gobierno sus convicciones personales. Recuerde usted que el único ministro que en treinta años recogió una bula de Su Santidad porque no tenía el exequátur es Maura. Recuerde usted la lucha de Maura con las Órdenes religiosas de Filipinas durante el mando del general Despujols.

— Lo recuerdo; pero no me negará usted que la actitud de Maura en lo del Concordato...

— En lo del Concordato, yo, y conmigo otros canovistas adictos á Maura, porque sus condiciones de carácter, que nos recuerdan á Cánovas, nos parecen excelentes, no sólo para sus amigos, sino también para los que le combaten, lamentamos que haya avanzado mucho... y más lamentaríamos que siguiera avanzando en ese camino... Si la votación se hiciera cuestión de Gabinete, cuestión de confianza, votaríamos con el Gobierno, porque, hoy por hoy, debe seguir

el partido conservador, al que sustituirá indefectiblemente el partido liberal, y debe seguir, porque una crisis gubernamental en estos momentos ocasionaría graves dificultades, al Rey inclusive, y porque ya es hora de que un Gobierno tenga estabilidad, cesando los sobresaltos que tanto daño hacen á España en el Extranjero, siendo éstos, no lo dude usted, la principal causa del estado de los cambios, los cuales responden á la seguridad, mucha ó poca, que inspira un país. En lo del Concordato, repito, preferible es el *statu quo*, hasta por interés de las mismas Congregaciones, para no exponerlas al peligro de un *contre-coup* de carácter personal...

Un empleado ferroviario interrumpió la conferencia, gritando :

— ¡ Bayoné !...

Y los interlocutores, despidiéndose cortésmente, se dijeron sus nombres :

— Ofarril...

— Lastres...

Bajé con ellos, y al disiparse aquella conversación, que nubló mis artísticos recuerdos con la sombra negra de Maura, volví á ver las enramadas frescas, los rinconcitos deleitosos y la callada fuentecilla de Ciboure al través de los verdes cristales de una ventana árabe, donde unos ojos negros mariposeaban sobre un tiesto de claveles, salpicados de niebla marina.

HÉROES Y POLLOS

El corresponsal de *La Discusión*, de la Habana, mi viejo amigo Hermida, no sólo es una autoridad en materia de boscajes, en cuyas espesuras suele extraviarse, no sé si con buen fin, sino que es también una autoridad en materia de pollos bien cebados y sabrosos, que en su boca desaparecen en un santiamén.

No hubiera, pues, cabido en un pozo el gozo que me causó el hallazgo de dicho compañero al entrar yo en la histórica Pau.

— Aquí verás — me dijo — cosas artísticas, de verdadera magnificencia, y (*ya pareció aquello*) comerás suculentamente, sobre todo pollos. No dejes de contemplar el parque Baumont, el bulevar del Jurançon, el palacio de Invierno, el palacio de Enrique IV, la plaza Real, la vista del Jurançon, que está enfrente, y si quieres comer un pollo como no le has comido en tu vida, anda á almorzar al hotel tal.

Algunos días han pasado desde mi visita á Pau,

y todavía me parece que estoy comiendo aquel pollo exquisito, y puede que en el buen concepto que tengo de Pau influya el recordarle al través del carapacho de aquel pollo, con tanta eficacia recomendado.

Enrique IV, precioso, retorciéndose el bigote en la torre de Saint-Germain des Prés, un Enrique IV que me recordó á mi amigo Llaneces cuando era joven y no pintaba cabezas de reyes, sino cabezas de burros bajo verdes enramadas adornando los portales de los paradores; Artagnan, gallardo y fiero, con el consabido *salud, noble Bearne*; la casa donde nació Bernadotte, Bourbaki y otros caballeros representados por el bronce, no lograron impresionarme tanto como el citado pollo.

El acto más transcendental de la vida en Pau es el comer bien y sosegado. La mesa allí es un altar; la comida, un sacerdocio; el trinchar es la ocupación guerrera de los bearneses modernos. Se admira, sí, á Artagnan; pero no se le seguiría en ninguna expedición belicosa que no fuese á la cocina, ni en ningún duelo que no fuese con un volátil, ni á entrar en un foso que no fuese la hermosa fronda, hermosa sobre todo encomio, del Jurançon. En los espaciosos comedores, que por lo cómodos parecen conventuales, de los hoteles de Pau el tiempo pasa sin sentirse, y el silencio necesario para saborear y

engullir bien sólo lo turba el glotón masticar de las quijadas. Todo el mundo está de buen año. En las pocas horas que estuve en Pau me occurió la cosa más extraordinaria de mi vida: engordé un kilo.

El cielo es azul pálido, ponderado el sol, tamizada la luz, plácidas son las brisas, penetrantes, sin dejar de ser exquisitos, los aromas que surgen del Jurançon, y por dondequiera que echa usted los ojos abarca un panorama admirable por lo poético, y por dondequiera que echa usted la nariz percibe las fragancias de un ramo de flores en el seno de una bearnesa, de cuyas hechuras bien pudiera decirse que han salido de un torno.

Tiene Pau todo lo que se necesita para vivir en la serena contemplación del cielo y de la tierra, y como objeto histórico, arrinconado en el desván de sus recuerdos, las guerreras hazañas de unos héroes que turbaron la placidez ambiente con un poco de gloria efímera, y que hubieran procedido con mayor cordura dedicándose á pasear por la plaza Real, frente al Jurançon, después de comerse un hermoso pollo sabrosamente condimentado...

CORRIDA DE PERROS

Monsieur Boulant, que debiera ser la persona más feliz de Biarritz y sus contornos, es, sin duda, la más desgraciada. Inteligente, emprendedor y porfiado, M. Boulant consiguió elevarse, de la ínfima categoría de camarero de café, al puesto de factótum y todopoderoso señor de esta región, y las clases más distinguidas. la aristocracia inclusive, de esta colonia veraniega, queriendo premiar el esfuerzo de este obrero y honrar su mucho mérito, alternan con él y no le desdeñan el té, aristocráticamente servido en las terrazas de los dos Casinos que maneja M. Boulant, el cual, millonario de francos, lo maneja todo, ó casi todo, en el país.

La fortuna, si tiene vasallajes, trae también aparejadas responsabilidades propias y envidias ajenas, y el acaparamiento que personifica M. Boulant le hace responsable, á los ojos del vulgo, de todo lo que ocurre en esta comarca, la sequía inclusive, porque es general la creen-

cia de que M. Boulant hace la lluvia y el buen tiempo.

Su jurisdicción no se detiene en Biarritz; pasa por Anglet, llega á Bayona, y en Bayona, como en Biarritz y en Anglet, cuando ocurre algo malo ya se sabe que la culpa es de monsieur Boulant, contra quien he oído cosas verdaderamente terribles y acusaciones verdaderamente espantosas, las cuales, por fortuna suya no llegan á los oídos de él, ocupado en dirigir el obsequio de un exquisito té y en recoger sonrisas de princesas y duquesas.

Monsieur Boulant ignora, seguramente, que de los tendidos de la plaza de toros de Bayona, durante la primera corrida, salieron las más atroces imprecaciones dirigidas contra él, en francés las más de ellas, y una pateadura tal que no me explico que no se desfondasen los carcomidos tablones de la plaza, que amenaza ruina.

Monsieur Boulant, según los tendidos, tenía la culpa de todo, y singularmente del mal ganado. Ignoro si le pertenece ó no á monsieur Boulant ese tanto de culpa; pero es indudable que aquellos toros eran unos peros flacos muy necesitados de beber tisana. Ignoro igualmente si las corridas que hay en San Sebastián son lo mismo que las *courses à l'espagnole* de Bayona; si así fuera habría que reconocer que el espectáculo nacional no ha escapado á la decadencia

que se nota en todas las cosas de un país que ha venido tan á menos después de haber sido tan grande en todo.

Una corrida de toros es hoy, poco más ó menos la *procesión del buey gordo* en los mataderos de París; sólo que los bueyes no están gordos, sino en los huesos. En la corrida de Bayona, los toros salían al redondel como perros amaestrados que siguen pacíficamente á quien los presenta en un circo ecuestre, á veces volviendo la cara y presentando lo contrario, como si hubiesen ido allí á tomar lavativas tónicas, y como en la suerte de banderillas les flaqueaban las piernas y caían de rodillas, como si estuviesen en la Gruta de Lourdes pidiendo el milagro de que les curasen la cojera, había que ponérselas á puñados, casi tirándoles de una oreja para podérselas colocar.

¡Qué desdicha! Y en estos perros que no podían más que echar la siesta, cebábanse las picas, dejándolos semicadáveres. Un picador dejó la suya clavada, como recuerdo, en el testuz del bicho, el cual resultaba tragi-cómico cabeceando con tamaña vara, que bajaba y subía como saludando, y cuando por casualidad rodaba del caballo un picador, iba el toro y se le subía encima, no sé con qué fin, porque se limitaba á olerlo. Luego, ante el espada, *la fiera* volvía grupas, á veces, y otras veces daba saltitos, apoyán-

dose en las patas traseras, como jugando á la comba; y lo más chusco era el *torrreador*, con asador en ristre, gritando á los del capote: — *¡De-ja-ló! ¡De-ja-ló!...* Ya ya, con fieras así, para el descanso y la cazuela, no se corre gran peligro de pasar á la enfermería. ¡Si no son siquiera perros; si son ratas con cuernos de cartón!...

Uno de ellos, delante de un picador desazonado, no sé por qué, pasó tan serio y meditabundo, que no parecía sino que le estaba oyendo una interviú; y luego, cuando, al parecer difunto, se llevaron á rastras el cadáver, cuyo carapacho semejaba el de un gato, se rompió el encuarte y ya iban á desaparecer las muillas sin que se hubiese notado que la fiera continuaba de cuerpo presente en medio del ruedo.

Y los franceses le gritaban:

— *¡Co-chi-nó!... ¡Co-chi nó!...*

Con frecuencia leo que la supresión de las corridas de toros sería lo único capaz de producir una revolución en España. Esa revolución la llevarán á cabo, lenta, pero seguramente, los toreros, los banderilleros, los picadores y los toros, supriméndose á sí mismos. Ya falta poco.

EL PAÍS ES SANO

Señoras y señores :

Por encargo del *Heraldo de Madrid* he venido á pasar una temporada en este país de Gascuña y desde él tendré que escribirles á ustedes sobre París, etc.

Por ahora todo lo que puedo comunicarles es que el país es sano. No me refiero á la salud física, que, como en todos los pueblos, al decir de sus vecinos, es inmejorable.

— Aquí no se muere nadie — dicen en todos ellos.

— Aquí puede usted dormir tranquilo y con la casa abierta, porque no hay ladrones.

No huelga, sin embargo, el tomar precauciones higiénicas, ni el echar la llave al cerrojo, porque en todos los pueblos donde oí tales augurios hay cementerio y cárcel.

El país es sano. Hablo de las costumbres y cuento lo que he oído. Yo me guardaré muy mucho de meter las manos en el fuego por las

costumbres de ningún pueblo. ¡ Si yo fuera insecto !... ¡ Si pudiera colarme por los tejados !...

El país es sano, porque es á la pata la llana, eso sí. Todo el mundo se conoce y se tutea. Aquí es donde se practica verdaderamente lo de *Salud y revolución social*. No hay modo de escapar, porque si no le conocen á usted le saludan para entrar en conversación. El primer día le dicen :

— Buenos días, señor.

Al día siguiente :

— Buenos días, señor Fulanez.

Y al tercer día :

— Buenos días, Fulanez. ¿Qué tal se ha dormido? ¿ *Te* pinta el país?

Al salir usted de casa salen de las suyas las vecinas del barrio, saludándole ; detrás los rorros chillando, que es un modo de saludar, y en seguida una serie de perros ladrando, que también es un modo de saludar. Estos perros suelen morder ; pero sus amos no se dan prisa en detenerlos. Hasta que no le ve colgado de las pantorrillas de usted, la dueña del perro, inmóvil en el portal, se contenta con decirle cadenciosamente :

— Ven, *Fichi*, ven...

Y á usted :

— Pierda usted cuidado. Es mansito.

El país es sano. Ayer, domingo, el buen señor

cura iba por ahí fisgando casas, deteniéndose hulmidemente en portales y al alcance de las ventanas de las cocinas, y preguntando :

— ¿Qué tal ? ¿Qué tal ? ¿Se ha oído misa?..

Y á una parisiense que, por ignorar las costumbres del país, cosía en la ventana de la cocina, el señor cura la dijo :

— ¿Cómo trabajas, hija mía, en domingo ?

Naturalmente, yo también he recibido el saludo y la visita del señor cura. Muy amable. Ya sabía él — porque ¿qué no sabrá un señor cura de estos contornos ? — que soy periodista. El señor cura pareció muy complacido de que le confirmase la noticia, y me habló de España y su política.

— ¡ Ah, ustedes son dichosos ! Tienen Maura. ¡ Ah, ustedes van por buen camino ! ¡ Qué diferentes nosotros, guiados por Combes ! Somos *malheureux*, hijo mío, *très malheureux*.

Y después de una pausa :

— ¿En qué periódico escribe usted, si no está mal preguntado ?

— ¿Yo ?... Pues... pues... en *La Época*.

— Bien, bien ; así me gusta, hijo mío.

Al despedirnos, no atreviéndome á decirle mi nombre, me permití tomar el de un gran personaje.

— El marqués de Pidal para servir á usted.

— ¡Cielos! ¡El marqués! ¿Será cíerto que tengo el honor de hablar al marqués de Pidal?

— El honor es mío, padre.

La vecindad, impuesta por el cura, me saluda sin tutearme.

— ¡¡¡El marqués!!! — exclaman, curvándose, al verme cruzar con dignidad los senderos del pueblo.

Pero me cobran igual en las tiendas de comestibles.

¡El país es sano. Es uno de los pocos de Francia en el que los caseros no se quejan de los chicos de los inquilinos, y es que el pueblo resulta una nube de chicos. La panadera llega á la puerta con cuatro críos, escalonados; la lechera, con seis; la verdulera, con nueve y bombo. Naturalmente, no pueden quejarse de que los extranjeros tengan sus costumbres...

Tienen las gasconas cosas muy ricas en su carácter, pero ocultas, tapaditas, formando parte de eso que se llama misteriosos encantos de la mujer. Son guapotas, lo que es un encanto, y naturalotas, lo que es más encantador todavía. Lumbre de este sol violento y audaz cae en sus ojos, dándolas expresión de embriaguez erótica, y la mimosa niebla que se desprende del mar, cuando atardece en Biarritz, entra en sus corazones. Son estas mujeres cardo por fuera

y pastaflora por dentro. De ellas puede decirse que lo llevan en la mano.

Y como viven entre el confesonario y la alcoba dan buenos frutos de bendicion.

Sí, el país es sano.

ÇA SENT LE FROMAGE

Como lo que abunda en Biarritz son aristócratas españoles, no tiene nada de extraño que un cronista, aun siendo tan plebeyo como yo, tenga mil ocasiones de rozarse con duquesas y marquesas. Tantas juntas no las había yo visto ni en Asniéres... En el Casino, en la chocolatería, en el bar, etc., conversa usted con una señora creyéndola una dama cualquiera, y luego le dicen :

— Esa señora con quien estaba usted hablando es la duquesa de...

Voy creyendo que es un bromazo de mal género que me gastan amigos pillines, porque, si bien la tierra es fecunda en esta región, no se concibe tal cosecha de duquesas.

De lo más encopetado, con no sé cuántos cuarteles en su escudo, es la señora duquesa con quien tuve el honor de hablar en la playa esta mañana. No esperaba yo ese honor, ciertamente, cuando la señora duquesa, con la naturalidad no

aprendida que distingue y caracteriza á las gentes de pura sangre azul, me dijo de buenas á primeras :

— El mayor encanto de Biarritz es que se oye hablar español en todas partes y se recuerda la patria.

Esta afirmación, á la que asentí inmediatamente, fué embocadura de una charla interesante y si se quiere instructiva.

¿Era jóven la señora duquesa?... ¿Era guapa la señora duquesa?... No sabría yo decirlo, porque un espeso velo, en forma de escafandra, y de color, por más señas, tapaba su rostro á mis miradas indiscretas, tal vez voluptuosas.

— ¿No le seduce á usted esta playa? — me preguntó, con doliente voz, la señora duquesa.

— Es admirable. Fíjese usted en que es la única teatral de Europa. Á primera vista parece un teatro.

— Evidentemente...

— Fíjese usted, continuó diciendo, en que el cerco de la playa es un coche parado. De arriba, del Casino, de los hoteles, de las casas vecinas, convergen las miradas al hoyo que forma la playa, y á su frente, en el mismo plano, hormiguea un gentío bullicioso. Bajo los porches del Casino las gentes veraniegas, muy vestidas, pasean como en la Castellana, ó *aperitivean* en la terraza del café de la playa, mientras una

orquesta de guitarras y bandurrias toca un paso doble decidor y alegre, genuinamente español. Y al mismo tiempo — fíjese usted — otra clase de público bulle en la arena. Pasan vendedores de dulces, vendedores de panecillos, vendedores de periódicos, vendedores de globitos Santos Dumont, vendedores de tarjetas postales, etc., y los gritos de estos vendedores se confunden con los gritos de los bañistas, con las notas del paso-doble y con el murmullo del mar. Le digo á usted que es una preciosidad.

— Evidentemente...

— Una preciosidad realzada por el decorado Vea usted arriba centenares de curiosos en azoteas y balcones; sobre las rocas que surjen del mar, en la rampa móvil que sube, como anillosa serpiente, de la playa á la población; en los boscajes que, cual nidos colgantes, aparecen en cuestas, suspendidos sobre el abismo... ¿Dónde, dónde ha visto usted un panorama igual?...

— En la feria de Neuilly, señora duquesa.

— Eso, en alguna playa inglesa, no puede menos. Pero no en una playa francesa ni española.

Respetuosamente, casi diplomáticamente, me atreví á decir á la cachondísima duquesa:

— La opinion de usted, señora, en lo que toca á apreciar esta playa como un anfiteatro, me parece

exactísima, tanto, que más de una vez, en las alturas, he cerrado los ojos para abstraerme y al abrirlos nuevamente á la luz he creído hallarme en el circo de Bostock... Sí, señora duquesa, esta playa me ha producido la impresión de que el Casino, las azoteas de los hoteles, los balcones de las casas y los boscajes son palcos; el paseo del teatro, lo que los franceses llaman *promenoir*, es el paseo bajo los porches; las butacas son las sillas colocadas en la arena; no falta la orquesta para amenizar los entreactos, y los bañistas, mirados de lejos, son las fieras del circo: enormes focas, algunas bigotudas, que son viejas fondonas; tremendos elefantes, que son bañistas entrados en años, moviéndose de mala gana y con paso tardo; bellísimas panteras, que son jóvenes guapas, cuyos felinos movimientos los contempla el público con voluptuosa fruición; escuálidas girafas, que son solteronas larguiruchas y secas por el rescoldo del amor erótico incumplido. De todo hay, señora duquesa, en la *menagerie* de la playa.

... Es domingo. De Bayona, de Anglet, de San Juan de Luz, de San Sebastián, de todo el litoral cantábrico han venido bañistas que forman legiones y se zambullen en el mar, cuajado de cabezas con capuchones carnavalescos; y en aquel momento interrumpió mi charla con la duquesa un atlético bañero, de atiburonada

complexión, el cual, riendo con otro de su oficio y señalándole despreciativamente el mar, dijo :

— *Ça sent le fromage...*

Á LA ESCUELA

El veraneo español está acabando en esta playa. En los meses caniculares de julio y agosto, cuando Biarritz es un infierno, miles de españoles, más madrileños que españoles, que se llaman á sí mismos distinguidos, establecen sus reales, más ó menos de guardarropía, en esta villa. Más tarde, á mediados de setiembre, hay una limpia general de madrileños, más ó menos sebosos y gorrones, y entonces vienen los rusos, que no sé si este año los dejará venir Kuroki, y más tarde aún, cuando llega noviembre, hay una limpia general de rusos, más ó menos principescos y entonces vienen los ingleses, que, siempre prácticos y oportunos, aprovechan esta playa verdaderamente invernal.

Cada canícula la colonia española va dejando peor fama, porque no gasta y da *lata*, obstruyéndolo todo con su aspecto aparatoso. Los aristócratas, por regla general, no tienen una peseta,

y el que la tiene la mira mucho antes de cambiarla. Son aristócratas peseteros en el tapete verde del Casino, donde algunas duquesas y marquesas, sentadas con las piernas abiertas, sin duda por inveterada costumbre, fuman cigarrillos y se revuelven, en *pêle-mêle* bizantino, con *cocottes* de frondosas recámaras y poco fuste, pasando el verano entre el Casino y el viacrucis. Componen, en su mayoría, una aristocracia achulapada, soez, ignorante, avara y por todos conceptos apestosa, con bajos mesalinescos y con voces broncas de arriero colérico. Por todo esparcimiento y gasto convierten las calles céntricas de Biarritz en noria, á modo del *Angel caído* del Retiro, y arrellanadas en carrozones ridículos van de aquí para allá, dándose *pisto* con asomar las cabezas por las portezuelas. Son tan idiotas como sus pies.

La titulada clase media no gasta más que diez céntimos en sentarse en silla de paja, para que le vean los perendengues, porque á emperegilada no hay quien la gane. Hombre hay con una docena de trajes para él solo, cinco sombreros y seis brillantes, de los gordos y ordinarios, en el dedo meñique; y, como muy pocos se bañan, los hay que conservan durante el verano carbon del tren y polvo del camino en las orejas, que suelen volver á Madrid con inequívocas señales de haber sido defecadas por las moscas de Biar-

ritz. Toda la intelectualidad de estos lechuguinos consiste en ponderar el valor de Maura y en requebrar, con chicoleos que á veces son groseras injurias, á las mujeres que pasan; de modo que tienen la boca llena de los atributos de la virilidad de Maura y de palabrotas que expresan deseos de ayuntamiento carnal; pero como el que más y el que menos, por avaricia y vanidad, está esperando hacer una conquista, ó tener *de rositas* una hembra, se vuelven á Madrid como vinieron, hechos unos faunos como los del *Bois de Boulogne*, mancillando, con su plétora de erotismo, la atmósfera de las estaciones y de la via férrea.

Biarritz detesta á los unos y los otros. Atascan las calles, contoneándose con solemnidad que da risa; se aglomeran alrededor de una mesa de café, y mientras uno solo de la peña consume un aperitivo de 40 céntimos, media docena está de bruces sobre la mesa, y nunca falta un tertuliano que en pie, y con los brazos en jarras, impidiendo el paso, perore de las pelotas de Maura — aunque no se sabe que este señor sea pelotari — haga el molinete con el bastón y cruce la calle con un escupitajo de bronquitis crónica disparado al través de una dentadura inmunda y casi siempre sifilítica.

Gentes ineducadas que, en vez de pasar el verano en una playa francesa, debieran pasarlo

en una escuela inglesa aprendiendo buena crianza aunque solo fuese por no dejar en el extranjero la impresión de que somos unos salvajes prendidos con veinticinco alfileres.

AHÍ QUEDA ESO

Estación de Burdeos, 14 de septiembre.

Si yo tuviera que hacer una *Guía de viajeros* con instrucciones útiles á los mismos, al llegar á esta hermosa ciudad diría:

Burdeos, primera estación francesa cuando se viene de la frontera española.

Claro que Burdeos no es *todavía* el Norte; pero tampoco es completamente el Midi. El diario tráfico con París y la velocidad de trenes rápidos de veras han acortado extraordinariamente la distancia que separa á la burguesa del Garona de la maga del Sena. Ya aquí el sol está más civilizado que en las candentes Landas y el cielo suele tener ribetes opalinos. Ya aquí empieza á no haber ni chinches, ni mosquitos, ni moscas, ni mariposones, ni rastacueros.

No serán bordelesas las más de las gentes que cruzan con rapidez neurótica los andenes de esta portentosa estación; viajeros que recorren febrilmente el último periódico, sin soltar

la maleta, y viajeras que se arremangan las faldas para andar más de prisa, sin cuidarse de mirar ni de que las miren. Pero si la mayoría no es bordelesa, son muchas las bordelesas que parecen parisienses por la fuerza del contagio, y Burdeos resulta la antesala de París, del vértigo de la vida francesa, del andar, andar y siempre andar, lo mismo de joven que de viejo; que yo recordaré siempre la frase de una obrera anciana que, al tirar su saco sobre un banco de una plaza de París y sentarse ella, exclamó con un suspiro:

— ¡Y todavía se es dichoso de tener nalgas para sentarse!...

Á medida que me voy acercando á lo *mío*, á lo que he vivido tantos años, recuerdo que he estado dos meses como sumido en el cataléptico sueño del Midi, y, recordando también lo que he escrito sobre estas tierras, voy haciendo examen de conciencia...

¡Qué alboroto y qué comentarios tan midinescos han levantado mis crónicas biarrotas, las más bondadosas que he escrito en mi vida! Un día se me aparece en Anglet el director de *La Correspondencia Militar*, y me cuenta que la comidilla de la conversación de aquel balneario y la de los viajeros del tren donde vino él es « lo mal que trato á Biarritz ».

En Biarritz, Espinosa y otros amigos míos me

cuentan sigilosamente que hay veraneantes que preguntan :

— ¿ Pero qué le ha hecho Biarritz á Bonafoux ?... ¿ Qué se propone con esa campaña tan atroz contra una playa tan admirable, *á juicio de todo el mundo ?*

Otros veraneantes, al tropezarse conmigo, se tactan los codos, como diciéndose : — *Ese es...*

Del gremio de periodistas no se diga. ¡ Están asombrados de que yo no crea que Biarritz es *Eldorado*, de Voltaire ! Un articulista, *Zaide*, de *El Francoespañol* — órgano, dice él mismo, de los intereses de España en Francia — escribió desde Bayona :

« Ahora que el secreto de la villa admirable ya no existe para mí, prometo, y aun juro, expiar mi culpa concienzudamente. ¡ Ya no hay fuerza humana que me arranque de este paraíso ! Ni Bonafoux siquiera. Porque yo creo que el ingeniosísimo é inimitable cronista del Heraldo quiere guasearse de su público. ¡ Mire usted que decir á éste que en Biarritz no hay nada, que se aburre un hombre de carne y hueso !...

« Y conste que yo no conozco todavía el suelo que piso. En unas horas nadie ha hecho prodigios más que Don Juan Tenorio. Porque eso de las *primeras impresiones* es otra broma de la gente de pluma, eternamente humorista. Eso

que ella llama *primera impresión* suele ser siempre la quinta ó la vigésima. ¡Como que yo contemplo todavía la villa á través de un par de telas de araña! Pero amigo, ¡hay cada cara y cada cuerpo! »

Esas caras y esos cuerpos los elogié cien veces en mis crónicas; pero, amigo, en el mundo hay más; quiero decir que la Venus, muy agradable á sus horas, no es toda la vida. Á mí no me convencería quien me dijese:

— Cierto que aquí se suda el quilo, que la sociedad es de lo más cursilito de Europa, que efecto del calor, ó de lo que sea, hay varias epidemias, que no se riegan bien las calles y que la polvareda es atroz, y hay moscas en los cafés; pero... ¡la señora de al lado es tan guapa!...

« *Pour le moment*, las esculturales y graciosas vírgenes (?) biarrotas monopolizan la admiración de los forasteros, y la refrescante brisa que viene de mar adentro descubre muchos encantos, que se trocarán en armas temibles cuando sean manejadas hábilmente por las Aspasias y Frinés en estado naciente. »

Decía *Miss-Teriosa*, metiéndose, á la verdad, en camisa de once varas y faltando con semejante admiración á las biarrotas. Por fortuna de éstas, por mucho que descubra la brisa que viene de mar adentro, no llega á tanto. Aspasias,

Frinés y Citereas es toda la conversación, como si las tales no estuviesen en todas partes

Y luego, consolándose con la esperanza de un triunfo á la larga, añadía :

« En llegando el día 1º de septiembre, boca abajo todas las playas del mundo. Las « grandes semanas » de Trouville, de Vichy, de Luchón de Aix-les-Bains y de otros puntos han pasado á la Historia. »

La gran semana de Vichy supongo que sí, porque allí no hay grandes semanas más que para los que curan del estómago. ¡Pero la gran semana de Trouville, *ma chère Miss-Teriosa !*

« Biarritz es la voluptuosa, la irresistible, la encantadora sultana de Occidente, que recibe á sus cortesanos y á sus cortesanas tendida en la playa del mar Cantábrico.

« Y Bonafoux vendrá á rendirle pleito homenaje el año próximo.

« Ésta será la *revanche de Biarritz.* »

Bueno, amigo mío, bien está. Volveré á Biarritz por complacer á usted; pero, aunque sólo sea porque es usted casero en el pueblo, coopere á sanearlo, poniéndolo en condiciones habitables para los que vayamos del Norte.

Voy haciendo examen de conciencia, y de nada me acuso. Al alejarme de estos parajes, en cuya parrilla he estado tostándome vivo todo un verano y creyéndome en el *pinar de las de Gómez*,

una duda atormenta mi espíritu : la de que mis crónicas no hayan merecido la aprobación de mi abuelo paterno, que era del Midi y dejó sus huesos en la tierra donde nació. La idea de haber turbado la tranquilidad de esos huesos venerables, del eterno reposo de un abuelo que, á más de valer mucho — por ser abuelo mío — era *cocardier*, gran patriota y admirador de Napoleón, me nubla los ojos y me entristece el corazón.

Si le he dado á usted un digusto, abuelito, usted dispense...

MARSELLA KRÜGER

I

Vamos entrando. — Aquí de Jean Lorrain. — Los monumentos y Beltrán y Rózpide. — ¡Qué situacion la de los marselleses! — Todos me toman el pelo. — Meditemos...

Un rayo de este fuerte sol meridional, que me revienta porque me recuerda el del trópico, y un fuerte olor á *bouillabaise*—especie de sopa de pescado azafranada é insoportable— me avisaron, antes que el cantaor de la estación, la llegada á Marsella.

Aquí vendría bien que yo anotara las sensaciones de Jean Lorrain en Marsella, haciendo un parrafillo por este estilo:

—Marsella, la ciudad de la bulliciosa Cannebière; Marsella, la Cosmópolis por excelencia; Marsella, la del cielo azul y del sol dorado; Marsella la ciudad donde ríen cristalinamente Pierrot y Colombine; Marsella, en fin, la capital de la exquisita *bouillabaise*. ¡Oh. Marsella!... ¡Ah, Marsella!...

Pero no, no esperéis de mí un largo descubrimiento de una población que conoce al dedillo cualquier viajante de comercio. Los monumentos no son mi fuerte. Arène ha dicho que los parisienses no conocen los de París. Yo, aunque no soy parisiense, ni quiero ser más que Bonafoux, tampoco conozco todos los monumentos de París, y los que conozco es favor del eminente geógrafo Beltrán y Rózpide, que el mes pasado iba enseñándomelos.

—Esta torre que ve usted aquí es la célebre torre Eiffel—me decía.

Y poco después, deteniéndose:

—Aquí tiene usted el Elíseo, palacio donde habita el presidente Loubet.

Yo no he venido aquí á ver la Cannebière, que es un bulevar sietemesino, ni á oir decir á las chicas marsellesas, según Lorrain cuenta que dicen á las mamás :

—Mémé, c'est un aspirant qui me pince le...

—Hé! fous-y une bouffe, ma fille...

—Mémé, l'aspirant il m'offre cent sous.

—Hé! laisse-le faire alors; ton père, il ne gagne pas tant à l'arsenal...

. . . .

¡Yo no he venido más que á ver á Krüger! Todo lo que no es Krüger me tiene sin cuidado. Si algún « compañero » me invita á dar un paseo, al punto le pregunto:

—¿Con Krüger?

Y en verdad que el viejo presidente, su Biblia y su pipa son la preocupación de la Cannebière. Se fuma á lo Krüger; se bebe *bocks* á lo Krüger; se sirve la *bouillabaise* á lo Krüger, y si no se ama á lo Krüger, es porque Krüger tiene setenta y cinco años. El pueblo marsellés entona á grito pelado el *Salut de la France à Krüger*, y todos cantamos en honor de los boers:

—¡Vivan los boers!... ¡Abajo...

La frase no termina. Lo tiene prohibido el señor alcalde.

—Es un anglófilo—dicen los nacionalistas venidos de París.— Hay que matar á la Flaissières.

Pero los marselleses ríen. ¡Ah, esos marselleses!...

Voy observando que estos ciudadanos son muy aficionados á « quedarse » con el prójimo. Practican en grande escala la *rigolade*, que me parece excesiva. La criada que sirve el desayuno pregunta con chunguita:

—¿Conque en su país de usted se desayunan?

El portero que abre á media noche el portal, sale de la portería para decir á usted :

—¿Conque también en su tierra de usted duermen las personas?

A mí me toman el pelo cada cinco minutos, sobre todo cuando pregunto por dónde se va á

tal parte, Me hacen ir por la derecha, luego por la izquierda, vuelta á la derecha, otra vez á la izquierda, y por último me dicen que se alegran de verme bueno.

Como al país donde fueres, haz lo que vieres, yo, aunque refractario á bromas, ora ligeras, ora pesadas, he resuelto dar una que sea sonada. Meditemos...

II

¿Cómo está el Zar? — ¡Pobrecito Zar! — Napoleón inconsolable. — La defensa del hogar. — La manifestación tal cual debe ser. — La majestad del caído.

La tifoidea del Zar de Rusia nos está aguando la fiesta. Aquí, como en toda Francia, se quiere y se venera al Zar. No nos da tan fuerte como para imitar á los mujiks, que ruegan por el *Padre Zar* de rodillas en la plaza del palacio petersburguense y encendiendo cirios á San Sergio, á San Iván, á San Nicolás y otros eximios santos de la corte celestial. Pero no puede negarse que todos estamos pendientes del intestino tífico del Zar.

— ¿Sabe usted algo del Zar? — me pregunta tres ó cuatro veces al día la señora del hotel donde vivo.

—¿Qué noticias hay hoy del Zar?

No se oye otra cosa en la calle; y el buen pueblo marsellés se compadece del « pobrecito Zar » cuando lee que S. M. se levanta á la seis de la mañana y se acuesta á las doce de la noche, trabajando dieciocho horas al día. (Es la misma vida que hago yo; pero si yo fuera Zar me levantaría á las catorce, y ni tampoco cinco minutos trabajaría en todo el año.)

— ¿Ha leído usted lo que dice *Le Petit Journal?* ¡El Zar lee veinte periódicos todos los días!

— Pues tendrá la cabeza como un bombo. Lo digo porque yo leo escasamente media docena, y cualquier día me encierran.

Es el diálogo general, que relega á segundo término las curiosidades que despierta la llegada de Krüger.

En estos días, Napoleón, Napoleón Hayard, apodado

l'empereur des camelots,

está inconsolable, por la enfermedad del Zar y por la consecuencia de la enfermedad, consecuencia que para este Napoleón de la decadencia se traduce en el estancamiento de su negocio de escarapelas con colores franceses y boers, alfileres de corbata con el retrato de Krüger y canciones á su gloria.

El público se limita á contemplar el bronce la

Defensa del hogar, obra del escultor Boissot, que el Comité marsellés regalará al presidente Krüger.

Las tendenciosas observaciones de *L'Etoile*, de Bruselas, que quiere evitarle el triste espectáculo de los atropellos y vejámenes á que daría lugar una contramanifestación; la actitud francamente gubernamental que ha tomado el alcalde de esta ciudad; el estudiado apartamiento en que se hallan los cónsules generales, y otras incidencias que se publicarán más tarde, han refrenado el ímpetu popular, rechazando odiadores gritos que pretendían mezclarse á afectuosos vivas y limitando la manifestación á sus verdaderos términos : á los del respeto y el afecto que inspira « la majestad del caído » después de luchar duramente por mantenerse en pie.

Y así será una manifestación á gusto de todos : del Gobierno, que ha ordenado que se reciba á Krüger como á personaje distinguido, pero olvidando su personalidad propia ; del pueblo marsellés, que, siendo cosmopolita, aspira á estar bien con todo el mundo ; de los boeristas sinceros, que no quieren empeorar la situación del Transvaal ; de los mismos ingleses, en fin, que no tratan de cercenar los honores debidos á Krüger en desgracia...

III

¡Maldita política! — Horribles acusaciones. — Italianos cuchillo en mano. — Ingleses tragando maroma. — Luca de Tena y Chamberlain. — Me declaro primo de Krüger. — Manifestaciones en mi honor.

¡Maldita política! Ya tienen ustedes á Marsella convertida en campo... transvaaliano. Dudo mucho que entre ingleses y boers se riñan en el Transvaal más batallas que entre nacionalistas y antinacionalistas franceses en Marsella. Cuando parecía que se habían agotado todas las invectivas y acusaciones, he aquí que los antinacionalistas acusan á los nacionalistas de querer hacer una manifestación contra el Gobierno de Waldeck-Rousseau, antes que á favor del presidente Krüger; y los nacionalistas, á su vez, acusan á los antinacionalistas de atentar al patriotismo.

— Esa manifestación que ustedes van á hacer, es falsa — dicen los antinacionalistas. — Eso es una mascarada en contra del Gobierno, con la única intención de crearle conflictos, y los manifestantes cobran á razón de tres pesetas por cabeza.

— Esa contramanifestación que ustedes proyectan hacer es una infamia — contestan los nacionalistas .— ¡Están ustedes vendidos al oro

inglés! Y con el oro inglés habéis pagado à razón de dos pesetas por cabeza la turba de italianos que vive en Marsella, para que, llegado el caso, se echen á la calle con el cuchillo en la mano...

— ¡Sois unos miserables!

— ¡Sois unos canallas!

— ¡Sacristanes!

— ¡Exóticos!

Los periodistas ingleses callan y escriben. Yo me figuro que estos señores periodistas deben estar pasando las de Caín.

De regreso de Londres, el Sr. Luca de Tena me decía :

— Lo que más me ha chocado en la cuestión del Transvaal es que toda Inglaterra, absolutamente toda, piensa con Chamberlain; de modo que Chamberlain es lo que es porque Inglaterra quiere. Un viento de imperialismo corre por Londres. Un airazo de guerra sale allí de todos los corazones. Aristócratas, burgueses, pueblo, grandes y chicos, hombres, mujeres y niños, en todas las manifestaciones de la vida inglesa, hasta en los más recónditos suburbios y en los más insignificantes cafés-conciertos late un patriotismo que parece morboso, una locura, un delirio de patriotismo.

Yo recuerdo el juicio de nuestro distinguido compañero en la Prensa cada vez que escudriño

la impasibilidad de estos periodistas ingleses, que oyen como quien oye llover los denuestos de los nacionalistas. ¡Pero qué procesión no les andará por dentro!

Como en Rennes, la discordia política envenena el ambiente de Marsella y afea la alegría pública. La tormenta arrecia desde ayer.

¡Y yo que estaba gozando lo indecible! Devolviendo broma por broma á los marselleses que me tomaban la cabellera, me declaré, no sin cierto misterio, primo de Krüger. Entonces la patrona del hotel, madama muy lista y metida en carnes, me manifestó que ella « se lo tenía tragado ».

— En cuanto le vi á usted entrar por la puerta de casa, — observó — pensé que usted venía del Transvaal. ¡Ah, ese color de usted no tiene pérdida! Además, no podría usted, aunque quisiera, negar el parentesco, porque se parece usted á Krüger como un huevo á otro huevo.

— ¡Señora!...

Como le hablé en reserva, la madama se dió prisa en contar á toda Marsella que tiene en su casa un primo de Krüger.

— No le recuerdo bien — parece que ha dicho la señora Eloff, interpelada por *La Patrie*.

— No tiene nada de particular — me apresuré á advertir .— ¡Como somos tantos primos en la familia!

Marsella entera me ovaciona. Ya me ha dicho la patrona que no piense en ofenderla con pagar el hospedaje, que harto honor es para ella el tenerme en su casa. Cinco sastres me han pedido las medidas para hacerme ropa, gratis, por supuesto. Y pasan de catorce las citas que me han dado linajudas damas para ir esta noche á la Cannebière.

Desgraciadamente, no voy á poder contentar á todo el mundo, y es lástima. ¡Son tan guapas las marsellesas y huelen tan ricamente á *bouillabaise*!

VA BENE

...Y no sólo Venecia, sino toda Italia, es un gran corazón. Gran corazón la mujer italiana que vive para amar y ama con pasiones, ora dulces, ora ásperas, siempre grandes ; gran corazón el hombre italiano, que no se limita á odiar en su propia patria y extiende su vengador brazo á todo el mundo ; gran corazón la tierra italiana, que, como ha dicho Scholl, « oye lo que dicen los bosques de los Alpes y de los Apeninos, se baña en dos mares, el Adriático y el Mediterráneo, que la envían, como dos ecos eternos, los estampidos de la tempestad ó las melodías lascivas de la serenidad ; todo canta alrededor de Italia, desde el Lido hasta el golfo de Tarento ; todas estas voces, estos ruidos, estos murmullos, todos estos alientos crúzanse y confúndense sin dar una nota falsa ; y en ningún otro país la Naturaleza dió á los árboles, á las montañas, á los valles, á los jardines, tantos suspiros amorosos, tantos murmullos afelpados ».

En una tierra así, en la tierra del Lido y del Vesubio, la aparición de un centinela con casco y plumas de gallo, en la frontera, resulta un atentado á la belleza. Porque tiene razón Scholl : en Italia todo canta. Brillantes oficiales, envueltos en amplias capas azules, forman corro para comentar la última parada, y terminan por cantarse en voz baja la última partitura que oyeron en la plaza de San Marco. Los empleados de las estaciones, cuando las cantan, parece que cantan la *Traviata*. ¡ Bellinzona ! ¡ La estación de Bellinzona ! Y la vocean de arriba abajo, á lo largo del tren, una docena de empleados, con voces de tenor los unos, con voces de barítono los otros.

— ¡ Bellinzona... *cinqui minuti !*

¡ Cinqui minuti ! No, no es idioma para mandar soldados á la matanza. Es idioma para servir á usted, y los italianos son amables, serviciales y desinteresados. Todo el mundo aquí es atento sin esfuerzo ni artificio ; todas las gentes están propicias á hacer de ciceronis gratuitos, al revés de otras gentes que, cuando me enseñan con la mano derecha una calle, me registran con la mano izquierda la faltriquera del bolsillo...

¿ Por qué exigir á este pueblo, cuyo pasado es tan grande y tan hermoso que aun llena el mundo, por qué exigirle el progreso material del modernismo ?

Desdicha grande es que los italianos quieren europeizarse á lo moderno, porque pierden su característica — á más de perder el tiempo — y se hacen cómicos. En todas las estaciones ferroviarias he visto una oficina que, con letras muy gordas, dice :

MOVIMENTO,

y allí no ha habido nunca movimiento de ninguna clase.

En todas las estaciones ferroviarias he visto una oficina que, con letras muy gordas, dice :

ILLUMINAZIONE ELECTRICA,

y allí no arde ni un mal candil.

Cuánto más hermoso y sincero es oir decir al llegar á una estación :

— ¡ Milán... 64 minutos de parada !

— Pero ¿ qué ocurre aquí ? ¿ Qué parada es ésta ?

— ¡ Es que el tren va á hacer maniobras !...

Y durante una hora larga ve usted que su tren baja y sube, y va y viene, haciendo la máquina *fofó*, *fofó*, mientras usted se embute, entre pecho y espalda, un salchichón de Milán con media botella de vermouth, del que vuelve loco á Baccovich.

Hasta el horario es guasa viva. En un buzón de correos leí :

Primera recogida, *á las 14.*

— ¿Á qué hora se almuerza? — pregunté en el hotel Luna.

— ¡Á las 27 y 1[4!

En el palacio de los Dogs, que, según me refirió mi amigo Ricardo Fuente, un redactor del Diccionario enciclopédico de Garnier tradujo por palacio de los *Dogos* — por lo cual el Diccionario se vende como pan bendito para ilustración de las masas — un ciceroni se permitió esta bromita, al enseñarme un calabozo de escritores:

— Usted, como periodista, habrá estado varias veces en presidio.

— No. Porque cuantas veces estuve en peligro de ingresar en semejante morada, consulté la *Guía* de ferrocarriles para tomar el primer tren que salía.

Y el ciceroni, al paño: *Va bene...*

Divino país. Á un inglés que, sin saber más idioma que el suyo, viajaba como un saco, le perdieron el equipaje. Llamáronle para que lo buscase en el furgón de cola, y cuando le llevé al lugar del siniestro, los carabineros que estaban allí, con unas borracheras espantosas, cantando un aria, le tomaron la cabellera al inglés.

— ¿Estará usted indignado? — le pregunté.

— Todo lo contrario. El día que este país deje de ser esto, no tendrá encanto de ninguna

especie. Yo salí de Inglaterra en busca de novedades...

Y la novedad fué que no trasbordó oportunamente para ir á Roma, y en Milán le bajaron, como un saco, á que esperase un tren que debía conducirle al cruce.

Crucificado; pero contento y muy digno, bajo una llovizna otoñal, le dejé en la estación milanesa, embutiéndose una senda mortadella, en compañía de un ciceroni, que de vez en cuando le decía con la boca llena:

— *Va bene... Va bene...*

EL IDILIO VACUNO

Ya que hablé de viajes en mi anterior crónica, quiero dar una explicación á aquellos de mis lectores que me han escrito : « Puesto que estuvo usted en Ginebra, ¿ por qué no nos ha dicho algo de Suiza, contándonos la impresión personal que le produjo aquel país ? »

Porque á mí no me mandaron á describir Suiza, sino á referir lo que hablasen conmigo los Plekhanoff, Tchernoff, Goguelia y demás revolucionarios rusos asilados en Ginebra, y porque no corría prisa ninguna el saber lo que yo pienso de Suiza... tanto menos cuanto que lo que pienso de Suiza, contra la opinión general, es una cosa muy mala...

Es chocante que la inmensa mayoría de los españoles se asombren en el Extranjero de lo que tenemos en nuestra propia casa, sin que nos asombre poco ni mucho. Quien conoce *á fondo* Galicia, Asturias y Santander no tiene por qué hacerse cruces de asombro en Suiza que

no es más pintoresca que aquellas provincias españolas. Ginebra inclusive, la destartalada y antipática Ginebra, no tiene, como cosa excepcional, mas que el lago.

Cintura de montañas como la de Ginebra las tienen poblaciones de Santander y Asturias. Pero... ¿ y el Mont-Blanc ? El Mont-Blanc que *será* unos Picos de Europa, ¿ quién lo ha visto ?... ¿ Dónde está ?...

— Ahí detrás — me decían.

— Pero... ¿ dónde es ahí detrás ?

Yo no lo vi, ni con lentes... Creo que nadie ha visto semejante monte, y que los turistas hablan de él por darse tono :

— ¡ Ah, ese Mont-Blanc, con su velo de eternas nieblas !...

Pero aunque el Mont-Blanc fuese de turrón de Alicante, ¿ valdría la pena de estarse con la boca abierta delante de un monte ?...

Y fuera de esos montes de incógnito, puesto que nadie alcanza á verlos, ¿qué hay en Suiza ? No hay mas que manteca. Con el desayuno la manteca puede pasar ; pero de todas las latas la de manteca es la más insoportable, y así como en otros pueblos se habla de trofeos, en Suiza todo se vuelve decir :

— Aquí tenemos la gran manteca.

¿ Y á mí qué ? Precisamente no me gusta.

No veo tampoco la necesidad de anunciar

tanto la gran manteca. Por el hilo se saca el ovillo, y es de suponer la manteca en un país donde no es posible dar un paso sin tropezar con una vaca.

Algunas van por las aceras, contoneándose como jamonas demasiado ceñidas. Otras se meten en los portales de las casas, no sé si á hacer visitas. No es transitable una nación donde hay que pasar el día dando quiebros á las vacas. Y la vaca es lo único sagrado en Suiza. Á un extranjero se le exige que á los tres días de permanencia en Suiza se inscriba en la Prefectura de Policía, y se le seguirá molestando con pejigueras. Á una vaca no se le exige nada, aunque sea extranjera. Por el mero hecho de pasar la frontera adquiere carta de naturaleza, resultando vaca republicana, de la Confederación helvética, y en seguida la pintan, llenándola de manchones aquí y allá, para darla carácter.

Cada nación tiene un olor especial. Suiza huele á ganado vacuno. Desde que se llega á la estación de Culoz — que así se llama la primera de la frontera suiza — se empieza á oler á algo que no es ámbar.

— ¡ Culos !... — grita un voceador de la estación.

Y en seguida, involuntariamente, se lleva uno la mano á la nariz.

Las gentes, que ya de suyo tienen en sus fisonomías no pocas semejanzas con los animales, acaban por asimilarse los gestos de las bestias con quien viven en constante trato. En Suiza hay mujeres que parecen vacas recién ordeñadas, destacándose en ellas verdaderas ubres, con las cuales, en invierno, se dan una vuelta por la cintura, como si fuesen los cabos de una toquilla.

Sí... Pero también las hay delicadas, finas, blancas como la leche de sus vacas, con el intenso azul del lago Leman en sus tímidos ojos de gacela asustadiza... Una aparición así, como salida del lago, vino á mi encuentro en una panadería, de la cual me habían dicho que tal vez allí daríanme razón del revolucionario Goguelia, para quien yo llevaba una carta poderosa...

Y al salir de pronto aquella moza tan excepcionalmente fresca en el mustio jardín de una ciudad, mirando, como azorada, con el límpido azul de sus ojos, me pareció que era una ficción de mi retina, un espejismo producido al asomarme al fondo del lago... y no sabía qué decirla, y, como el payo de la carta seguí buen rato dándole vueltas á la que llevaba yo para Goguelia...

De lo demás del pueblo no se hable, porque con las ciudades ignoradas, como con los amores,

como con todo en la vida, lo desilusionante es entrar en ellas... El Mont-Blanc sigue siendo un encanto porque nadie le ve, porque nadie ha desflorado su corazon de hielo..

RETRACTACIÓN

¡ Maldito *Idilio vacuno !...* Desde que El Heraldo lo publicó vengo recibiendo tarjetas postales con insultos de suizos residentes en España, donde están, supongo yo, como viajantes de comercio, dedicados á colocar « la gran manteca » de su país.

Estoy, pues, en plena semana de Pasión. El primer día de insultos no me pareció excesivo ; el segundo día me pareció que ya picaba en historia ; el tercer día, ayer, no me gustó, y lo que es hoy no aguanto más. Ha venido el cartero con una docenita de tarjetas postales, anónimas, llamándome, entre otras lindezas que me ruborizan, ¡ burro ! Es demasiado.

¡ Si siquiera me lo llamaran en cartas esos señores suizos, menos mal, porque me enteraría yo solito ! Pero el caso es que me llaman burro en tarjetas postales, que antes que yo las leen y entienden, por estar escritas en francés, el carter y los empleados de Correos, y, natural

mente, me desacreditan en el pueblo, donde se me tenía en predicamento de *publiciste*, á veces, y de *homme de lettres*, otras veces. ¡ Y da tanto gusto oirse llamar *publiciste* en Asniéres !...

Esta cruzada suiza, de insultos económicos, á 10 centimítos por tarjeta postal, no me conviene. Así, estoy resuelto á retractarme, y me retracto.

En primer lugar, me retracto de haber dicho que Culoz es suizo. Ya me hacen notar los comunicantes que no lo es, y que debo aprender Geografía. La verdad es que, sin presumir de ser tan geógrafo como Beltrán y Rózpide — aunque sé donde están las Cocuizas, cosa que seguramente ignoran los de la gran manteca —, yo me tenía muy sabido que Culoz no es propiamente Suiza, bien que le anda cerca, y merece serlo, sino una de las estaciones fronterizas ; pero como me perezco por hacer mi *calembour*, tuve que arrimar ese Culoz un poco más á la cola.

Sosteniendo lo mucho bueno que justamente dije de algunas suizas, me retracto también de haber dicho que otras parecen vacas recién ordeñadas. Puesto que tanto les molesta á los anónimos comunicantes, hay que suponer que esas les tocan algo, y yo tengo un gran respeto por las familias de mis enemigos.

Y ni que decir tiene que me retracto de haber

opinado que Galicia, Asturias y Santander nada tienen que envidiar, hecha excepción de los lagos, á Suiza. No se desanimen, pues, los turistas españoles y vayan allí á dejar los cuartos, que es todo lo que se desea.

De lo que no puedo retractarme — y no me retractaré así me aspen — es de haber denunciado las torturas á que moralmente someten el Gobierno republicano de Suiza y el público suizo en general á los revolucionarios extranjeros que, engañados, van á buscar un asilo leal en la Confederación helvética.

No me retracto, porque allí vi por mis propios ojos las persecuciones de que son víctimas, y porque les ofrecí denunciarlas cuando me dijeron que ya era hora de que terminase la leyenda relativa á que Suiza es un honrado y generoso refugio para todos los proscriptos del mundo.

Lo he dicho y lo repito : el Gobierno suizo persigue á los revolucionarios extranjeros, los maltrata, les hace imposible la existencia en sus míseros cuchitriles, se vale de mil argucias y tretas jesuíticas para tenerlos en jaque y bajo amenaza de expulsión, y buena parte del público se convierte en policía que no los dejan á sol ni á sombra, espiándolos el lechero, el carbonero, el panadero, la mujer que se tomó de compañera de penas y fatigas... Los espía todo

el cantón... En Suiza, el derecho de asilo sólo es sagrado para las vacas...

Ahí duele. Eso, y no Culoz, ni las mujeres recién ordeñadas, es lo que ha sacado de sus casillas y de sus grandes mantecas á los mantequeros de las tarjetas postales con insultos á precios reducidos. Taimados y tartufos, se agarran al Culoz y á las ubres, cuando lo que les escuece de veras es aquella verdad, que no consigné por desacreditar á Suiza, cuya fama me importa un bledo, sino por espíritu de justicia y confraternidad... que en vano tratarían de digerir los enormes buches de esos mantequeros. Entre una vaca gorda y regalada y un revolucionario flaco y perseguido, opto por el revolucionario...

No terminaré este incidente vacuno sin dar las merecidas gracia al tarjetista que me dice :

« Leído su artículo sobre Ginebra publicado el 22 del corriente por El Heraldo, le advierto que si vuelve á Ginebra no se acerque á la Route Caroline, donde vivo, si no quiere recibir unos palos. »

No, señor ; no quiero recibir unos palos, y j ro que no me acercaré á la Route Caroline. Á mí ya me daba el corazón que no debía volver á pasar por Culoz : pero ahora, con ese aviso, ¡ cualquier día me ven el pelo por allí !...

¿ME VOY?... ¿ME QUEDO?...

Lector: Debo empezar por decirte qué me obliga á descorrer el riguroso incógnito con que venía viajando, años ha, por esta sección. Aunque Saint-Aubin, contestando á varios lectores que le preguntaron por la duquesa de las Vistillas, participó al público que la duquesa no era lo que parecía, « que su piel estaba curtida y sus manos eran garras », ocurrió, el verano próximo pasado, que algunos lectores, prendados de la poesía con que la duquesa describiera el paisaje normando, la escribieron cartas con atrevidos pensamientos y declaraciones de punta. ¡Guarda, Pablo! Semejante modo de señalar, yéndose al bulto, me disgustó, á mí que hacía de duquesa — para fines periodísticos, nada más — y resolví, desde entonces, abandonar los blasones de mi usurpado título aristocrático. Enváinense, pues, las plumas los lectores y dejen el campo libre á las lectoras que se entu-

siasmen conmigo cuando me sienta poeta bucólico.

Pero, ¿ me sentiré poeta bucólico este verano ? No lo creo. Mes y medio hace ya que estoy eligiendo playa, sin decidirme por ninguna. Biarritz, « la reina de las playas, el *non plus ultra* del batallón de Citeres » — como dice elocuente y militarmente mi amigo Sanchiz — me atrae, sin duda. Pero yo le temo á Sanchiz más que á un dolor de muelas. En Biarritz no se puede ni respirar sin el visto bueno de él. Si estando allí escribe usted que hace calor, en seguida le rectifica Sanchiz diciendo :

— No es la *saison*. En Biarritz hay que estar á fines de Septiembre.

La autoridad de aquel marcial escritor se extiende hasta Dax. Si atraído usted por el reclamo de las *poulardes* — ó pollas, como se dice en castellano — de Bayona, pide usted una en un restaurant, y le sabe á vinagre, y tiene la ligereza de contar que no le pareció de perlas, sale inmediatamente Sanchiz y le dice :

— Usted no sabe lo que son pollas. ¡ No hay pollas como las de Bayona !...

Así no se puede veranear. Descartado Biarritz, ¿ adónde ir ? Trouville..., Deauville..., Dieppe... Sí, sí... Pero el caso es que las playas normandas, á pesar de su hermosa Naturaleza, están muy desprestigiadas. La Prensa de París ha

dado un grito de alarma, denunciando que se mueren y que la matadora es Ostende...

¿ Por qué agonizan ? ¿ Por qué escasea de año en año la colonia veraniega en las playas normandas ? Por falta de distracciones, lo primero, y por sobra de carestía, lo segundo.

Trouville y Dieppe han ideado para sí una vida embustera y artificial, que dura escasamente mes y medio. Los fondistas y mercaderes de Trouville y Dieppe pretenden el absurdo de ganar en mes y medio lo que debieran ganar en doce, y la ganancia se convierte forzosamente en robo.

En los grandes hoteles de las citadas poblaciones se despelleja al viajero hasta dejarle en los huesos. Cuesta un par de francos la botella de agua de Mery, que cuesta 15 céntimos en París. Por subir un telegrama ó una carta á domicilio, un franco. La comida en mesa redonda, es tan raquítica como mala. Comer á la lista es un exceso para multimillonarios á lo Rockefeller. El vino es oro líquido.

La estancia del veraneante resulta mucho más terrible en los hoteles de segundo orden. Á medida que se avecinan las llamadas « grandes semanas », se va haciendo imposible el comer. Los pescados que se sirven están en plena putrefacción, y para disimularles la peste que echan, los sacan en un mar de salsas amarillas, azules,

verdes, rosas, todo un arco iris sobre besugos hediondos. Las carnes, sobre ser tal vez pedazos que sueltan de sí mismas las pescadoras y carniceras, al través de los años están corrompidas y viejas, y para que el vaho que exhalan no eche atrás al estómago más fuerte, las sirven con pomadas que saben á sebo.

Esos hoteles, durante las noches, son infiernos dantescos, arcas de donde surjen ayes, gritos, estertores, ruido de pasos que van en busca de un médico que mitigue un cólico, ó de un sacerdote que administre la extremaunción al incauto que comió de un pescado con salsa violeta.

Pero ni eso se puede, á veces, por la imposibilidad de dar un paso. A medida que se acercan las consabidas « grandes semanas », el fondista habilita camas volantes en los pasillos del hotel. Para ganar la calle, después de salir del cuarto, hay que tomar una serie de barricadas. Aquí se tropieza con un militar, roncando, que ha atravesado el sable á los pies de la cama, haciendo así más difícil la fuga ; allá se da con los nudillos en la cabecera de un lecho donde duermen, tiernamente enlazadas, dos medias lunas de miel ; acullá se espanta el sueño á una vieja, de cuya desdentada boca cuela un líquido semejante á salsa de pescado... Y hay que salir con las narices tapadas, recibiendo bufidos, y otras

tonantes manifestaciones, de los durmientes furiosos.

El timo llega al extremo de medir con igual rasero al transeúnte que, animado por embustera lista puesta en visible sitio de la puerta del hotel, entra en él y pide de almorzar ó de comer. El flamante salmón que estaba en lista, se convierte, por arte milagroso, en antigua y averiada merluza ; el pollo, en carnero ; el flan, en salsa de chocolate tóxico.

Ante esta perspectiva, yo no se, la verdad, si decidirme á veranear. Quisiera seguír adelante con el pendón de la duquesa ; pero me espanta la idea de morir lejos de París, porque, como Napoleón, quiero que me entierren « á orillas del Sena, en medio de este pueblo francés que tanto amé... »

¿ Me voy ?... Me quedo ?...

Ya le diré á usted lo que resuelva.

... PUES SI ME QUEDO

Asnières-les-Bains, 5 de septiembre.

... Pues sí, me quedo, de preferencia á que se queden conmigo en las playas de moda. Compañeros en la Prensa están haciendo buenas, con crónicas y descripciones de viajes, cuantas verdades dije de aquellas playas. Algunos, describiendo las pirenaicas, reconocen la superioridad de Guetary, en honor del cual hice elogios que me elevaron á la categoría de *cantor de Guetary*, según dijo, con chunguita, el gran Sanchiz. Todo, pues, sigue igual, y el mismo Sanchiz escribe en *La Correspondencia Militar* :

« Los cronistas incipientes y atareados toman sus aperitivos en el café, al que mi amigo Luis Bonafoux dedicó su preciosa crónica titulada *Realeza entre baratijas*. »

¡ Preciosa una crónica tan maldecida, dos años ha, por los elegantes del *Royalty* ! Para justicias, el tiempo...

Por otra parte, el veranear fuera del sitio donde se vive habitualmente es una falta de consideración á los propios lares, una huída vergonzosa y un atentado contra la higiene, probado que está suficientemente que el calor es necesario á los cuerpos. De los baños turcos — en los cuales hay que creer aunque sean turcos — dicen los médicos que purgan de basura la piel. Un calor de estufa, como el que estamos disfrutando en septiembre (con *p* y doble *e*), nos purga de toda clase de cazcarrias. Cada ciudadano, por limpio y fino que sea, es un surtidor de churretes.

Asnières-les-Bains, á diez minutos de París, se ha convertido en balneario sulfuroso de los más notables. Rojos por el calor, sudando por los poros de las mantecas, los vecinos van exhalando olores para todos los gustos y olfatos: relente de vacas excitadas, de perras en celo, de chivos enchiquerados, de boñiga de gato, de todo hay en el pringue que exudan.

Los fisiólogos observan que cada persona transpira de preferencia aquello de que se nutre cotidianamente, sin contar las que sudan tinta, como el negro Sisowath. Vulgarizadas las carnes de caballo y burro, no pocos de mis vecinos, que las comen, tiran coces, relinchan y rebuznan que es un contento.

Pero el *gigot*, ó carnero, es el plato favorou

de muchos ciudadanos, que, naturalmente, despiden, en verano, olores carneriles. Si quien come carnero es joven, huele á oveja; si viejo, á macho cabrío; si doncella, á cabra.

Inglaterra huele á *roastbeef*; Italia, á *macarroni*; Alemania, á *choucroute*; Suiza, á leche... De España se observa que, aunque tiene fama de no brillar por su limpieza, es el país que huele menos fuerte, porque nuestros pobres, cuando no se alimentan de tomates y otras yerbas, viven de cocidos y aguas. Por eso somos aguanosos é inodoros.

Las aguas de *Asnières-les-Bains* no son sulfurosas precisamente; pero como si lo fueran. Son aguas del Sena, á tal temperatura, que funden y liquidan cuantos bichos se arrojan al río. Éste, á ciertas horas del día, echa humo; los bañistas, al desnudarse para entrar en el agua, echan humo; de ambos humos, combinados químicamente con el pringue de los bañistas y con los miasmas mortíferos de los microbios de todas clases que viven en el río, se forma una neblina de carácter sulfuroso que, respirada en inhalaciones espontáneas por el vecindario, fortifica el organismo, cuando lo resiste, contra todos gérmenes morbosos.

Un veraneo en *Asnières-les-Bains* es algo así como un *match* de salud, que queda blindada contra todas epidemias. Y luego, ¡el país es tan

suave y tan respetuoso con los que pagan al contado!...

Decididamente, me quedo, y entre Asnières y París, estudiando la verdadera fisonomía del verano en estas playas ó pueblos de pesca, creo hallaré algo que contar á usted. Así, para mi próxima carta, *El veraneo en los bulevares*. ¡Cosa buena, lector!...

MI LLEGADA

A ma vue, l'Assemblée
a frémi...
VICTOR HUGO.

Y al verme, Madrid se estremeció de júbilo, el Madrid de quien me despedí, cinco años hace, exclamando en el andén : — ¡ Adiós Madrid, que te quedas sin gente !...

Mi inesperada llegada produjo profunda sorpresa en algunos empleados de la estación, quienes me conocían por una caricatura que me hizo Pons, no el luchador que venció á Pytlasinski, sino el caricaturista, que se fué no sé donde.

La creencia general es que vengo á formar parte del nuevo Ministerio, y ya me lo han preguntado como catorce veces, pero inútilmente, porque he resuelto observar « una gran reserva... »

No pudiendo sacarme palabra del cuerpo respecto de la situación política, ni de la suerte de

España en 1899, unos empleados del fielato me dirigieron las preguntas de rúbrica:

— ¿ Viene usted por mucho tiempo?

— ¿ Ha venido usted con la familia?

Y no me registraron el baúl, porque Palomero les había dicho que vengo de *Chevalier de la Légion d'honneur*. Un señor, que no sé quién es, aunque dice que me conoce del café Pombo, de cuando concurrían á él Mesonero Romanos, fray Gerundio y otras notabilidades, me habló en franchute, y como no lo entendiese...

— ¡ Pero, hombre — exclamó — viniendo usted de París de Francia!...

— Es que yo no vengo de París...

— ¿ Qué me cuenta usted? ¿ Pues no hace años que vivía usted en París de Francia?

— No, señor, y esa es la gran broma de mi vida de periodista. No sólo no vengo de París sino que vengo de Torrelavega, que no es lo mismo, y en reserva le diré que nunca he estado en París.

Amanecía. Nubes de mugre cerníanse sobre la villa, mientras en el horizonte asomaba una luz tenue é indecisa como el contorno de una *golfa* de doce años.

Es el sol — me dijo alguien; — el mismo sol que no se ponía en nuestros dominios, y ese telón sobre el cual brilla es el cielo azul de Eusebio Blasco..

— ¿Y ese edificio que amenaza ruina? — pregunté á un caballero, que se había prestado á servirme de guía por tres pesetas.

— Es el ministerio de Ultramar.

— ¿Y esa casa grandona y vetusta?

— La casa de Canónigos... Prisioneros de Aguinaldo.

Un espectáculo me chocó, por lo nuevo. Como del fondo del Manzanares surgía un ejército de alfileres, con cabezas de hormigas, que marchaban en tropel á sepultarse en el cementerio de San Isidro...

— Eso que usted ve son fusas, semifusas, corcheas y otras notas del pentágrama de la marcha de *Cádiz*, que de vergüenza se entierra de día.

— Todo se ha perdido, *pues*.

— Menos el honor, según dijo el señor Montero, que lo debe saber á punto fijo.

— Pero noto una gran transformación en la villa.

— Todo se transforma, menos dos cosas, que se conservan inalterables: la cárcel y la iglesia.

Desde Irún la había oído gemir, gemir, sí, aunque imperativamente, la campana de la iglesia. Marchaba á lo carreta el desvencijado tren por campos de soledad y de miseria inaudita, pegando trompazos y rechinando como carro viejo, y deteníase frente á una casuca, que era

la estación, azotado y removido por un airazo de tempestad. Ni un alma. Ni siquiera una voz que « cantase » el nombre de aquel paraje, que haría recordar la estepa del Polo al explorador Nansen ; y en medio del gran silencio de todas las cosas dormidas en la inercia, rompía á gemir la campana, de muy alto, como si colgase del vacío, la campana de la iglesia.

Un viajero cualquiera decía el nombre de la estación.

— ¿En qué lo ha conocido usted?

— En el sonido de la campana del pueblo...

Y los viajeros resignados, con resignación de carabao, bailando la seguidilla de los pobres pies yertos por falta de caloríferos, ausentes éstos de los coches de segunda y tercera clase, y sin agua caliente en los de primera, siendo verdaderos frigoríferos.

— ¡ Qué frío, señor !

— *Mas hará por fuera...*

Y ni una queja, ni siquiera una irritada blasfemia de las que antes zumbaban frecuentemente en la atmósfera. Sin comer, ni dormir, tiritando de frío en las pesebreras ; ¡ y ni una queja, nada, nada, un silencio de muerte, turbado á ratos por el macabro *zapateao* de los pies yertos y por el sonido de la campana de la iglesia !

Y Madrid apacible, sonriente... Gentes que debían haberse muerto, nada más que de vejez,

están jóvenes y satisfechas de que los tagalos nos venguen de los yanquis. Es la « combinación » de moda, la combinación *smart*, el tagalo vengando al castila... Y muchas gentes gordas, muy gordas, demasiado gordas, que me recuerdan cierto pueblo haitiano, del cual dije yo al general Caminero :

— ¡ Qué pueblo tan cebado, dicho sea con perdón, querido general !

Y él, sonriendo siniestramente :

— Es que cuando entré en él con las tropas dominicanas le hice capar.

Me interrumpió en estas psicologías un reporter que venía á « cambiar impresiones ». Y escribió bajo mi dictado un suelto semejante al que el mismo reporter dedicó á la llegada del Sr. Montero :

« Eximio viajero.

Á las once y veinticinco, tres horas después de la fijada en el itinerario, entró esta mañana en la estación del Norte el tren correo de Santander.

Conducía, como es sabido, al Sr. Bonafoux.

Con el ilustre representante de la prensa española en París, venían varios amigos y admiradores que le acompañaban desde más allá de la estación de Pozuelo.

En los andenes de la del Norte, y á pesar del

mucho frío que se sentía, veíase á muchísimos correligionarios del señor Bonafoux.

En primer término, figuraban todos los ministros, excepto el de Ultramar, naturalmente; el presidente del Congreso, el subsecretario de Gobernación, que dió la bienvenida al egregio viajero en nombre del presidente del Consejo; el gobernador; el alcalde y bastantes diputados y senadores afectos á la política del Sr. Bonafoux.

Formando grupo aparte, y sin cruzar apenas la palabra con el grupo de políticos, estaban los Sres. Dicenta, Paso, Alarcón y Cristóbal Colón, seguidos de lucido estado mayor de poetas, prosistas y gacetilleros.

El Sr. Bonafoux fué objeto, por parte de los que le esperaban, de una verdadera manifestación de simpatía y respeto.

Todos estrecharon su mano felicitándose de su llegada, y dedicándole alguno de ellos cariñosas frases para compensarle de los sinsabores que su alta misión en los *cabarets* de París le ha originado.

El Sr. Bonafoux y el Nuncio, que también había bajado á la estación, se unieron en estrecho abrazo, cambiando algunas frases, que fueron interrumpidas por otras personas que se aproximaron á saludar al grandilocuente viajero.

También el ministro de la Gobernación habló

breves instantes con el recién llegado, y éste le anunció para hoy una visita.

Á pesar de la natural reserva de su carácter, el Sr. Bonafoux nos dispensó el honor de manifestarnos que sólo viene de incógnito para sus acreedores — si no se han muerto, añadió con sonrisa feroz — así como también para los enemigos de él que sientan comezón de darle unos palos. Para los tales, sobre todo, el incógnito es riguroso. Pero para los demás vecinos de Madrid estará visible todos los días, de tres á cuatro de la tarde, en los salones del HERALDO. Entrada general, una peseta.»

Y subí al hotel, saludando á Madrid con la exclamación del doctor Falstaff:

— *How subject we are to this vice of lyng...*

— Es un yanqui, dijeron unos transeúntes.

¡Y me saludaron con respeto !...

Madrid. — 1899.

FRENTE Á LA BRUMA

Nunca lamentaré bastante que el HERALDO haya descorrido el velo de mi incógnito en Dieppe, á uno de cuyos mejores hoteles he llegado con el título de Príncipe de Carabanchel bajo. Como la Reina Ranavalona, que otros llaman Rabanerona, creo que tengo derecho á gozar de un incógnito modesto.

No he venido á Dieppe solamente por competir con el Stiegler, de *Le Matin*, y el Turot, de *Le Journal*, periodistas adinerados por sus Redacciones, que están volteando el mundo para saber á punto fijo cuánto les durará la breva. He venido, además, porque tengo debilidad por Dieppe. No pudiendo realizar mi sueño, que es habitar una casa flotante en el Canal de la Mancha, me conformo con vivir á la orilla.

Vivo en el bulevar Marítimo, robado al mar, que diariamente protesta del robo echando salivazos de espuma á los paseantes del bulevar. Contaba yo con algunas visitas: el capitán Par-

mentier, Enrique IV, Duquesne, Luis XIV, Bonaparte, Bolívar—un Bolívar de Dieppe—y Jehan Cousin, quien, según dicen los dieppeses, descubrió América mucho antes que Colón nos hiciera este disparatado servicio. Pero ninguno de esos visitantes pestañea. Ninguno me da la desazón de dirigirme la palabra. Son figuras decorativas, mascarones de proa, marineros alquilones que van á hacer de Parmentier, de Bonaparte, de Bolívar, de Desceliers, etc., en el aparatoso cortejo histórico que mañana recorrerá los 1.200 metros que tiene el bulevar Marítimo.

De vez en cuando sé de España del modo más grato posible: por *Maximina*, por las *Ingenuas*, por una noticia mundana de Capdevielle, por un desahogo de Burguete: «Te escribo —me dice este comandante, que será, si quiere, *el general*—desde mi casita de campo, situada en las inmediaciones de los Carabancheles; desde mi cuarto de trabajo, y á través del follaje de los árboles de mi huerto, veo un retazo amarillo y pardo de Madrid. Una piedad inmensa modifica mis iras de ayer. ¡Qué espectáculo! Triste suerte la de los que viven allí. Los alrededores de la capital tienen todo el aspecto árido y repugnante del cajón del gato... »

También he sabido de España por el literato francés Pierre Louys. Me pidió noticias de un

asunto español « muy importante ». Con este calificativo terminaba la primera carilla de su carta. Creí que á la vuelta encontraría yo una petición del último discurso del Sr. Silvela. Pero no era eso lo que preocupaba á Pierre Louys, sino noticias de un matrimonio anormal que se ha consumado en España. Se las mandé, y hoy me dice:

« He sabido que usted remitió la respuesta de mi carta al pintor Zuloaga; que el Sr. Zuloaga la confió á una joven; que la joven la entregó á una señora, y que la señora la guarda para ella... No sé si la recibiré en la vida. Agradezco á usted, sin embargo, el habérmela enviado, sin prever que le ocurrirían tan singulares aventuras. »

Ahí está, en el afán de Pierre Louys para informarse de un acontecimiento; ahí está París con su agitación calenturienta. Equilibrada, robusta y sanota, Dieppe, que tiene mucho de inglesa, no se ocupa de lo que pasa fuera de su radio de acción, y se da por muy contenta, después del trabajo diario, de que la dejen sacar una silla al bulevar Marítimo y fumar una pipa frente á la bruma del Canal. Población importante por muchos conceptos, no tiene más que tres periódicos, que son semanarios, y publican cuando les parece, por llenar papel, noticias del año de la Nanita; y el dieppés, ni se entera de

lo que pasa en el mundo, ni cree en ello, hasta que lo lee en su semanario.

Ayer tarde toda Dieppe comentaba la noticia del fusilamiento de Riego. Es que un semanario, refiriéndose á los últimos sucesos de España, evocó aquel acto.

—*Le Petit Dieppois* dice que en España han fusilado al Sr. Riego—me dijo un dieppés.

Y satisfecho de haberme dado una noticia, siguió fumando su pipa frente á la bruma del Canal...

EL CANAL

Telegrafían de Londres, que en el próximo mes de septiembre empezarán los ingleses, el proyectado túnel entre Inglaterra y la isla de Wight. Dicho túnel, de catorce kilómetros de longitud y de coste de más de doce millones de francos, se terminará el año próximo. Trenes eléctricos recorrerán en dos horas y media el trayecto entre Londres y la isla de Wight

Al publicar esta noticia, la Prensa de París lamenta que los ingleses *ne veulent pas entendre parler d'un tunnel entre l'Angleterre et la France.*

No, no quieren oir hablar de semejante túnel, y tienen razón.

— Pero es que la travesía del canal, no puede ser más espantosa — objetan los franceses. — Es un canal aborrascado. Todos los años naufragan muchísimos barcos y perecen muchísimos pasajeros...

— La pérdida de unos barcos nos importa

poco — contestan los ingleses. — La muerte de unos pasajeros nos importa menos

— Pero, aun descontando los siniestros de mar, la travesía del canal de la Mancha resulta atroz. El mareo....

— Nosotros, los ingleses, no nos mareamos.

La argumentación inglesa contra el proyecto de túnel entre Francia et Inglaterra es muy lógica.

— Nosotros — alegan los ingleses — somos inexpugnables por mar. Cada vez que Francia pretendió desembarcar en Inglaterra, tuvo que volverse, derrotada, por donde había venido. Los mismos franceses lo han reconocido así al discutir el proyecto Mercier, proyecto que es un paso de risa, de desembarcar en nuestras costas. Periódicos ilustrados de París publicaron entonces grabados que representaban el desembarco y la triunfal entrada de las tropas francesas, al mando del general Jamont, en Londres. Como grabados fantásticos, eran muy bonitos. ¡La litografía adelanta en Francia!.... En fin, los discursos del general Mercier, los grabados de ciertos periódicos de París y otras manifestaciones del mismo tenor, prueban sobradamente que á Francia le vendría muy bien un tunelito para pasar tropas en caso de guerra contra la « enemiga hereditaria ». No comprendemos que los franceses nos crean tan tontos para ir á darles el cuchillo con que nos quieren matar.

Y continúa el canal echando humo, el mareo de los pasajeros, la pérdida de muchos barcos, la desaparición de muchos náufragos...

En mi último viaje, á fines de Enero, cuando fuí á Windsor, á enterrar á mi eximia amiga la reina Victoria, noté al llegar á Dieppe algo extraordinario. Al pasar del tren al barco, atracado al muelle de la murada cloaca que se llama fondeadero, vi inusitada agitación en el muelle, repleto de gentes que miraban mar adentro, el mar que no se alcanza á ver desde la cloaca.

Los buenos vecinos de Dieppe, estaban en el muelle con la esperanza de ver cómo nos ahogaríamos los pasajeros, tragados por olas como montañas, que no habíamos visto, y que, por mi parte al menos, nos hubieran hecho volver á tierra si hubiese sido posible. La travesía fué una espantosa pelea electoral. Volcados como pucheros, zarandeados como urnas, magullados como electores y chorreando agua como canalones en pleno aguacero, al arribar á Newhaven dábamos compasión; y cuando hecho una sopa de mar me puse á secar sobre un calorífero del tren, no pude menos de decirme filosóficamente :

— ¡ Qué tiempo tan perdido el que se dedica á la redención de la especie humana, que es una especie perruna! Sin tropiezo, sin mareo, sin riesgo de ser pasto de los peces, hemos podido

hacer cómodamente esta espantosa travesía; y esta travesía espantosa se viene haciendo así, hace siglos, y así seguirá haciéndose esta travesía espantosa, mientras haya ingleses y franceses codiciosos de venir á las manos por la posesión de tal ó cual territorio que no les pertenece.... ¡Qué de horrores se ahorraría la humanidad, si pudiese apartar de sí el espectro de la guerra!.... ¡Qué viajes tan cómodos, qué campos tan hermosos, qué hogares tan risueños, qué plétora de riqueza en este planeta asendereado por la guerra!...

Tuve que interrumpir mis filosofías, porque, aprovechándose de mi distracción, otro pasajero iba poco á poco quitándome el calorífero en que yo me estaba secando las amargas lágrimas del mar...

HORAS TEDIOSAS

Á bordo del Támesis.

La guerra rusojaponesa ha sacado de su habitual imperturbabilidad á los ingleses. Á bordo de este viejo buque, de cuya feliz llegada á Newhaven no estoy muy seguro, contemplo con asombro la inusitada animación de los pasajeros ingleses cuando comentan los últimos incidentes de una guerra que no va con ellos, y que, no obstante, parece interesarles más que la del Transvaal... En son de chirigota, los ingleses suelen decir de los españoles que tenemos dos lenguas : la natural, que se tiene en la boca, y otra lengua en las manos, por lo mucho que gesticulamos con ellas. Los ingleses comentaristas de Port-Arthur y Liao-Yang tienen tantas lenguas como el Espíritu Santo, y por cierto que un inglés gestero es la cosa más cómica del mundo, porque, como los ingleses no tienen costumbre de hacer gestos, resultan, haciéndolos, muñecos de un Guignol.

Muy japonófilos á los comienzos de la guerra, parece que los últimos acontecimientos les han enfriado un tanto el entusiasmo. Por lo visto pretendían que sus *aliados* no hubiesen dejado un ruso con cabeza en Liao-Yang y que Kuroki hubiese metido á Kuropatkine en una jaula para exhibirlo en Tokío.

Y no es eso. Lo que hay es que sus nuevos *aliados* les vienen demasiado anchos... Y como temen de ellos que se queden con el santo y la limosna, empiezan á recordar, como quien no quiere la cosa, que la Gran Bretaña, con su Imperio índico de 300 miliones de asiáticos, es la principal potencia asiática, cuya seguridad puede peligrar por un triunfo demasiado decisivo de las razas de color aceituna sevillana y café con leche. Es claro que á Inglaterra le conviene mucho la despampanadura de Rusia; pero no le vendría mal que también los japoneses quedaran un tanto despampanados, porque á otra cosa les ganarán á los ingleses, pero á *vivos* diga usted que no.

Voy pasando tediosamente las cuatro mortales horas de esta travesía en un viejo madero, que seguramente no llegará á puerto, por lo cual no pierdo de vista mi salvavidas. Oigo hablar del « asunto Beck », que, dicho sea en honor del espíritu de justicia en Inglaterra, ha tenido de su parte á todo el pueblo para la rehabilitación

de un inocente, á despecho de todo un ministro de la Justicia y de toda una Policía empeñada en sostener un error judicial.

Oigo contar cosas raras é íntimas de M. Mac Calman, el caballero que dejó compuesta y sin novio á la miss Constancia Ritchie, la cual, á pesar de su simbólico nombre, le escamó á la hora crítica de « subir al colchón del matrimonio », como dijo demasiado pintorescamente un vate americano, y se lamenta la pérdida de los regalos de la frustrada boda, entre ellos un *wedding cake* de un metro de alto. Un pasajero me cuenta en secreto que M. Mac Calman es un tipo muy raro. — Figúrese usted — me dice — que ha dado almuerzos de cangrejos con rosas en las patas, y de pescados con piedras preciosas en los ojos ; y él, M. Mac Calman, aparecía en el comedor vistiendo *maillot* y tocando suavemente una lira.

— Así las cosas, creo que miss Constancia fué quien debió escamarse y salir de estampía.

— En Inglaterra — advierte con despecho una miss — se va tomando del Continente la fea costumbre de dejar plantadas á las novias en el momento de casarse. Pero ya han empezado las mujeres á vengarse. Miss Mary Evelyn Redmayne acaba de dejar plantado frente al altar á Mr. Wood. Dicen que éste es una buena pieza.

— No creo — observa gravemente un lord —

que la fuga de miss Mary Evelyn Redmayne haya sido motivada por tal defecto.

Otro contertulio comenta un telegrama del *Daily Telegraph* sobre el incremento que ha tomado en Nueva York la vegetariana costumbre de comer yerba por todo alimento.

— Es muy saludable el forraje — agrega el comentarista. — Son ya muchas las familias yanquis que hacen provisión de yerba, como se hace provisión de carbón.

Estos diálogos no me conmueven. Bostezo. Miro la hora. Miro después á lo lejos, y veo aparecer una cosa muy vieja y mojada, que parece pescada en el mar.

— Newhaven...

— No sé lo que me pasa siempre el llegar á este país — me dice un italiano; — pero me parece que me bajan del barco para ahorcarme de la farola del puerto...

IMPRESIONES PATIBULARIAS

En casa de Tortoni, á las tres de la tarde, frente á la plaza Gambetta, cruzada por sombreros de Panamá, por sombrillas rojas y azules, que han venido del vecino Trouville, y por garridas normandas, de repletas ubres y rubias cabelleras, que trotan como caballerías por entre las apretadas hileras de los plátanos que adornan la plaza, bien soleada y pintoresca, con mástiles, en que ondean banderas tricolores, las cuales se repiten á lo lejos en las jarcias de los buques anclados en la ensenada. Día de regatas en el Havre, víspera del 14 de Julio, y con tan plausible motivo, qué invasión de gentes campesinas, jadeantes y sudorosas, que han venido á divertirse.

Y yo pienso en los presos españoles, en la pregunta de la Esplugas:

—¿Cuándo salimos de aquí?..

No es el salir lo que les importa principalmente, sino el salir *de aqui*, es decir, del Extran-

jero, de otro idioma, de otras costumbres, de un silencio obligado y de una soledad espantosa.

Pasa frente á la plaza la alegría y el ruido de una banda militar mientras hablo con el cónsul de España en el Havre, señor La Corte, y con el zorro Pomés, inspector de Policía venido de España á hacerse cargo de los detenidos españoles. Quería yo ver, antes de salir del Havre, al señor cónsul, por saludarle y explicarle, además, cómo he podido colarme en las celdas de los reos y tomar las minuciosas notas que ayer tarde y esta mañana remití por telégrafo al Heraldo, y al narrarle mis impresiones obtuve algunas de las suyas, aunque expresadas con gran circunspección de diplomático, sobre la captura y actitud de los reos.

El crimen de la Cecilia Aznar ha tenido el privilegio de apasionar á los españoles donde quiera que se encuentran. La captura de los encubridores de Cecilia fué una verdadera cacería. Trabajaron en ella la Policía francesa, el cónsul y hasta su familia. La señora, telegrafiando y escribiendo, mientras el cónsul atisbaba el paso de los malhechores, y su hijo Luis, mocetón egipcio, y trabajador perspicaz é infatigable, no daba paz á la vista ni á las piernas.

—Éstos deben ser, le dijo al cónsul, á bordo del trasatlántico; y el Sr. La Corte, acercándose á uno de ellos, le preguntó de repente:

— ¿Es usted español?

El aludido abrió los brazos, empezó á temblar, balbució...

— Pero ¿qué le pasa á usted? — insinuó el cónsul.

No le pasaba más sino que era el joven Iglesias...

Detenido con sus compañeros, el patibulario Garreta y la apalomada Esplugas, que llora mucho, por las avellanas de sus ojos, faltaban dos cosas importantes: que estuviesen bajo la jurisdicción española, inhibiéndose las autoridades francesas, y que declarasen la verdad.

¡*Cantar!*... De hacerlos *cantar* se encargó el inspector Pornés, cuyas relaciones con la Policía extranjera y con M. Nicolle, comisario especial, que tiene á su cargo el servicio de emigración, ayudaron al cónsul á recabar la ansiada jurisdicción.

La primera persona en cantar fué la Esplugas, que cantó por pasión de ánimo. Ella y sus compañeros, con previsión que les honra intelectualmente, habián « apañado » unas declaraciones infundiosas y borrosas. Pero una tarde, el inquisidor Pornés, á solas con la Esplugas, le dijo de repente :

— Parece mentira que se empeñe usted en defender á su marido, que en París, mientras usted se estaba en casita, cortejaba á una tal de la plaza Pigalle.

Fué un golpe certero en el corazón, y el corazón se le salió por la boca á la Esplugas con un borbotón de denuncias de hembra celosa y burlada, que se indignó de que su marido la hubiese faltado, queriendo ella tener el privilegio de engañar en el matrimonio, siendo así que en compañia del joven de lenguas Iglesias, si no miente el corchete Pornés, ponía diariamente á Garreta en la condición del *Escarmentado* de Voltaire; y como el Iglesias se halla físicamente en la condición en que estaba el doctor *Panglos* cuando discurría con *Cándido* de los desastrosos efectos del amor, el Garreta ha resultado con una apendicitis ó peritiflitis horrorosa, sin saber él mismo de dónde le viene.

Son gentes poco interesantes, sucias y de garabatillo. De su desgracia, lo único que conmueve es el oirles quejarse de qué no tienen oficio ni instrucción; y yo no se hasta qué punto tiene derecho á castigar una sociedad que no da pan intelectual ni material.

Pero vuelve á pasar el bullicioso tintaneo de las músicas frente á la plaza Gambetta, blanca de sol, y dejo á mis tertulianos: al cónsul La Corte, grave y ensimismado; al patibulario inspector Pornés, relamiéndose de satisfacción, con las aletillas de la nariz ligeramente infladas, por haber hecho *buena presa*. Cruzo con mi gran amiga, la maleta de mis viajes de « periodista

fantasma, » el espacioso bulevar de Estrasburgo, y al llegar á la estación no puedo menos de ver con tristeza el sombrío torreón que encierra á tres españoles venidos aquí á ser un número más de los festejos...

INTERVIÚ CON UN GATO

La orquesta acababa de tocar *Wisling Rufus*, *Soldiers in the park*, *The stars and stripes for ever*, *Down south* y otras composiciones inglesas y yanquis. ¡Todo sonaba y olía á anglosajón en el café! De pronto, en la pizarra donde se inscriben los « trozos selectos » que va pidiendo, fuera de programa, el público, leí :

DEMANDÉ ESPANA !...

¿Quién se había atrevido á pedir allí, entre ingleses y yanquis, cuyas marchas musicales suenan á triunfo y parecen hechas para marcar los rapaces pasos del conquistador, la *Espana*, mutilada en su ortografía á la francesa, como mutilada fué en su gran Imperio ? Contra mi costumbre de no enterarme de lo que hace el vecino — ya que un vecino es para mí bastante menos que un perro — quise averiguar *quién había sido*. . Para cobrar ánimo, empecé por tomar un *cocktail*, de *brandy*. Luego tomé otro

cocktail, que tuvo que ser de *whisky*, puesto que dos de *brandy* hubiera sido faltar á la reunión.

Y, hecho un brazo de mar, me dirigí al mostrador.

— ¿ Sabe usted — pregunté á la madama elegantona, distinguida y perfumada — sabe usted quién ha pedido *Espana* ?

— *Aquél* — contestó ella casi sin mirarme, porque tenía puestos todo sus sentidos en contar calderilla.

Aquél tenía ojos fosforescentes y bigotes así. Me acerqué con recelo, y le dije, ensayando una sonrisa :

— Si no está mal preguntado, ¿ es usted, por casualidad, español ?

— Español y gato, para servir á usted.

¡ Gato ! ¿ Cuánto tiempo hacía que no oía yo eso de *gato*, aplicado, no sé por qué, á una villa que se llama del *oso*.

— ¿ Conque gato, eh ?

— De Madrid, sí, señor.

Cambiamos nuestros nombres. Llamábase él — y seguirá llamándose, si no ha muerto desde anoche — Fernández y Fernández. Como notara yo que mi nombre no le decía nada, no pude refrenar un impulso de vanidad herida. Y me tiré una plancha.

— Siendo usted español, y por añadidura de Madrid, me conocerá usted de referencias, tal

vez de malas referencias... ¿No ha oído usted nombrar á Bonafoux, de la Prensa de Madrid, Luis Bonafoux, periodista distinguido, casi eximio?...

— Le diré á usted. Yo hace muchos años que falto de España y que nada sé de España.

— ¡Pero de mí por fuerza sabe usted, señor Fernández y Fernández, alguna cosa!

— Ni de usted ni de nadie.

Para pasar á tragos esta horrible decepción, pedí otro *cocktail,* que, no debiendo ser de *whisky*, fué un *martini cocktail.*

— Yo, señor mío, vivo en Pourville, y en la soledad de esa playita abrupta y arisca he refugiado el dolor que me causan el recuerdo y las cosas de España — me dijo, con campanuda voz, el Sr. Fernández —. Difiero del modo de ser de mis compatriotas, que son suicidas por temperamento; suicidas, sí, señor. España, la gran España, se ha convertido en un pueblo narcotizado, narcotizado por discursos kilométricos, por artículos kilométricos, por kilométricos programas de café, en cuyas mesas todos los parroquianos arreglan en un dos por tres la situación del país. Lo que necesita España es un sable...

— ¡Pues apenas hay sables en la Puerta del Sol y calles adyacentes!

— Un sable, he dicho, que corte muchas, muchísimas cabezas.

— ¡ Señor Fernández !

— Porque ha de saber usted, señor mío, que así como la calentura no está en las sábanas, tampoco las desgracias de un país están exclusivamente en sus Gobiernos. Costumbres, costumbres públicas y privadas, eso es lo que necesita principalmente España. Un prurito de crítica corroe todas las manifestaciones del país, y los que peroran y escriben contra los defectos del mismo son los primeros en incurrir en ellos cuando están en condiciones de poder corregirlos. Es una broma y una lata. Pero parece que el país vive á gusto entre bromas y latas...

— Vea usted — prosiguió el Sr. Fernández, alzando la voz y dando golpes en la mesa — ; vea usted la tertulia de este café : tertulia fina, circunspecta, silenciosa, y que de once á doce, y sin que nadie la obligue á ello, se retira á casa; tertulia de ingleses, en su mayoría, de franceses y también de norteamericanos. Españoles no hay más que usted y yo.

— Sí, señor Fernández, y si usted continúa dando voces y pegando testarazos en la mesa verá usted que muy luego no quedará aquí ningún español...

Y como la orquesta acabara de tocar *Espana*, entre aplausos de la concurrencia, no pude menos de decir al Sr. Fernández :

— Puesto que tanto aflige á usted el recuerdo

de España, ¿ por qué hace usted que se lo resucite la orquesta de este café ?...

— Pues le diré á usted : todos los veranos vengo de Pourville á Dieppe nada más que á hacer tocar esta música. ¿ Sabe usted por qué ? ¡ Pues para que rabien los extranjeros !...

Y dando otro testarazo en la mesa, el señor Fernández rompió una copa de granadina, cuyo líquido fué á mojar los blancos y vaporosos bajos de una miss, que le miró severamente.

— ¡ Vámonos, pues, señor Fernández, antes que nos echen del café !...

GUITARRISTAS, TENORES Y CAMAREROS

Un amigo mío, que veranea un poco en todas partes de Francia, me ha remitido de Trouville, Deauville, Dieppe, Saint-Malo, Dinar, etc., una información muy triste para los latinos.

En estas playas de moda — me dice — la mayoría de los veraneantes que gastan y triunfan son ingleses. No sé decir á usted de dónde salen tantos, aunque de suponer es que salgan de Inglaterra; pero sí puedo asegurarle que casi todas estas playas parecen colonias británicas, como parecen villas británicas, en invierno, Niza, Cannes y Mentón.

Como tienen dinero y *lo gastan*, y como imponen sus costumbres sin gritos ni vanidades, pero con el más firme propósito de imponerlas, siendo sus costumbres lo que las olas del mar, que lenta, pero seguramente, van ganando terreno todos los días, en estas playas se vive á la inglesa.

Á la inglesa se viste, y se *lonchea*, y se come. En los paseos públicos el idioma que predomina es el inglés. En las tiendas se cuida de tener empleados que hablen inglés. Los precios de las cosas y los letreros que sirven de guía están escritos en inglés, y las *cocottes* salen de aquí hablando un poquito de inglés... Buena parte de las mejores *villas* son inglesas. Grandes porciones de terrenos que dan al Canal de la Mancha son de ingleses, que los compraron, *al parecer*, para sus deportes. Hay capillas protestantes para los ingleses. Hay también buzones especiales é hilos telegráficos para los ingleses. Se dice « el paseo de los ingleses », « la terraza de los ingleses », « las mesas de los ingleses ». Odiados de veras, todo el mundo les baila el agua, y estos buenos pueblos se asociaron á los ingleses para celebrar la coronación de Eduardo VII, y tal fué el lujo de banderas, decoraciones é iluminaciones con que les obsequiaron, que no parecía sino que se estaba coronando un Rey de Francia.

Al atardecer y al anochecer, antes y después de la comida en los grandes hoteles, he aquí el espectáculo. Una multitud de curiosos, más de burgueses acomodados que de gentes del pueblo, acechan, por entre las cortinas del comedor, *cómo comen* selectamente los ingleses, prendidos con veinticinco alfileres. Luego, después de comer,

ingleses é inglesas invaden la terraza del hotel, se apoderan de los mejores sitios y de los más amplios sillones y, en posturas fríamente desdeñosas, fuman ellos sendos habanos y charlan ellas en voz alta, sin curarse los unos ni las otras del público, que les mira á través de la verja, pegando á ella los ojos y las narices, y que por la pobreza de su indumentaria, contrastando con la rica de los ingleses, parecen una multitud de mendigos en espera de que les echen de comer.

Y la raza latina está representada en esta forma :

El francés, por el dueño del hotel, que se desvive á las órdenes de los ingleses, y por el camarero, que les limpia las mesas y se inclina profundamente cuando le llaman...

El italiano, por una harapienta comparsa de tenores, que lagrimean una triste canción y alargan la bandeja del petitorio...

Y el español, por otra comparsa, más harapienta aún, de guitarristas, que pespuntean en las cuerdas otra triste canción y alargan la gorra del petitorio...

Las diez. Los ingleses, con sombreros de Panamá, inmaculadas pecheras y elegantes fracs, y las inglesas, con espléndidas *toilettes*, cuajadas de pedrerías, se abren paso á través de la atónita multitud, para que todo el mundo siga

divirtiéndolas en el Casino, que también les deja sus mejores sitios y sus más cómodos divanes.

Y, abstrayéndome un poco, á veces sospecho que por arte de encantamiento me han trasladado á Egipto ó á la India...

¡LOOR AL LENGUADO!

En verdad que Colón fué un tipo muy desgraciado. Yo no recuerdo haber llegado á ningún pueblo de los muchos que conozco, sin que inmediatamente me hayan dicho que no fué Colón, sino un vecino del pueblo, quien descubrió América. Muy mal lo pasaría hoy quien se permitiese decir en Dieppe que Cousin no descubrió el Continente americano, al descubrir el Marañón, cuatro años antes que Colón y nueve antes que Vasco de Gama.

Pero más desgraciados aún que Colón son, por supuesto, los indígenas de América, puesto que pasaron la vida sometidos al régimen del descubrimiento. Primero les descubrió el joven Cousin, mientras comían guayabas en un guayabal; en seguida don Cristóbal; después, el amigo Vasco de Gama; *et sic de cœteris*. Hay gentes que han venido al mundo á servir al deporte náutico del descubrimiento.

Á los indígenas de América les han descubierot

unas catorce veces, lo cual es un abuso. Que una vez le descubran á uno, aunque sea por casualidad, puede pasar; pero no tanto. Lo que hay es que cada nación europea quiere darse el pisto de un descubrimiento, con sus correspondientes salvajes, que estaban muy á gusto en sus guayabales sin europeizarse á lo Silvela.

Dios me libre de quitar méritos á monsieur Cousin, de cuya vida y milagros acabo de enterarme por la módica suma de cinco céntimos que me costó un ilustrado semanario de la localidad.

Quedemos, sí, en que Cousin fué un gran tipo. Pero convengamos en que Ango no lo fué menos. « Gracias á él — dice el consabido semanario — triunfó el pabellón francés en las costas de España, de Italia y de Africa. »

Ce fut luy, luy seul, qui fist armer
La grande flotte expresse mise en mer
Pour faire voir á l'orgueil d'Angleterre
Que François estait roy et sur mer et sur terre

Dijo un vate, cuya musa se pierde de vista en la bruma del Canal.

Si Cousin y Ango fueron grandes capitanes, Duquesne no se quedó atrás; y á Desdeliers le cantaremos — yo el primero — esta noche, cuando empiece el cortejo histórico de grandes capitanes :

Ilòts fleuris, campagnes vertes,
Terres á peine découvertes,
Ciels de feu, peuples oubliés,
Un dieppois de science féconde
Vous a tous rattachés au monde,
Honneur á Pierre Desdeliers!

Me río yo de los peces de colores y de los que creen que el mundo llegará á ser pacífico y fraternal. En Dieppe, como en todas partes, el pueblo republicano inclusive guarda sus entusiasmos y su flores para los grandes capitanes.

En ninguna parte del mundo que conozco hay lenguados tan exquisitos como los de Dieppe. Pues á ningún dieppés se le ha ocurrido estar orgulloso de sus lenguados. ¡Ninguna autoridad de Dieppe ha pensado todavía en hacer un cortejo histórico de lenguados! Y, sin embargo, Cousin, Ango, Duquesne y demás familia serán todo lo grandes que se quiera; pero donde está uno de estos lenguados como manteca, que se quiten todos los grandes capitanes de los siglos.

El patriotismo belicoso es innato en el corazón humano. Inglesada es la población de Dieppe; llenos de ingleses están los más caros hoteles, restaurants y cafés de la ciudad, y, sin embargo, la Prensa no puede menos de recordarles que « ingleses perversos, alarmados de la prosperidad de la gentil Dieppe, vinieron

á la rada con unos barcotes de vela, atiborrados de cañones, y lanzaron balas de piedra y metal sobre la villa. »

La villa confiesa que buena parte de su belleza la debe á dos españoles : Aguado el banquero y Eugenia la Emperatriz. « La calle Aguado no tardó en surgir y crecer, *porque es española* », dice un periódico. Pero la Prensa no puede menos de recordar que Ango nos dió un palizón.

Todos los pueblos han dado y recibido palizones. Todos han tenido grandes capitanes é intrépidos navegantes.

Pero lo que no tiene ningún pueblo del mundo es un lenguado como el que acabo de comer, aderezado á la dieppesa, que era cosa de chuparse los dedos...

EL RINCONCITO DE SALISBURY

Puys, agosto.

La bruma se espesaba cada vez más. Á lo largo del camino iban apareciendo charcos olorosos á marisco. Por fin, en una revuelta de la carretera del Pollet, le alcancé á ver, fuerte y turbulento, como si no pasasen años por él, aunque con su inmensa cresta cana.

Era mi amigote el mar; el mar borrascoso de la Mancha, el mar de Puys, que tantos recuerdos tenía para lord Salisbury.

Puys, célebre por haber sido residencia del citado estadista inglés y de los Dumas, padre é hijo, es un solitario y callado rincón á poca distancia de Dieppe. Pero esta distancia es un mundo. Un mundo, porque en Dieppe hay lujo, animación, fiestas populares, casino, carreras de caballos, fuegos artificiales, murgas callejeras y alguna que otra vez un poco de alegría.

En Puys hay nada, absolutamente nada, y, sin embargo, hay todo lo que necesita para

reposarse una imaginación literaria como la de Dumas y un talento político como el de Salisbury. Es Puys un florido cementerio de vivos, cuyas *villas*, escasas y de aspecto rústico, están escondidas entre ramajes, como si no quisieran ellas que las viese el transeúnte, y los ramajes lloran sin cesar el rocío del cielo y el vapor brumoso del canal. Á cada revuelta del sendero una villita ruborosa y humilde, y en enhiesta roca, destacándose sobre el pueblo, dominando la perspectiva del mar, un hotel espléndido, soberbio, maravilloso, que parece fortaleza.

Es « el hotel de los ingleses », hotel escasamente concurrido, en que hacen vida patriarcal algunas familias británicas. « El hotel no marcha », se dice en Dieppe, y se comprende que no marche. Los hombres, por lo general, han nacido para vivir en común... Pocos son los que aman de veras la soledad, y aun muchos que se las dan de foscos é independientes, porque la soledad suele vestir, se creen muy solos en el bullicioso París el día que no encuentran un compatriota para rumiar un chismecito, y se les vé vagar al azar, de aquí para allá, de allá para acá, asomándose á los cafés en busca del codiciado compatriota y andando como atontadas aves á quienes falta su elemento.

El lacrimoso Puys es el silencio forzado. Aquí se puede hablar con los árboles, con los

pájaros, con el mar, con el silencio mismo, que es un gran conversador, no con los hombres. Lord Salisbury vivía retirado, por el verano, en su « villa Cecil », de raro en raro solía encontrársele, alto y rudo en el camino de Dieppe, adonde iba algunas veces á comprar, él mismo, pescado fresco y frutas españolas, sobre todo melocotones de Aragón.

La vida campestre y humilde que hacía lord Salisbury en este pueblecillo encantador es buena prueba de que su cerebro era trabajador y su alma noble y serena. La única distracción mundana que tenía era ver de lejos, en la terraza del hotel de los ingleses, una docena de compatriotas que se secaban al sol, sin poderlo conguir... Los aldeanos normandos le conocían mucho de vista, y hoy se dicen entre sí :

— Ha muerto Salisbury.

Como si fuese uno de ellos... y sí lo era, por la sencillez del corazón...

—

PARADAS PLAYERAS

¡Trouville!... Un San Sebastián sin barrio de San Martín, sin casas de huéspedes, sin *toilettes* hechas en casas, sin niñeras ni Zurriola, sin trenes botijo; un San Sebastián mucho más refinado *chante clair* y *smart* é insoportable... La vida de París trasladada á la playa, sucursales de los almacenes de París, estaciones en las vidrieras de moda, marcha real de faldas que saben *se retrousser* á la parisiense — con el timito de llevar de antemano levantado el traje con un alfiler inglés, que recoge algunos centímetros de tela en una de las caderas, — y tres distintas *toilettes* por día, lo mismo en hombres que en mujeres, y la vida de Casino.

Por arriba,
por abajo
por delante
y por detrás

¡Y llaman á esto *veranear!*.... El día que

media docena de encopetadas familias de París decidan veranear en las « tristes márgenes del Sena », ¡ adiós Trouville! La « gran semana » de Trouville, después del *Grand Prix* de París, no es una forma de veraneo, sino de parisianismo. Es París que va de visita á una playa; las mujeres destacando sus *muselinas* de seda, bordadas en festones de guirnaldas de rosas, y los hombres destacando sus chalecos de punto de cañamazo.

El *chic* de los *chics* este verano ha salido de Trouville. Ya habrá visto usted en la prensa que « la gran novedad de este veraneo es no amar ».

« Nada de mentiras mutuas, manda la moda. ¿Se gustan un hombre y una mujer? Se lo dicen Se leen los mismos libros, se frecuenta lo más posible el trato, se pasea en automóvil, y á fin de verano se despide cada cual gentilmente y sonriendo.... El amor, con todas sus prerrogativas y sin ninguna de sus consecuencias, es un compromiso de verano. »

Y, según parece, las mujeres son quienes están más satisfechas de este orden de cosas.

— Nada de largos compromisos, *mon cher*. Hasta septiembre, no más, podemos ir tirando.

— Entendido, *ma chère*. ¡ Vales más que un imperio !

— No me lo digas en voz alta, *cheri*, que no es *chic*....

Mientras los pájaros se picotean amorosamente

en los ramajes, y parejas de pescadores y pescadoras, ardidas por el sol canicular y excitadas por el olor de las marismas, dejan las redes para gritarse el amor fecundo en las rinconeras de la playa.

« Basta con haber estudiado un poco á las mujeres, para conocer á los estadistas, ha dicho alguien. La pintura de aquéllas no es más que un decalco del pintarrajeo de éstos. ».

Propósito poco galante, pero, ¡ay!, exacto, cuya profundidad salta á la vista en esta cortesana playa de burguesas empingorotadas y políticos advenedizos, aquéllas y éstos con afeites de grandes personas. La playa podría dividirse en dos cercados : uno, de aristócatas, y otro, de cocotas. Las aristócratas, con un cortejo de burguesas que se desviven por hacerlas reverencias, curvándose á lo siervas, por imitar sus gestos, por recoger alguna de sus olímpicas miradas. Las cocotas..., con muchísimos cortejos. Son las reinas de Trouville, mucho más majestades que aquéllas aristócratas que alardean de tener sangre azul en las venas, y á la luz que las rodea palidecen las burguesas por muy relacionadas que estén con el mundo principesco. Ya lo dijo profundamente Paul Adam :

« Una cocota intrigante y amiga de poderosos puede y vale inmensamente más que todas las burguesas, extenuadas por sacrificios ante el

altar del deber. Á éstas se las respeta en los discursos oficiales y en tratados de moral que nadie lee. La cocota reina en el sentido de que no se le niega nada de lo que generalmente se ambiciona: dinero, influencia, simpatías y hasta respeto y consideración. La mujer honrada permanece en la sombra. No tiene devotos. Se ha desertado de todos sus templos. »

Algunas cocotas, las menos, se quedan en el camino de la fortuna, y en ellas cébase la sociedad, como si quisiera vengar en sus abandonados rostros, abofeteándolos con el desprecio, el ultraje de tener que prosternarse ante las que llegaron á la cumbre de la riqueza y el poderío.

« ¿ No es cruel — preguntaba Sophie Arnould á Lucien Bonaparte — que después de haber encendido tantos fuegos no tenga yo un haz de leña en mi chimenea?..»

Estas muertas en vida pasean dolorosamente sus armazones por el Casino y la playa cuando la marea es propicia á la pesca. Miran con languideces, se estiran los corpiños, se contonean como gaviotas, vuelven á mirar... hasta que sus ojos se fijan en el mar solitario y triste... Si no hiciera mucho tiempo que, por atender á los amores ajenos, echaron el amor propio al arroyo, pasarían la pena negra al retirarse á sus casas en la sola compañía de los recuerdos del tiempo que vivieron y que á todas horas las acusan del

crimen de haberse sobrevivido en la pobreza...

Hay en las playas normandas una colonia de aves exóticas que no pertenecen á ninguno de los referidos cercados : la colonia de inglesas, dedicadas con el alma á la contemplación del paisaje y con el cuerpo al régimen de la hidroterapía.

Son ellas, principalmente, quienes hacen consumo de agua de mar. Mucho se han hidroterapizado las parisienses desde la remota época en que los doctores Fleury, Pascal y Keller introdujeron el régimen hidroterápico en Francia, importado de Alemania ; mas no debe olvidarse que todavía á principios del siglo próximo pasado privaba en París la monástica regla de « no lavarse mas que la cara y las manos, con muchísimos respetos al pudor », respetos que aun se guardan, ya que no al pudor, seguramente al agua fría.

Las inglesas, que ya en 1815 enseñaron en París á lavarse á chapuz, viven en Trouville como el pez en el agua, exhibiendo á todas horas los pies, que son como plataformas del poder británico. Según un sabio alemán, las inglesas del siglo XVIII tenían los pies más pequeños de Europa, semejando pájaros saltarines; pero los deportes en general, y el cinegético singularmente, ensancharon, al fortificar, sus extremidades.

Ello es que cuando una bandada de inglesas,

en fila, entra en la Mancha, la ola, al tropezar con los pies, parece que se detiene ante un dique de *raza superior*.

— Las inglesas — me ha dicho el capitán de un vapor — vienen á estas playas por lavarse á gusto los pies en la travesía, descolgándolos por la borda al mar...

Día de la Virgen y comienzo de la *gran semana* en las playas de Normandía. El día se está marchando con viento fresco, que hincha las blancas velas de algunas barcas, como inmóviles aquí y allá en un mar sereno, aunque sombrío, y en el horizonte se muere á pedazos el sol de Agosto. Ahora mismo lo empaña en el medio una nube, y el sol parece franjeado globo de violenta luz violácea. Temperatura ideal, oreada la tarde por fuerte olor de virgen sin afeites ni aliños, traído por la resaca al dejar en la playa una cosecha de mariscos.

En el selecto *Golf Club*, de Deauville, sobre el césped de esmeralda, se forman grupos de muselinas blancas, de crespones rosa, de pintorescas telas bordadas á la inglesa, todas esponjadas, bajo sombreros multicolores, con coronas de flores, y los sombreros dejándose entrever bajo sombrillas exquisitamente trabajadas. Todo

el París principesco y todo el París míllonario, como lo comprueban las listas de nombres publicadas diariamente en *Le Figaro* y en *Le Gaulois*; los *sportsmen* y las *sportswomen*, que á principios de julio estaban en el *Bois de Boulogne*, y que hoy mismo, á primera hora, pasearon por la prestigiosa *rue de Paris*, de Trouville, la calle *vedette*, como la ha llamado alguien, porque es como una garita de parisienses, cruzada por un *camelot*, célebre en París, que anuncia su mercancía gritando : — ¿ Quién no tiene sus cuernos?..

En un corro se habla del último *garden party* dado por una aristócrata de mucha recámara, como que tiene las caderas más amplias y elegantes que se pasean cadenciosamente por la *rue de Paris*. El duque X. avasalla todas las conversaciones.

Octogenario, pero derecho como una i, trajeado como un *dandy* de treinta años, decidor y alegre, va de corro en corro oliendo faldas como abeja que huele flores, y colocando aquí y allá alguna de las muchas historietas de su vida picante. Y la rubia condesa de R., consumadísima *sportswomen*, vestida á la inglesa, luciendo brutales botones de cuero amarillo en el traje, muy suelta de movimientos, que abundan en gestos hombrunos, se dirige á su inseparable y tiernísima compañera la morena yanqui miss T., muy guapa, aunque paliducha y des-

mayada desde que está en Trouville con la condesa, y luego, volviéndose al duque, le dice bruscamente :

— Oiga, duque. Cuéntele usted á mi amiga la cochinada que me contó usted anoche.

Y se desternilla de risa, al oir el relato, todo el corro, incluso el marido de la condesa, el cual acaba de llegar de París en el rápido, preguntando á unos y otros : — ¿ Dónde está mi mujer? ¿Ha visto usted á mi mujer?...

Furioso caballista, el conde, de puro andar en cuadras y con lacayos, tiene voz gangosa, voz de golfo de *faubourg* parisién, y viste á la *tralalá*, pantalón blanco, muy corto — tanto, que parece indicar en quien lo lleva la pretensión de pasar á pie el canal de la Mancha — y, por añadidura, con dos corcusidos en sitio muy visible, lo cual es *très aristocratique*; ni sombra de chaleco, ancha faja y corbata encarnada bajo recia americana de color de mono viejo, y despidiendo por todo su continente un reconcentrado olor á caballeriza.

— ¡ Valiente animal ! — dice, en español sonoro, una morena que habla en un corro de españolas y argentinas.

Hablan de Madrid, del más deleitoso paraje madrileño.

— Á mí lo que más me gusta de Madrid es la calle de Alcalá — dice una señora.

— Pues á mí — dice otra tertuliana — el barrio de Salamanca.

Cada cual emite parecer y gusto, excepto una señorita, taciturna y desabrida, que no abre la boca.

— Y á usted — la dicen —, ¿qué es lo que más le gusta de Madrid?

— ¿Á mi?... La estación del Norte.

Estupefacción general. Y la señorita añade pausadamente :

— Porque de allí salen los trenes para el Extranjero...

Una espantosa chillería atruena el espacio, y de repente se ve aparecer un ejército de niños y niñas que regresan á sus casas porque el franjeado globo da la última boqueada de violenta luz violácea detrás de una nube con trazas de sudario; un éjercito, con palas y cubos, de criaturas, que, como ha dicho Henri de Régnier, « parecen jóvenes arqueólogos, ocupados en excavar el sitio donde estuvo una ciudad misteriosa », y hay en él una explosión de puras alegrías, mientras abajo, chicos y chicas, de tanto reir, se hacen ovillos y sueltan sus palas, pareciendo el conjunto un ejército en derrota...

También es costumbre que el mundo *copurchic* y los burgueses *grande genre*, después de

salir de la corte de Trouville-Deauville, elevada á « Reina de las playas francesas » por el sufragio universal de París, pasen una temporada en Dieppe, cuando no en Baden-Baden, antes de internarse en castillos famosos, postrera etapa de andanzas veraniegas.

No tengo gran fervor á esta parada. Posee Dieppe cuanto se exige á una playa de primer orden. Sus hoteles son inmejorables, y uno de ellos rivaliza con el más suntuoso y elegante de París. Su bulevar marítimo, obra de un español y marqués — el de las Marismas — es de una majestad oceánica. Su Casino compite con el de Trouville. Sus alrededores, Berneval, Puys, Varengeville, Pourville, Martin Eglise y, sobre todos, Arquet, con sus umbrías deliciosas, son un encanto. Tiene Dieppe juegos de *golf* y de *lawn-tennis*, representantes del *Cercle de la Voile* y del *Yacht-Club* de Francia; un *Automobile Club*; un teatro selecto; un hipódromo con lucidas carreras; un desfile de *mail-coachs* y de automóviles, siendo esta playa la única francesa donde hay ómnibus-automóviles verdaderamente londinenses, con la solidez necesaria al viajero para no tener que exclamar :

¡ Agarrarse, que hay curva!...

Tiene Dieppe eso y más. Pero, con todo, me hace el efecto de una hermosa muerta, rígida

por la helada en siberiana estepa, á la que manos piadosas que no pudieron olvidar los regalos de su cuerpo, movidas por gratitud póstuma, la vistieron el traje de bodas, la adornaron con las más ricas joyas, la coronaron de rosas y violetas... pero, ¡ay!, sin lograr revivirla al calor de caricias hechas al través de un denso velo, que es de niebla...

Cuentan añejas crónicas que allá por el siglo XVII se atribuía generalmente á los baños de mar de Dieppe la virtud, entre otras muy recomendables, de curar la rabia. Á esa virtud he atribuido el entusiasmo que me inspira esta playa helada y solitaria, cuyo único tumulto es el del oleaje, siempre frenético aquí; cuya única música pública es el crujir del maderamen de las casas, brutalmente sacudidas por constante vendaval, y cuya única compañía es la de parejas de ingleses silenciosos y sin sombreros, y de inglesas que vagan como alma en pena, limitándose á dar señales de vida con decir de vez en cuando : miau, miau...

¡ Ah, si ! Pasado Agosto, Dieppe es un páramo inmenso, descarado, frente á la Mancha implacable, y hasta en plena canícula hay que esforzarse heroicamente para decidirse á tomar un baño á la intemperie. Las delgadas, sobre todo, pasan muy malos ratos.

Miro con asombro, no exento de escalofríos,

esas parejas de ingleses que, sin haber llegado aún á competir con los bañistas yanquis que en Bensonhurst pasean por la villa en trajes de baño — las damas con *maillots* de seda pegados á las carnes, los caballeros con vaporosos taparrabos, — cruzan envueltas en toallas la inmensa y helada pelusa, por cima de la cual, dicho sea por añadidura, un cometa sostiene un lienzo con un letrero que dice :

EL « NEW YORK HERALD »
Á LAS SIETE DE LA MAÑANA,
POR AUTOMOVIL

Cuatro horas y media después llegan á Dieppe los periódicos de París. Un símbolo como otro cualquiera de nuestra debilidad física y moral...

TRENES FÚNEBRES

Por fin los periódicos empiezan á ocuparse *seriamente* de las catástrofes ferrocarrileras, atribuyéndolas en gran parte al inexplicable retraso de los trenes.

Ya era hora. De la Compañía del Oeste, que conozco bien, porque es la que más cultivo, ó la que más me cultiva el bolsillo, puedo decir que ha llegado á ser una calamidad pública.

El material se pierde en la noche de los túneles. No se hable de los coches de tercera, que son cepos provistos de toda clase de torturas, de donde se sale casi asfixiado ó estrangulado, cuando no se desfonda un cajón de viajeros que caen á la vía. Les coches de segunda, y hasta los de primera, son tan intransitables, casi, como los de tercera. Debieron haberse hecho para una generación de enanos, porque el viajero no puede salir del coche sin darse un coscorrón con el techo. Prensado entre compañeros de viaje, cuya mayoría huele á cucaracha, el viajero no puede,

además, estirar las piernas sin pegar con las rodillas en las del viajero de enfrente, que si es vecina puede pasar, pero si es vecino, no pasa. Y como los más de los viajeros tienen *grippes*, cogidas en los coches, que son focos de infección, y no tienen la precaución de taparse la boca cuando estornudan, se sale del tren como de un baño de saliva y mocos.

Otra particularidad de estos trenes mantecosos, polvorientos y gargajosos es que las ventanillas de los coches, gastadas por el uso, ó no pueden cerrarse, ó no pueden abrirse, cuando por casualidad se cerraron.

Si están abiertas, á pesar de los trompazos que para cerrarlas les dieron los mozos de la estación — alguno de los cuales son contemporáneos de Matusalén — los viajeros, precipitándose á cerrarlas, sostienen herculeanas luchas con las puertas, cuyas ventanillas, al salir el tren, son racimos de brazos y manos con uñas de luto. Y si se consigue cerrarlas, entonces resulta peor la aventura, porque los viajeros, al llegar á la estación de destino, no saben por dónde salir, siendo así que tampoco saben cómo abrir las puertas.

— ¡Colombes!... ¡Un minuto!... — grita un empleado.

Hay, pues, que bajar en un minuto. Los viajeros para Colombes, desprensándose y despegan-

do las rodillas de las que tienen enfrente, tratan de ponerse en pie y reciben el inevitable coscorrón en el sombrero; algunos, los chicos de estatura, bajando el cogote; algunos otros, los altos, poniéndose en cuclillas, todos tropiezan en la puerta cerrada, y con ella la emprenden á puñetazos y patadas.

— ¡Qué no se puede salir! — berrea un viajero, asomando la cabeza por el ventano y perdiendo el sombrero, que se lo lleva el viento. — ¡Á ver, mozo, abra usted!...

Y mientras el mozo de la estación da á la puerta algo así como un barreno, el minuto de parada se convierte en cuarto de hora, porque el jefe de la estación está cuidando un cocido, y á los viajeros les queda tiempo para salir, entumecidos, cabizbajos y escurriendo saliva de estornudos. Los que escapan mejor son los que viajan en los furgones, que aquí se utilizan sistemáticamente á falta de coches, porque todo se reduce á sufrir algún apabullo cuando el tren, parándose de pronto y mal, despide á los viajeros de una esquina á otra del furgón, como si jugasen á la gallina ciega.

No se hable de choques y otros descalabros. Por fortuna, como los trenes del Oeste andan á paso de tortuga, se reducen los accidentes personales á un ojo saltado, ó una oreja arrancada de raíz, y las familias de los viajeros, acostum-

bradas á tales accidentes, se dan por muy contentas cuando el paciente se limita á entrar cojeando en casa.

Rouen no es tan célebre por Juana de Arco como por las maniobras de los trenes — expresos inclusive — que pasan por dicha estación y que al llegar tienen por fuerza que consagrarse á las consabidas maniobras. Pero ¡qué maniobras! El tren se divide en no sé cuántos pedazos. Cuáles coches permanecen en la estación; cuáles otros, á la salida de la misma, mientras la máquina, con otros coches, se mete en el túnel y allí se está bufa que bufa. Del túnel salen voces de empleados y ecos de martillazos, y por fin aparece la locomotora bufando, y recoge aquí unos coches y acullá otros, y ningún tren, ninguno, sale de Rouen sin un retraso de veinte minutos.

¡Qué mucho que con tal organización de estos trenes fúnebres los viajeros católicos no salgan de casa sin administrarse los santos óleos!...

LA PATRIA...

Acababa de presenciar en aquella estación, que es francesa y se llama Bayonne, un espectáculo verdaderamente extraordinario en Francia. Los dueños del *bufett*, con una tertulia numerosa, jugaban tranquilamente á la lotería, cantando los números premiados. Me acerqué cautelosamente.

— Si me hiciera usted el favor de mandar que me sirvan una sopa...

— ¡El 40 pelao! — exclamó el apuntador.

Repetí la petición.

— ¡La edad de Cristo! — voceó el *citoyen*.

Y yo :

— Si usted me hiciera el favor...

— ¡El 19! ¡Lotería!...

Al volver al coche, me dijo Mr. Smith, sacando el reloj :

— Ésta debe ser la frontera de España.

— ¿Eh?

— Sí, porque el tren se ha parado tres cuartos de hora.

— El tiempo necesario, míster, para servir al viajero un plato de sopa.

— Y ¿cuánto cree usted que tardaremos en llegar á San Sebastián?

— Según... Es muy posible que á este paso no lleguemos antes de fin de mes. Pero no hay prisa. El viaje es divertido...

¡Y tanto! En Irún llovía, no, diluviaba, y para ir de la estación á cualquiera de las llamadas fondas del pueblo era preciso pasar un brazo de río enlodado. Metiéndonos aquí en un bache, tropezando allá con un perro sarnoso, « maniobrábamos en lo insondable », alumbrados de vez en cuando por la luz de una cerilla. Míster Smith, inglés práctico, si jamás los hubo, encendió un farol, traído de Londres, y pudimos llegar, tanteando los muros, á una casa que debía de ser *la fonda*, sólo que no lo es, precisamente.

— *¡Deo gratias!* — gritó el guía.

— ¿Quién va? — preguntó desde arriba una voz chillona.

— Viajeros que buscan posada.

En el *silo*, esto es, en la fonda, nos dieron á cada viajero una habitación « ventilada » — como que metidos en la cama, y arropados con mantas de Palencia, todavía nos parecía mentira que no estuviéramos debajo del aguacero; — habitación de paredes severamente desnudas, y en la

principal un crucifijo de gran tamaño, de ébano, con los brazos abiertos...

Habíamos dicho que nos llamasen á primera hora, pero no hubo necesidad, porque se encargó de hacerlo un labrador que se extravió en el pasillo. Aunque *la fonda* no tiene más que dos pisos y en cada piso un pasillo que no tiene pérdida, el labrador, que, por lo visto, dormía por primera vez en poblado, la tomó por otro laberinto de Creta, y no acertando con la salida, que la tenía enfrente, empezó á vocear á la patrona :

— ¡Ama!... ¡Ama!... ¡Que me he perdío y tengo que dir á la cuadra!...

Allá lo llevamos, á ver sus trigos; allá se fué, como quien va á su casa, y Mr. Smith no perdió tiempo en sacarle un croquis para el *Zoologique garden*.

Ya estaba yo un poco harto de Mr. Smith, porque todo se le volvía preguntar y repreguntar, como si hubiéramos desembarcado en el alto Congo;... y así fué que me alegré mucho cuando llegamos á San Sebastián, término de su ameno viaje.

Un pelotón de guardias civiles entró en el tren, y el míster, muy inquieto, me preguntó si había guerra en el país.

— Puede. Quizá le echen el « alto » al salir del andén.

— Y si me dan el *¿Quién vive?*, ¿Qué contesto?

— *Rizal*, contesta usted. (Á ver si le sueltan una descarga asesina). Vaya, adiós, míster.

Y el tren siguió viaje á través de la patria...

¡ La patria ! El tan insigne como olvidado *Fray Gerundio* podría reproducir, sin quitar punto ni coma, las donosas impresiones que le sugirió su regreso de Francia. Acostumbrado el español á ver una innovación diaria en tierra extranjera, no puede menos de asombrarse cuando vuelve á la patria y observa que no pasan años por ella, como si fuese una roca abandonada ó inmoble en el bullicioso oleaje del progreso europeo, *el país de los carneros*, como le llama Ives Guyot en su notable y reciente libro sobre la *Evolución política y social de España*. *Fray Gerundio* podría apuntar en su cartera de viaje, como única innovación, que en las más de las estaciones encuentra el viajero, ganoso de calentarse el estómago, agua y azucarillos, leche en botijo y pastillas y bombones de la fábrica de chocolates de un tal López. Ni carne, ni vino, ni libros, ni periódicos, ni pasto intelectual, ni pasto material; y el tren, como si fuese un carro de la Funeraria, marcha á trompicones por los áridos campos de la miseria y el abandono, azotado por un airazo que no encuentra muros de contención, porque las pobres gentes viven, como los topos, en las profundidades del suelo...

Yo tuve una horrorosa pesadilla en Venta de

Baños mientras esperaba, con los ojos cerrados, y tiritando (aunque vestido y envuelto en mantas) el cruce de un tren. Vi en sueños que la patria se había transformado en espantosa llanura, con una sola casa, que era la iglesia, y en el frontispicio un crucifijo muy grande, el mismo de Irún, con los brazos abiertos, alrededor del cual revoloteaban unos pajarracos muy negros, con crestas de teja. Un viento tormentoso barría de arriba abajo la escueta llanura, que dijérase sembrada de sal, y á mí se me helaban los huesos. Quise abrigarme en los brazos del crucifijo, y al retroceder con espanto, recordando que á su sombra y en su nombre ha cometido el clero todos los crímenes que han hecho de España el país de los carneros, le grité : *¡Maldito seas!...*

ÍNDICE



